



**J. M. COETZEE**

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**En medio de  
ninguna parte**

**Lectulandia**

En una remota granja de Sudáfrica, Magda, la protagonista de esta conmovedora historia, observa el paso de la vida como mera espectadora. Excluida, sin madre y apartada de las actividades que tienen lugar en su entorno, Magda sufre en silencio la dureza del desierto y la tiranía de un padre que la condenó desde el momento en que nació mujer. Como vía de escape a dicha insatisfacción, se dedica a escribir en un cuaderno sus sentimientos e impresiones.

La amarga existencia de Marga se verá alterada cuando su padre lleve a casa a una nueva esposa. Este cambio familiar actúa a modo de espejo de la situación política del colonizador y el colonizado, así como de la grandeza y la soledad del continente africano.

En medio de ninguna parte es un hermoso y lúcido fresco de la estremecedora sequía moral de un país habitado por personajes solitarios y marginales y, en algunos casos, vacíos de alma.

**Lectulandia**

J. M. Coetzee

# **En medio de ninguna parte**

ePub r1.0  
German25 6.4.15

Título original: *In the heart of the country*

J. M. Coetzee, 1976

Traducción: Miguel Martínez-Lage

Diseño de cubierta: Luz de la Mora

Editor digital: German25

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

1. Hoy mi padre trajo a casa a la mujer a la que acaba de desposar. Llegaron en un carricoche del que tiraba un caballo trotón enjaezado con una pluma de avestruz en el lucero, polvoriento tras el largo trayecto. O quizá tirasen del carricoche dos asnos emplumados, que también eso es posible. Mi padre vestía su frac negro y su sombrero de copa; la flamante recién casada, una pamelita de ala ancha y un vestido blanco y ceñido en el talle, ajustado en los pechos. No puedo dar más detalles a no ser que me ponga a embellecer la historia, dado que no estaba pendiente de ellos cuando llegaron. Me encontraba en mi habitación, en la penumbra esmeralda tras las persianas bajadas, a última hora de la tarde, leyendo un libro o, es más probable, en posición de decúbito supino, con una toalla húmeda sobre los ojos, en pleno combate contra una migraña inoportuna. A mí me toca quedarme en la habitación de ella, leyendo o combatiendo contra las migrañas. Las colonias están repletas de muchachas así, aunque no creo que haya ninguna tan extrema como yo. Mi padre es el que pasea sobre la tarima de acá para allá, de allá para acá, despacio, con sus botas negras. Luego, en tercer lugar, aparece la recién casada, que se queda en cama hasta muy tarde. Ésos son los antagonistas.

2. La recién casada. La nueva esposa es una mujer perezosa, de huesos grandes, voluptuosa y felina, con una boca ancha y sonriente. Tiene los ojos negros y sagaces como dos moras, como dos moras negras y sagaces. Es una mujer grandullona, aunque tiene las muñecas finas y los dedos largos y gordezuelos. Come con auténtico deleite. Come y duerme y holgazanea. Saca esa lengua larga y roja que tiene y se relame la dulce grasa de cordero que se le queda en los labios. «Ah, cómo me gusta», dice, y sonríe y pone después los ojos en blanco. Le miro la boca, hipnotizada. Entonces vuelve hacia mí la boca ancha y sonriente y los ojos negros y sagaces. No me resulta nada fácil sostenerle esa sonrisa que tiene. No por estar unidos somos una familia feliz.

3. Ella es la nueva esposa; por lo tanto, la esposa anterior ha muerto. La esposa anterior era mi madre, pero murió hace tantos años que apenas la recuerdo. Yo debía de ser muy pequeña cuando murió; tal vez fuese solamente una recién nacida. De una de las más remotas mazmorras de mi memoria extraigo una imagen pálida y gris, la imagen de una pálida, gris, frágil y amorosa madre acurrucada en el suelo, como la que seguramente forjaría para sí, inventándola, cualquier chica de mi edad.

4. La primera esposa de mi padre, esto es, mi madre, era una mujer amable, frágil y cariñosa, que murió y vivió en todo momento bajo los designios de su marido. Su marido nunca le perdonó que no fuera capaz de darle un heredero. Sus implacables exigencias sexuales desembocaron en la muerte de ella por sobrepeso. Era demasiado frágil para dar a luz al rudo, recio heredero que mi padre ansiaba, y por lo tanto murió. El médico llegó demasiado tarde. Avisado por un mensajero que fue a buscarle en bicicleta, llegó a la casona traqueteando en un carromato del que tiraba un rucio después de recorrer sesenta y tantos kilómetros por un camino polvoriento. Cuando llegó, mi madre estaba ya compuesta en su lecho mortuario, paciente, exangüe, como si pidiera disculpas.

5. (Pero ¿por qué no vino a caballo? ¿Y no había bicicletas en aquellos tiempos?).

6. Yo no estaba atenta cuando mi padre trajo a casa a su esposa a través de la llanura, pues me encontraba en mi habitación, en la penumbra del ala oeste, royéndome el corazón y esperando a que llegara mi momento. Debería haber estado lista para saludarles, toda sonrisas, y para ofrecerles una taza de té, pero no estuve. Estaba ausente. Tampoco me echaron en falta. Para mi padre, he sido una ausencia durante toda la vida. Por lo tanto, en vez de ser esa calidez femenina que anida en el corazón de la casa y lo alumbra he sido un cero a la izquierda, una nulidad, un vacío hacia el cual todo se derrumba por dentro, una turbulencia amortiguada, grisácea, como una ráfaga helada que se cuele por los corredores, desatendida, vengativa.

7. Cae la noche y mi padre y su nueva esposa retozan en el dormitorio. Cogidos de la mano, acarician el vientre de ella, a la espera de que se erice, titile y florezca. Se entrelazan; ella lo azota con sus carnes; ríen por lo bajo, gimen. Corren buenos tiempos para ellos.

8. En una casona a la que el destino ha dado forma de H he vivido toda mi vida, en un teatro de piedra y sol vallado por kilómetros de alambre de espino, devanando mi camino de una estancia a otra, entre los criados, la contristada y adusta hija de la viuda, hija, en fin, del padre oscuro. Un crepúsculo tras otro nos hemos sentado ante el cordero, las patatas, la calabaza, los sombríos alimentos preparados por manos no menos sombrías. ¿Es posible que hablásemos? No, no podríamos habernos dirigido la palabra, debemos haber estado frente a frente en silencio, masticando para abrirnos paso en la espesura del tiempo, nuestros ojos, sus ojos negros y los negros ojos que de él he heredado, en blanco sobre sus respectivos campos visuales. Luego nos hemos

retirado a dormir, a soñar las alegorías de los deseos frustrados que en el fondo somos, benditos nosotros, incapaces de interpretar; por las mañanas hemos rivalizado en nuestro gélido ascetismo por ser los primeros en levantarse, en prender el fuego en el hogar. La vida en la granja.

9. En la lobreguez del vestíbulo repica día y noche el tictac del reloj. Soy yo quien se ocupa de darle cuerda, quien una vez por semana, a juzgar por el sol y el almanaque, corrige sus adelantos o retrasos. El tiempo en la granja es el tiempo del ancho mundo, ni un ápice más, ni una pizca menos. Resuelta, llevo la cuenta del tiempo ciego y subjetivo del corazón, con sus barboteos de excitación y sus arrastres de tedio: mi pulso late con el ritmo firme, al segundo, de la civilización. Un buen día, algún erudito aún nonato reconocerá en el reloj la máquina que ha domesticado a los salvajes. Ahora bien, ¿llegará a conocer la desolación de la hora de la siesta que campanillea en las casas verdes, frescas, de altos techos, en las que las hijas de las colonias yacen mientras llevan la cuenta con los ojos cerrados? La tierra está llena de melancólicas solteronas iguales que yo, perdidas para la historia, entre negras y azules, como las cucarachas de nuestros hogares ancestrales, empeñadas en sacar brillo a los cacharros de cobre y atiborradas de mermelada. Malcriadas y mimadas de pequeñas por nuestros enseñoreados padres, somos amargas vestales, desperdiciadas de cara a la vida. La violación de la infancia: alguien debería estudiar de esta guisa el meollo de verdad que contiene la fantasía.

10. Vivo, sufro, aquí estoy. Con artimañas y traiciones si fuera menester. Lucho por no convertirme en uno de esos seres que la historia olvida. Soy una solterona que guarda cerrado a buen recaudo su diario, pero también algo más que eso. Soy una conciencia inquieta, pero también algo más que eso. Cuando se apagan todas las luces sonrío en la oscuridad. Mis dientes lanzan destellos, aunque nadie quiera creerlo.

11. Ella se me acerca por detrás, un soplo de azahar y herrumbre, y me toma por los hombros.

—No quiero verte enojada; entiendo que te sientas molesta y desdichada, pero no tienes ningún motivo para ello. Quisiera que fuéramos felices todos juntos. Haré lo que sea, de verdad, lo que sea con tal de conseguirlo. ¿Me crees?

Clavo la mirada en el hueco de la chimenea; la nariz se me hincha y se me enrojece.

—Quiero construir un hogar feliz —canturrea mientras da la vuelta a mi alrededor— para los tres juntos. Quiero que me consideres una hermana, no una enemiga.

Contemplo los labios hinchidos de esta mujer empachada.

12. Hubo un tiempo en que imaginé que si hablase largo y tendido terminaría por revelármeme qué significado tiene el ser una solterona colérica, enclavada en medio de ninguna parte. Pero por mucho que olfatee cada anécdota como ventea el perro su presa, no doy con esa embriagadora expansión que me transportaría al dominio de lo hipotético, esa expansión que define el inicio de una verdadera doble vida. Ansiosa por dar forma a las palabras que me traduzcan al reino del mito y del héroe, aquí sigo, sigo siendo la misma, la desaliñada mujer que siempre he sido, envuelta por el tedioso calor de un verano que no llegará a trascenderse. ¿De qué carezco? Lloro y hago rechinar los dientes. ¿No será sino mera pasión? ¿Es meramente una visión de una segunda existencia, una existencia suficientemente apasionada para transportarme de la mundanidad del ser a la duplicidad de la significación? ¿Acaso no me tiembla cada poro de la piel por la pasión de lo vejatorio? ¿O es que a mi pasión le falta un punto de voluntad? ¿Seré acaso una solterona iracunda, pero al fin y al cabo complaciente y campestre, envuelta por los abrazos de todas mis furias? El relato de mi rabia y su fatal secuela: ¿voy a subir a este vehículo, voy a cerrar los ojos y dejarme llevar por la corriente, por los rápidos y las aguas traicioneras, hasta despertar refrescada en la mansedumbre del estuario? ¿Qué automatismo es éste, qué liberación habrá de proporcionarme? Sin liberación posible, ¿qué sentido puede tener mi relato? ¿Siento de veras toda la riqueza del ultraje que supone mi destino de solterona? ¿Quién se esconde tras mi opresión? Tú y tú, digo al tiempo que remuevo las ascuas, al tiempo que apuñalo a mi padre y a mi madrastra. Entonces, ¿por qué no me habré escapado de ellos? Mientras exista otro lugar en el que pueda vivir, también a mí me señalan los dedos celestiales. O tal vez esté —aunque hasta la fecha no lo haya sabido, aunque, ay, por fin lo sepa, y lo sepa bien— reservada a un destino más complejo: ser crucificada cabeza abajo a manera de aviso para todos aquellos que amen y atesoren la cólera que les embarga y carezcan de la visión suficiente para referir otro relato. En cuyo caso, ¿qué otro relato puede quedarme? ¿Casarme con el hijo segundón del vecino? No soy una campesina feliz. Soy una miserable virgen negra y mi relato es mi relato, por más que no sea sino estúpida, sombría, ciega, negra historia, ignorante de su propio sentido y de todas sus hipotéticas, felices variantes. Yo soy la que soy. El carácter es el destino. La historia es Dios mismo. Resentimiento, puro resentimiento.

13. El Ángel, ya que así se le llama a veces, el Ángel Negro que viene a llevarse a los hijos de los nativos morenos para salvarlos de sus garrotillos y sus fiebres. Toda su severidad doméstica se transforma en compasión incesante cuando pasa a cuidar de los enfermos. Noche tras noche toma asiento entre los niños que sollozan, junto a las mujeres que se esfuerzan por traer otro niño al mundo, en combate con el sueño. «¡Un ángel venido del cielo!», le dicen con intensos ojos de adulación. Canturrea su corazón. En tiempo de guerra alivia las últimas horas de los heridos. Mueren con una



sonrisa en los labios, mirándole a los ojos, aferrados a su mano. Sus reservas de compasión son ilimitadas. Necesita que lo necesiten. Cuando nadie lo necesita, se siente aturdido y perplejo. ¿No lo explica eso todo?

14. Si mi padre hubiera sido un hombre más débil, habría tenido una hija mejor. Claro que él nunca ha necesitado nada. Abismada por mi necesidad de sentirme necesitada, doy vueltas a su alrededor como una luna. Ésa es mi única, risible, aventurada incursión en la psicología de nuestro desastre. Explicar es perdonar; la explicación es el perdón mismo, aunque yo, yo espero y mucho me temo ser inexplicable e imperdonable. (Con todo, ¿qué es lo que en mi interior se aparta de la luz? ¿Tengo de veras un secreto, o es esta perplejidad ante mí misma tan sólo un medio de mistificar mi mejor mitad? ¿De veras creo que en una rendija, entre mi suavísima madre y yo misma, de bebé, se aloja la clave de esta solterona negra y aburrida? Prolóngate, prolongate a ti misma, ése es el susurro que oigo en lo más hondo de mi ser).

15. Otro aspecto de mí, aprovechando que es ahora de mí de quien hablo, es mi amor por la naturaleza, en particular por la vida de los insectos, por esa vida que se escabulle sin cesar por los alrededores, cada bola de estiércol bajo una de las piedras. Cuando era pequeña (¡urde, urde!), me pasaba el día sentada en medio de la polvareda, con una pamela de encaje, según se cuenta, jugando con mis amigos los escarabajos, los grises, los marrones y los negros, mucho más grandes, cuyos nombres he olvidado, sí, aunque no me costaría ningún esfuerzo buscarlos en una enciclopedia, o con mis amigos los osos hormigueros, fabricantes de esas elegantes, cónicas trampas de arena en cuyos costados descubría la hormiga roja común o, de ciento en viento, oculto bajo una piedra plana, un escorpión aún pequeño, flácido y aturdido, al que terminaba por aplastar con una piedra o ensartar en un palo, pues ya entonces sabía de la maldad de los escorpiones. No me dan miedo los insectos. Dejaba atrás la hacienda y caminaba descalza por el lecho del río; la arena oscura, caliente, crujía bajo mis pies y se me colaba entre los dedos. Sobre la arena me siento con las faldas extendidas y noto cómo se moldea la calidez contra mis muslos. No tendría ningún reparo, estoy segura, siempre y cuando se diera el caso —si bien desconozco de qué modo pudiera darse el caso—, en vivir en una choza de barro, e incluso bajo un cobertizo de ramas entrelazadas de cualquier manera, allá en los llanos, alimentándome de alpiste y hablando con los insectos. Aun en aquella niña pequeña tuvieron que relucir los rasgos de la vieja dama demente, y los nativos morenos que se esconden tras los arbustos y que todo lo saben tuvieron por fuerza que haberse reído entre dientes.

16. Me crié con los hijos de los criados. Hablaba como uno de ellos antes de aprender a hablar así. Jugaba con palos y con piedras, como ellos, antes de tomar conciencia de que podía disfrutar de una casa de muñecas en la cual estuviesen el papá y la mamá, y Peter y Jane dormidos y arropados en sus camitas, con la ropa limpia en una cómoda cuyos cajones se deslizaban a la perfección, mientras el perro Nan y Félix el gato echaban la siesta ante los rescoldos del fogón, en la cocina. Con los niños de los criados rastreaba los llanos en busca de raíces de *khamma*, daba de mamar leche de vaca a los corderillos huérfanos, me colgaba de la verja para ver a las ovejas y el acoso y derribo del cerdo que se celebraba por Navidad, antes de empalarlo en un espetón. Percibía el agrio olor de sus casuchas, en las que dormían todos revueltos como los conejos; me sentaba a los pies de su abuelo ciego mientras tallaba a cuchillo las pinzas de la ropa y contaba cuentos de tiempos ya lejanos, tiempos en que hombres y animales migraban por igual de los pastos de verano a los pastos de invierno y vivían juntos, siempre en camino. A los pies del anciano he bebido el mito del pasado en que los animales, los hombres y los amos llevaban una vida en común, tan inocentes como las estrellas del cielo, y nada más lejos de mi ánimo, ahora mismo, que la risa. ¿Cómo voy a resistir el dolor de todo lo que se ha perdido sin dejar siquiera un sueño de una edad prístina, teñida tal vez por el violeta de la melancolía, sin un mito de la expulsión que sirva para interpretar mi dolor? Y la madre, la madre amorosa y suavemente perfumada, la madre que me drogaba con su leche y me acunaba en un colchón de plumas y que, cuando sonaban las campanadas en medio de la noche, se evaporaba y me dejaba sola entre manos encallecidas y cuerpos endurecidos, madre, ¿dónde estás? Mi mundo perdido es un mundo masculino, un mundo de noches frías y de hogueras, de ojos brillantes, y un largo cuento sobre los héroes, relatado en un lenguaje que no se me ha olvidado.

17. En esta casona en la que rivalizan las dos dueñas, los criados cumplen sus obligaciones alicaídos, esquivando como pueden las heces de las copas del malhumor que les serán arrojadas encima. Aburridos por la pesadez de sus faenas, están ansiosos por asistir al colorido y al dramatismo de las disputas, por más que sepan, y bien lo saben, que muy pocas cosas les serán más benéficas que la amistad. Todavía no ha llegado el día en que los gigantes guerreen entre sí y los enanos se escabullan en plena noche. Como les acometen sus sentimientos no en oleadas sucesivas, contrarias unas a otras, sino simultáneamente, en una especie de batiburrillo de rabia, arrepentimiento, resentimiento y alborozo, experimentan un vértigo que los incita a dormir a pierna suelta. Desean permanecer en la casa grande, pero también quieren quedarse remoloneando en sus casas, dormitando sobre un banco, a la sombra. Las tazas de té se les caen de las manos y se hacen añicos al estamparse contra el suelo. Murmuran raudos por los rincones. Regañan a sus hijos sin que exista una razón que

lo justifique. Tienen pesadillas. La psicología de los criados.

18. No vivo sola ni en sociedad, sino, como si dijéramos, entre los niños. No se me habla con palabras, palabras que me llegan enrarecidas, veladas, sino mediante señas, mediante determinadas configuraciones del rostro y las manos, posturas de los hombros y los pies, matices melódicos y tonales, siseos y ausencias cuya gramática jamás ha sido puesta por escrito. Cuando leo a los morenos avanzo a tientas, como a tientas me leen ellos, pues también ellos oyen mis palabras en sombras, atentos a las insinuaciones de mi voz, a esas sutilezas de unas cejas enarcadas que les transmiten el verdadero sentido de lo que quiero decirles: «Cuidado, no me contrariéis», «Lo que digo no proviene de mí». A través de valles espaciosos, de valles hechos de tiempo, nos esforzamos por vislumbrar el pálido humo de las señales que emite el otro. Por eso mis palabras no son como las que usan los hombres para con los hombres. Sola en mi habitación, sin haber cumplido con mis deberes, mientras arde el combustible del farol tras los cuatro cristales, me inserto en ritmos que me son propios, tropiezo con las piedras de las palabras que jamás he oído en otra lengua. Me creo y me regenero en las palabras que me crean y me regeneran, yo, la que vive entre los desposeídos sin haberse sometido a la mirada idéntica del otro, sin haber sostenido tampoco una mirada idéntica por parte de ningún otro. Mientras tenga la libertad de ser, nada será imposible. Enclaustrada en mi habitación, soy la bruja loca que estoy destinada a ser. Mis ropas se empapan de babeos, me agazapo y me retuerzo, se me cubren los pies de callos, me quedo boquiabierta de puro aburrimiento, pues nada acontece nunca en la granja; crujen y rezuman los tercos e irritados sentimientos de soledad que pertenecen a lo más seguro de la noche, cuando ronca el censor, en plena y enloquecida danza marinera que bailo yo sola.

19. ¿Qué solaz pueden deparar estas paradojas lapidarias a los amores del cuerpo? Contemplo los labios hinchidos de esa viuda ahíta, siento crujir las tarimas de la granja enmudecida, el cálido murmullo que brota de la casa enorme, siento en mi seno el bálsamo de la carne al amarse, me adormezco entre los vaporosos olores corporales. Ahora bien, ¿cómo desanclarse de la realidad y arrojarse a las oscuras honduras deseadas? Virgen desgarrada, me quedo en el umbral, desnuda, interrogante.

20. La viuda ahíta se lleva a los labios hinchidos y oscuros un dedo en un gesto críptico. ¿Acaso me advierte de que me calle? ¿Acaso la divierte el candor de mi cuerpo? Por las cortinas entreabiertas se filtran los rayos de luna llena y se posan sobre sus hombros, sobre sus labios hinchidos e irónicos. A la sombra de sus caderas yace dormido el hombre. Ella se lleva a la boca el críptico gesto de la mano. ¿Se

divierte? ¿Se sorprende? La brisa nocturna asaetea las cortinas separadas. La habitación está sumida en la penumbra, las figuras durmientes tan quietas que ni siquiera me llegan sus respiraciones por encima del martilleo de mi corazón. ¿Debería presentarme vestida ante ellos? ¿Serán fantasmas que habrán de esfumarse tan pronto los toque? Me contempla con sus labios hinchidos e irónicos. Dejo caer mis vestiduras en el umbral. A la luz de la luna observa ella mi pobre cuerpo implorante. Lloro, oculto los ojos, ansío la historia plena de una vida que me inunde del todo con plena tranquilidad, tal como les sucede a otras mujeres.

21. Al llegar acalorado y cubierto de polvo tras una jornada de duro trabajo, mi padre daba por hecho que su baño estaría preparado, esperándole. Uno de los deberes de mi infancia era encender la chimenea una hora antes de ponerse el sol, de manera que fuese posible verter el agua caliente en el baño de asiento esmaltado tan pronto pusiera él un pie en la casona. Acto seguido me tocaba retirarme al lado oscuro del biombo de flores, recoger su ropa sucia y tenderle la ropa interior recién planchada. Al salir de puntillas del cuarto de baño oía la oleada que se producía al meterse él en la bañera, el murmullo del agua bajo sus axilas y entre sus nalgas, e inhalaba el dulzón, cargado miasma del jabón al mezclarse con el agua. Más adelante ya no hube de cumplir con esta obligación, pero cuando pienso en la carne de un varón, blanca, pesada, aturdida, ¿qué carne habría de ser, sino la suya?

22. Los observo por una rendija de la cortina. Ella le toma de la mano, se alza las faldas y desciende, uno, dos, del carricoche. Estira los brazos y sonrío y bosteza; de uno de sus dedos enguantados pende, cerrado, un pequeño parasol. Él se planta tras ella. Intercambian palabras en voz baja. Suben los peldaños de la entrada. Ella tiene los ojos rebosantes de felicidad; son los suyos esos ojos que nunca se fijan en los dedos que separan levemente las cortinas de encaje. Balancea las piernas, en paz con su propio cuerpo. Atraviesan la puerta y desaparecen de mi vista, al paso, un hombre y una mujer recién llegados al hogar.

23. Al caer la noche, cuando primero se alargan las sombras para cubrirlo todo después, miro por la ventana. Hendrik cruza el patio de camino a la despensa. El intenso piar de los pájaros crece, desde el lecho del río, hasta alcanzar su máximo volumen. A la última luz del día, los gorriones vuelan a sus nidos, bajo los aleros de la casa, al tiempo que aletean los primeros murciélagos. Surgen los predadores de sus diversos cubiles, los *muishond*, los *meerkat*. ¿Qué tendrán que ver el dolor, los celos, la soledad, con la noche africana? ¿Acaso tiene algún sentido una mujer que mira por la ventana la noche oscura? Apoyo los diez dedos sobre el cristal frío. La herida que tengo en el pecho se me ha vuelto a abrir. Si soy un emblema, soy un emblema, y

punto. Soy algo incompleto, un ser con una oquedad interior; algo he de significar, pero no sé qué puede ser; en mi aturdimiento, contemplo con la mirada fija, al otro lado del cristal, una oscuridad, ella sí, completa, una oscuridad que palpita y que vive en sí misma, los murciélagos, los arbustos, los predadores y demás, todo lo cual, por el contrario, no me contempla a mí. Todo eso es ciego y nada significa, pues meramente es. Si aprieto más el cristal se romperá, manará la sangre, cesará por un instante el chirriar insistente de los grillos para reanudarse enseguida. Vivo dentro de una piel dentro de una casa. No existe acto del que tenga conocimiento y que sirva para traer el mundo a mí. Soy un torrente sonoro que fluye y desemboca en el universo, millares y millares de corpúsculos que lloran y gimen con crujir de dientes.

24. Sudan y se esfuerzan, la hacienda cruje en la noche. Ya debe de estar plantada la simiente; no tardará ella en despatarrarse en medio de un calor ciego, que no repara en nada, madura e hinchada, a la espera de que surja su cerdito sonrosado. En cambio, el niño que hubiera de engendrar yo, si es que tal calamidad llegará a acontecerme, sería flaco y enteco, lloraría sin cesar del puro dolor que le corroyera las entrañas, corretearía por toda la casa con los imperdibles y los pañales, aferrado al delantal de su madre y oculto el rostro de los desconocidos. ¿Quién, no obstante, iba a darme un hijo, quién que no se quedara helado ante el espectáculo de mi huesuda complexión, de la pelambreira que me llega al ombligo, de las acres cavidades de mis axilas, de la sombra del bigote, de los ojos vigilantes, a la defensiva, de una mujer que jamás ha perdido el dominio de sí misma? ¡Qué enojos, qué resoplidos y vituperios habrían de oírse en muchos kilómetros a la redonda antes de que mi casa cayera hecha pedazos! ¿Quién podría despertar mis aletargados ovarios? ¿Y quién asistiría al lecho en el parto? ¿Tal vez mi padre, gruñón, látigo en mano? ¿Los nativos morenos, los campesinos y criados acobardados, arrodillados en ofrenda de un cordero atado, frutas, miel silvestre, mofándose del milagro de la virgen que da a luz? Asoma el hocico de su guarida, hijo del padre, Anticristo del desierto venido a encabezar sus hordas danzantes para conducir las a la tierra prometida. Giran en remolinos al son de los tambores, agitan sus hachas y sus bieldos, siguen al recién nacido mientras, en la cocina, la madre entona sus conjuros ante el fuego, o bien desgarrar las vísceras de un gallo, o ríe entre dientes en su ensangrentado sillón. Una mente con el punto suficiente de insania para cometer parricidio, pseudo matricidio y quién sabe qué otras atrocidades, sin lugar a dudas se bastará para abarcar a un Führer epiléptico, la marcha de una banda de siervos arrogantes sobre un villorrio campestre cuyos tejados plateados hace refulgir el fuego solar, desde cuyas ventanas perezosamente caerán abatidos a tiros, hechos pedazos. Yacen por los suelos, hijos e hijas de los hotentotes, revolotean las moscas sobre sus heridas, terminan por ser desalojados en carretones y enterrados en una fosa común. Presa de los dolores del parto, bajo el peso de mi padre, me esfuerzo por dar vida a un mundo aun cuando al

parecer sólo sepa engendrar la muerte.

25. A la luz de un farol veo que duermen el sueño de los bienaventurados, saciados, ella de espaldas, con el camisón arrugado en torno a las caderas, él boca abajo, su mano izquierda doblada en la de ella. No traigo conmigo el cuchillo de carnicero, al contrario de lo que pensé, sino el hacha, el arma de las valquirias. Me sumerjo en la quietud como una verdadera amante de la poesía; respiro el aliento de los dos.

26. Mi padre está tendido boca arriba, desnudo, los dedos de su mano derecha entrelazados con los dedos de la mano izquierda de ella, la mandíbula entornada, los oscuros ojos cerrados como tapaderas sobre todo su fuego, sobre todos los relámpagos que contengan; de la garganta le brota un líquido carraspeo, el pez hastiado y ciego, causante de todos mis pesares, adormecido en su entrepierna (¡ah, ojalá hace mucho que se le hubiera arrancado de cuajo, con todas sus raíces y sus bulbos!). El hacha me pesa apoyada en el hombro. Antes que yo, esto mismo lo han hecho personas de todo jaez y condición, viudas, hijos, amantes, herederos, rivales. No estoy sola. Como una bola colgada de un cordel, flota el hacha al extremo de mis brazos; se hiende en la garganta que tengo debajo de mí y de súbito es todo un tumulto. La mujer se incorpora de golpe en la cama, mirando en derredor, empapada de sangre, perpleja por la tos colérica y debilitada, por el barboteo que siente a su lado. ¡Qué fortuna que en momentos como éstos la acción de más envergadura fluya por sí sola y apenas si requiera la presidencia de una figura, que se baste con la sola presencia de ánimo! Ella se recoloca con decencia el camisón sobre las caderas. Me inclino, agarro la que debe de ser una de las cuatro rodillas y le asesto un hachazo mucho mejor en toda la cabeza. Se precipita a la cuna que forma su regazo, ladeada a su izquierda como un guiñapo; mi dramática hacha de guerra sigue incrustada en ella. (¿Quién iba a suponer que guardaba yo en mi seno golpes de tamaña potencia?). Sin embargo, de este lado de la cama noto que me aferran unos dedos, pierdo el equilibrio, he de conservar la sangre fría, he de quitármelos de encima uno por uno, recuperar (no sin esfuerzo) el hacha y trocear asqueada esas manos, esos brazos, hasta tener un momento libre para cubrir con la sábana todo ese estremecido retemblar y hacerla callar, aquietarlo para siempre a hachazo limpio. Paso a asestar hachazos a ritmo firme, tal vez durante más tiempo del que habría sido estrictamente necesario, a la vez que recobro la calma y me apresto a emprender la que ha de ser una fase por completo nueva en el decurso de mi vida. Ya no tendré que vacilar a la hora de decidir cómo habré de colmar mis días. He incumplido un mandamiento, y quien es culpable ya nunca conocerá el aburrimiento.

Debo deshacerme de dos cuerpos voluminosos, maduros, antes de deshacerme también de muchas otras huellas de mi violencia. Debo componer un rostro determinado, tengo una historia por inventar, y todo ello ha de ser antes de que amanezca, antes de que Hendrik venga a recoger la cántara de leche.

27. Me pregunto: ¿Por qué, desde el preciso instante en que apareció traqueteando en el carricoche, a través de los llanos, arrastrado por un caballo con plumas de avestruz en el arnés, con su pamelita de ala ancha, por qué me he negado en redondo a dirigirle la palabra, por qué habré sido tan terca en ejercitarme con objeto de preservar el monólogo de mi propia vida? ¿Puedo acaso imaginar cómo habría resultado el pasar todas las mañanas una nueva página, al lado de ella, ante las humeantes tazas de té, oyendo el cacareo de los pollos y la suave cháchara de los criados en la cocina, con el ánimo que fuese, en guardia o apacible? ¿Puedo acaso imaginar cómo habría sido el cortar patrones con ella, o pasear por el jardín cogidas de la mano, riendo las dos? ¿Es posible que sea yo prisionera no sólo de la granja solitaria y del desierto de pedregales, sino también de mi pétreo monólogo? ¿Habré asestado mis hachazos por cerrar para siempre sus ojos sabihondos o por acallar su voz? ¿Acaso no habríamos aprendido las dos, en torno a nuestras tazas de té, a mimarnos la una a la otra o, si nos hubiésemos cruzado en un pasillo oscuro, acaloradas e insomnes a la hora de la siesta, a tocarnos, a abrazarnos incluso? ¿No podrían haberse suavizado esos ojos burlescos, no podría haber cedido yo, no podríamos haber yacido la una en brazos de la otra, toda la tarde musitando, dos muchachas contentas de estar juntas? Le acaricio la frente, ella me roza la mano; me contienen los oscuros charcos de sus ojos, no me importa.

28. Me pregunto: ¿Qué es lo que acecha en mi interior y me lleva a dormitorios vedados, y me lleva a cometer actos prohibidos también? ¿Será que una vida entera en el desierto, envuelta en este embudo de tela gruesa y negra, me ha arrojado a una espiral de energía viciada hasta el punto de que el primer buhonero que llegue, o un primo en tercer grado que venga de visita, pueda verse envenenado o muerto a hachazos mientras duerme? ¿Acaso una vida tan elemental quema a las personas y las reduce a su estado más elemental, a la cólera más pura, a la más pura glotonería, a la pura lujuria? ¿Será que mi crianza me ha vuelto inadecuada para llevar una vida llena de sentimientos más complejos? ¿Será por eso que jamás he salido de la granja, que nunca he vivido fuera de las lindes de este villorrio, que ni siquiera sé cómo se vive en las ciudades, y que por eso he preferido sumergirme en un paisaje de símbolos en el que las más sencillas pasiones pueden girar y desvanecerse en torno a sus propios centros, en un espacio limitado, en un tiempo sin fin, a la vez que entretejen las

formas de su condenación?

29. Me pregunto: Al pensar así, ¿de veras hago justicia a la ciudad? ¿No será posible concebir una ciudad por encima de ésta, cuyos tejados vaguen entre las hilachas de bruma de los millares de columnas de humo que emanen de cada chimenea, de cada casa particular, y en cuyas calles se alcen los susurros de mil voces condenadas y balbucientes? Tal vez, pero ello sería pictórico en exceso, y no soy yo una pintora.

30. Me pregunto: ¿Qué voy a hacer con los cuerpos?

31. Allá abajo, bajo tierra, fluyen los ríos subterráneos, por las negras cavernas gotea el agua cristalina, sepulturas, con tal que fuese posible alcanzadas, para todos los secretos de familia que en este mundo son y hayan sido. Chapoteo por ese tibio embalse en busca del desagüadero que en nuestros sueños succiona lo más hondo y nos lleva a un reino subterráneo. Se me hincha la falda, que flota en torno a mi cintura como una negra flor. El fango rojizo y las algas verdosas alivian mis pies doloridos. Como dos gemelos abandonados, mis zapatos me contemplan desde la orilla. De todas las aventuras es el suicidio la más literaria, mucho más que el asesinato. Cuando la historia toca a su fin, toda la mala poesía que una lleva dentro encuentra su vía de escape. Lanzo una larga, sosegada mirada de despedida al cielo y las estrellas, que seguramente me devuelven una larga y sosegada, vacua mirada, exhalo mi última, adorada bocanada de aire (¡adiós, alma!), y buceo hacia el abismo. Luego termina por pasar ese trance elegíaco, y el resto es frío, humedad y farsa. Mi ropa interior se hincha como un globo, llena de agua. Toco fondo enseguida, tan lejos del mítico vórtice como en todo momento. El primer sorbo de agua que inspiro adrede por la nariz me desata la tos y el pánico ciego de un organismo determinado por todos los medios a seguir con vida. Asciendo a la superficie braceando y moviendo las piernas con todas mis fuerzas. Se me nubla la vista, siento que me acomete una arcada al tiempo que emerjo al aire de la noche. Trato de colocarme en posición horizontal, pero me siento fatigada, muy fatigada. Tal vez braceo otro poco con extremidades inertes. Tal vez llego a hundirme por segunda vez, tal vez vuelvo a probar el sabor del agua con menos repulsión. Tal vez alcanzo de nuevo la superficie como si acabara de llevarme una paliza, debatiéndome aún, pero también a la espera de un interludio de sosiego, de probar la lasitud de mis propios músculos. Tal vez bato las extremidades en el agua ya solamente en un punto, hecho el último pacto, abdicando del aire en aras de un mundo único, mitad agua y mitad súplica a la ausencia, a todos los ausentes que se congregan ahora en el firmamento de una ausencia que no es más que un único remolino invisible, una llamada a los perros,



una súplica para que cese la broma, antes de hundirme una vez más y concentrarme en una seria exploración, a fondo, de mis últimos instantes.

32. Ahora bien, ¿qué sé yo de la exploración de tales honduras, yo, una doncella esclavizada por el hogar, que ha pasado sus días inclinada sobre las cacerolas, en un rincón hollinoso, y sus noches con los nudillos apretados contra las cuencas de los ojos, viendo cómo caen en cascadas, cómo giran esos anillos de luz, en espera de obtener alguna visión? Como el matar, el morir seguramente es una historia más monótona y más triste que esta que yo me cuento. Deprivada de relaciones humanas, es inevitable que termine por sobrevalorar la imaginación, y que de ella espere que ilumine lo mundano y lo dote de un aura de trascendencia. Con todo, ¿a cuento de qué estos gloriosos crepúsculos, me digo, si la naturaleza no nos habla con lenguas de fuego? No me convence lo que se dice sobre las partículas de polvo en suspensión. ¿A qué cantan los grillos la noche entera y trinan los pájaros al alba? En fin, ya es tarde. Si queda tiempo para la meditación, también llega el momento de volver a la cocina, y en este instante tengo un asunto muy serio del cual ocuparme, a saber, qué hacer con los cadáveres. Y es que no tardará Hendrik en abrir la puerta de atrás, y si bien es cierto que la esencia de la servidumbre es la intimidad del siervo para con la abyección de su amo, si bien es cierto que existe una perspectiva desde la cual son los cadáveres la quintaesencia de la abyección, Hendrik no solamente es esencia, sino también sustancia: no sólo es un sirviente, sino también un extraño. Primero llegará Hendrik por la cántara de leche y poco después hará Anna su aparición, dispuesta a fregar los cacharros, barrer los suelos, hacer las camas. ¿Qué dará Anna en pensar cuando descubra la casona entera en calma, con la sola salvedad del ruido del restregar en el dormitorio del amo? Titubea, con la oreja pegada a la puerta, antes de llamar con los nudillos. Se me escapa un chillido, aterrada, y ella oye mi voz amortiguada por el grosor de la puerta. «¡No, hoy no! Anna, ¿eres tú? ¡Vuelve mañana! Ahora márchate, por favor». La oigo alejarse arrastrando los pies. Con la oreja pegada a la cerradura, oigo cómo se cierra a sus espaldas la puerta de atrás, y aunque no debiera alcanzar a oírla, siento el ruido de sus pasos sobre la grava. ¿Habría notado el olor de la sangre? ¿Habría ido a contarlo por ahí?

33. La mujer yace sobre el costado, con las rodillas pegadas al mentón. Si no me apresuro, se quedará rígida en esa postura. Le cae el cabello sobre la cara, un ala rojo oscuro, pegajosa. Aunque su último acto en vida fue apartarse del hacha terrorífica, cerrados los ojos con fuerza, sus rasgos faciales se han relajado. El hombre en cambio, aferrado con tenacidad a la vida, se ha movido. Su última experiencia hubo de ser insatisfactoria, un desplazamiento con los músculos anquilosados hacia una ilusoria región de seguridad. Tiene la cabeza y los brazos sobre el borde mismo de la cama, renegridos por su sangre espesa. Mejor le hubiera sido renunciar con

tranquilidad al fantasma, seguido mientras pudiera en su tránsito al otro mundo, cerrar los ojos ante la imagen de un gorrión que emprende el vuelo.

34. Qué suerte que en momentos como estos exista un único problema, un problema de limpieza. Hasta haber retirado esta placenta ensangrentada no habrá vida nueva para mí. La ropa de casa está empapada; será preciso quemarla. También será preciso quemar el colchón, aunque no hoy. En el suelo hay un coágulo de sangre, y se derramará más sangre por todas partes cuando mueva los cadáveres. ¿Y los cadáveres? ¿Qué hacer? Se pueden quemar, enterrar o sumergir. Si opto por cualquiera de las dos últimas soluciones, habrá que sacarlos de la casa. Si los entierro, solamente podré hacerlo donde la tierra sea blanda, a la orilla del río. Pero si los enterrase a la orilla del río, la próxima crecida revelaría sus restos, o si no la siguiente, y así regresarán al mundo mecidos uno en el otro, en sus brazos corrompidos, hasta apoyarse en la valla que cruza el río. Si les añado un peso y los sumerjo en el embalse, contaminarán las aguas y reaparecerán tarde o temprano, dos esqueletos sonrientes cara al cielo con la próxima sequía. Ahora bien, enterrados o sumergidos, habrá que desplazarlos, bien tal como están, en una carretilla, o a trozos. ¿Tengo la fuerza necesaria para cargar con los dos en una carretilla, sin ayuda de nadie, o tendré que trocearlos para proceder a su traslado? ¿Seré capaz de transportar un solo, monolítico tronco? Debería haber prestado más atención al arte de trinchar la carne. Si no, ¿cómo se encadena la carne a la roca sin practicar agujeros? ¿Con qué? ¿Con un taladro? ¿Con una abrazadera? Y, como alternativas, ¿qué tal si los dejara junto a un hormiguero apartado, o incluso si los dejara expuestos a la intemperie, a la acción del aire, en una de las parcelas más apartadas de la finca, incluso en una cueva? ¿Y una pira funeraria ahí mismo, en el patio? ¿Y si prendiese fuego a la casona por los cuatro costados, sin más contemplaciones? ¿Estoy a la altura?

35. La verdad, por descontado, es que estoy a la altura de cualquier cosa, lo que haga falta, y en modo alguno me avergüenza mi libertad; estos cometidos tan sólo requieren paciencia y meticulosidad, virtudes de las que, al igual que las hormigas, estoy sobrada, aparte de contar con un estómago a prueba de bombas. Si me adentrase por los cerros, estoy segura de que tarde o temprano encontraría un par de cantos rodados ya agujereados, horadados por la acción del agua, de una remota glaciación, sin duda, o bien forjadas en un cataclismo volcánico. En la cochera tiene que haber abundantes, providenciales cadenas, hasta la fecha invisibles y prestas sin embargo a surgir a la luz, así como barriles de pólvora, y haces de madera de sándalo. En cambio, lo que ahora descubro que de veras me preocupa es si no habrá llegado quizá el momento de buscarme un cómplice de recia musculatura, alguien que, sin pararse a formular preguntas, sea capaz de echarse los cadáveres a espaldas y de emprender el camino a algún lugar recóndito, en el cual sepa despacharlos con

agilidad y eficacia, por ejemplo enterrándolos en algún agujero barrenado que después cerrase con una pesadísima roca. Llegará el día en que habré de contar con otro ser humano, oír otra voz, aun cuando solamente hable con palabras violentas e injuriosas. Este monólogo del propio yo es un laberinto de palabras cuya salida no podré encontrar mientras otra persona no me indique al menos una pista. Pongo los ojos en blanco, frunzo los labios, me estiro de las orejas, y a pesar de todo sigue siendo mi cara la cara que aparece en el espejo, seguirá siendo la mía aun cuando la sostenga ante el fuego hasta derretirla. Poco importa con qué frenesí viva el asunto de la muerte o nade en sangre y agua jabonosa, da igual qué aullidos lobunos lance a la noche, que mis actos, representados en el teatro macabro de mi propio yo, siguen conformando meramente mi conducta. A nadie ofendo, ya que nadie hay a quien pueda ofender, aparte de los criados y los muertos. ¿De qué forma habré de salvarme? ¿Soy de veras ésta que friega, friega, friega, esta señora que se ha desnudado las rodillas? ¿Acaso yo; el verdadero yo que reside en lo más hondo, bajo la capa de las palabras, he tomado parte en estos fenómenos con mayor hondura por el mero hecho de haber estado presente en un momento determinado, en un punto concreto del espacio, en los cuales un cúmulo de violencia, seguido de un cúmulo de fregoteo, por mor de los criados, pasaron raudos en su camino desde ningún lugar y hacia parte ninguna? Si me doy la vuelta y me alejo de aquí, ¿no menguará esta sangrienta escena, no retrocederá poco a poco por el túnel de la memoria hasta atravesar las puertas que custodian las cornamentas de la caza, no me dejará acaso en paz mientras me machaco los nudillos de los dedos en el lúgubre, minúsculo cuarto que hay al final del pasillo, esperando a que se materialicen las cejas de mi padre, y bajo ellas sus negras charcas, y después la caverna de la boca de la que proceden los ecos de su eterno NO?

36. Pues no muere él tan fácilmente. Contrariado, dolorido de tanto montar, es él quien cabalga con el crepúsculo; es él quien asiente cuando le saludo, quien entra a grandes zancadas en la casa para desplomarse en su sillón, a esperar que sea yo la que le quite las botas. A fin de cuentas, no son los días de antaño. No ha traído a casa a la mujer con la que acaba de casarse, soy todavía su hija; si fuese capaz de desdecirse de sus injurias, tal vez podría ser incluso una buena hija, aunque sería sensato, salta a la vista, no inmiscuirse en su camino mientras rumia un fracaso que yo, inocente para todo lo que sean las formas elementales de la cortesía, preservada a lo largo de mi vida en una oscura alcancía, no alcanzaré a entender. Se me desboca el corazón ante esta segunda oportunidad, pero me comporto con gazmoñería, agacho la cabeza.

37. Mi padre aparta la comida sin haberse dignado tocarla. Toma asiento en el salón, contempla la chimenea. Enciendo una lámpara, pero me aparta de su lado con un manotazo tajante. En mi cuarto, me pongo a coser un dobladillo y afinó el oído

para captar su silencio. ¿Suspira entre una hora y otra, a medida que las da el reloj? Me desvisto y me duermo. Por la mañana, el salón está vacío.

38. Hace seis meses, Hendrik trajo a la casa a su mujer, recién desposados. Llegaron al trote por el llano en la carreta, de la que tiraba un solo rucio, polvorientos tras el largo trayecto recorrido desde Armoede. Hendrik llevaba el traje negro que le había regalado mi padre cuando se le quedó inservible de puro usado, la camisa abotonada hasta el cuello y un viejo sombrero de ala ancha. Su esposa iba sentada a su lado, agarrada a los flecos del chal, expuesta a la vista de todos y por tanto llena de aprensión. Hendrik se la había comprado a su padre por seis cabras y un billete de cinco libras, prometiéndole otras cinco libras más, o puede que fueran cinco cabras más, que estas cosas nunca se oyen del todo bien. Nunca he estado en Armoede; se diría que nunca he estado en ninguna parte, que no conozco nada con la menor certeza; quizá soy un simple fantasma, un vapor que flota en la intersección de una determinada longitud y una latitud determinada, suspendida aquí por decisión de un tribunal imaginario hasta que tal vez se cometa determinado acto, hasta que se hincue una estaca en el corazón de un cadáver enterrado en un cruce de caminos, tal vez, o hasta que un castillo se desmorone y deje su lugar a un lago, hasta que suceda lo que haya de suceder. Nunca he estado en Armoede, pero sin ningún esfuerzo, pues es una de mis facultades, puedo insuflar la vida a esa desolada colina que azota el viento, a las chabolas de chatarra que tienen lonas por puertas, a las gallinas que se esparcen y revolotean ante la carreta en la que Hendrik se lleva a su esposa, todavía una niña tímida, recatada, mientras las seis cabras lecheras mordisquean los espinos y contemplan con sus ojos amarillos una escena que en su plenitud me resulta imposible de conocer, los espinos, el muladar, las gallinas, los niños que corretean en persecución de la carreta, todo ello en evidente unidad bajo el sol, inocente, aun cuando para mí no sean más que nombres y más nombres. No cabe duda: lo que me mantiene en marcha (véase cómo me ruedan las lágrimas por las aletas de la nariz, que sólo la metafísica les impide caer sobre la página, y lloro por esa inocencia perdida, la mía propia y la de la humanidad entera) es mi determinación, mi férrea determinación, mi determinación de hierro, inquebrantable, intratable, irrisoria, de atravesar el biombo de los nombres y optar a esa visión de Armoede y del desierto, de los pedregales, con los ojos de una cabra; nombrar solamente esto, a despecho de todo lo que hayan dicho los filósofos (¿y qué sabré yo, pobre solterona provinciana, de la filosofía, ahora que la lámpara titila y el reloj da las diez?).

39. Aprisionada por el sueño yace la noche entera junto a Hendrik, una niña que aún no ha terminado de crecer, pues ahora crece una fracción de sus rodillas, ahora un ápice de sus muñecas, siempre suave de proporciones. Antaño, en los tiempos ya perdidos en que Hendrik y sus congéneres seguían a sus ovejas gordas de un pasto a

otro, en la edad de oro anterior a la llegada del gusano, que llegó sin duda a lomos de la tormenta, cuando acampaban en el sitio exacto en que estoy yo sentada, qué coincidencia, tal vez entonces Hendrik fuese un patriarca que no se hincaba de hinojos en tierra ante nadie; tal vez entonces se llevase al lecho conyugal a dos esposas que le reverenciaban, tal vez entonces hacía cumplirse su voluntad, moldeaba sus cuerpos a su antojo, y ambas dormían apretadas contra sus costados, la esposa anciana de un lado, la joven esposa del otro; así me lo imagino. Esta noche en cambio Hendrik tiene una sola esposa, y el viejo Jakob, en la escuela, solamente tiene una esposa que murmura y le pone mala cara. A la caída de la noche el viento transporta su voz molesta, palabras bienaventuradas e indistintas, nunca se cansa de las trifulcas, aunque el tono de denuncia sea palmario.

40. Éste no es el hogar de Hendrik. Nadie tiene ancestros en este territorio, en estos pedregales desérticos: nadie salvo los insectos, y entre ellos estoy yo, un escarabajo magro y negro, con alas de mentira, que no pone huevos y parpadea al sol, un verdadero rompecabezas para el entomólogo. Antaño, los ancestros de Hendrik atravesaban el desierto de acá para allá, en un continuo ir y venir, con sus rebaños y sus pertrechos, desde A hacia B o desde X hacia Y, venteando el aire en pos del agua, abandonando a los descarriados, a marchas forzadas. Un buen día empezaron a levantarse las cercas y empalizadas —especulo, claro está—, y hombres a caballo aparecieron por doquier, con los rostros embozados, dispuestos a proferir invitaciones a que los nómadas hicieran un alto y se asentaran en algún paraje, invitaciones que bien podrían haber sido órdenes o amenazas, no hay quien pueda saberlo, y así uno se hizo granjero, y granjeros fueron sus hijos y los hijos de sus hijos, y a sus mujeres les dio por lavar. Es fascinante esta historia colonial: me pregunto si será posible una historia especulativa, tal como es especulativa la filosofía, la teología y, ahora, podría decirse que también lo es la entomología, todas las cuales me las saco del sombrero como si tal cosa, por no decir nada de la geografía del desierto, los pedregales, la agricultura y la cría del ganado. Y la economía: cómo voy a explicar la economía de mi existencia, sus migrañas y sus siestas, su tedio, sus languideces especulativas, a menos que las ovejas tengan pasto que comer (pues ésta no es, a la sazón, una granja en la que se críen insectos). ¿Y qué les he proporcionado, aparte de los pedregales y los trechos de matorral? Las ovejas han de alimentarse de rastrojeras, tal como a mí me alimentan las ovejas; tienen que ser los rastrojos que corroe el sol, los rastrojos grises y endurecidos, espantosos a mi vista, aunque repletos de nutritivas succulencias para los ojos y la lengua de las ovejas. Existe otro momento estelar en la historia colonial: la primera oveja merina es desembarcada con un aparejo de poleas, con una cincha de lona en torno al cuerpo, temblorosa, empavorecida, sin saber aún que ésta es la tierra prometida en la que ha de criar una generación tras otra gracias a las nutritivas rastrojeras, en las que fundamentará la base económica sobre la cual

descansa la presencia de mi padre y la mía propia, en esta casa solitaria en la que esperamos a que a las ovejas les crezca la lana, en la que congregamos a nuestro alrededor los restos de las tribus que se han echado a perder, los residuos de los hotentotes que serán quienes esquilen la lana, quienes corten la leña y traigan el agua, pastores y criados a perpetuidad, en esta casona en la que nos devora el aburrimiento y arrancamos las alas a las moscas.

41. Hendrik no nació aquí. Llegó procedente de ninguna parte, hijo de padre y madre para mí desconocidos, arrojado al mundo en una época durísima, con o sin bendición, a que se ganara la vida con el sudor de su frente. Llegó una tarde y pidió trabajo, aunque no acierto a entender cómo pudo caer por aquí, pues no figuramos en ningún camino que en este mundo vaya de A a B, caso de que tal destino sea topológicamente posible, y confío en emplear el término como es debido, no soy ninguna de esas marimachos piernilargas que a cualquier tutor itinerante le encanta tener bajo su férula: no, soy terca, sudorosa, estúpida, presa de la ansiedad. Hendrik llegó una tarde cuando aún no había cumplido los dieciséis años de edad, adivino, cubierto de polvo, claro está, con una mano en la vara y un hatillo al hombro; se detuvo al pie de la escalera y alzó la mirada hacia donde estaba sentado mi padre, que fumaba con la mirada perdida a lo lejos: ésa es la costumbre aquí, ése debe de ser el origen de nuestro talante especulativo, mirar al fuego sin verlo. Hendrik se quitó el sombrero en un gesto característico, un zagal de dieciséis años con el sombrero apretado contra el pecho; aquí, los hombres y los zagalos llevan sombrero por igual.

—Baas —dijo Hendrik—, buenos días, baas. Estoy buscando trabajo.

Mi padre carraspeó y tragó saliva. Reproduzco sus palabras; me resulta imposible saber si Hendrik oyó lo que oí yo, lo que quizá no oyera yo aquel día, aunque sí lo oigo ahora en mi interior, la media sombra de malhumor o desdén mordido en sus palabras.

—¿Qué clase de trabajo es el que buscas?

—Cualquier cosa. Trabajo solamente, baas.

—¿De dónde eres?

—De Armoede, baas. Pero ahora vengo de la casa del baas Kobus. El baas Kobus dice que el baas tiene trabajo aquí.

—¿Trabajas para el baas Kobus?

—No, no trabajo para el baas Kobus. Pasé por allí buscando trabajo. Luego, el baas Kobus dijo que el baas tenía trabajo aquí. Por eso he venido.

—¿Y qué sabes hacer? ¿Sabes encargarte de las ovejas?

—Sí, entiendo bien de ovejas, baas.

—¿Cuántos años tienes? ¿Sabes contar?

—Soy fuerte. Trabajaré bien. Ya lo verá el baas.

—¿Estás solo?

—Sí, ahora estoy solo.

—¿Conoces a la gente de mi granja?

—No, baas. No conozco a nadie por aquí.

—Escúchame bien. ¿Cómo te llamas?

—Hendrik, baas.

—Escúchame con atención, Hendrik. Ve a la cocina y dile a Anna que te dé pan y café. Después, que te encuentre un sitio para dormir. Mañana por la mañana, temprano, te quiero ver aquí delante. Ya te diré cuál ha de ser tu trabajo. Ahora, márchate.

—Sí, baas. Gracias, baas.

42. Cuán satisfactorio el fluir de este diálogo. Ojalá fuera así mi vida, pregunta y respuesta, pregunta y respuesta, en vez del inagotable tormento del ¿y después?, y ¿ahora, qué? Las conversaciones de los hombres son imperturbables, serenas, llevadas de común acuerdo. De haber sido yo varón, no me habría tornado tan desabrida; me habría pasado el día entero al sol, haciendo lo que hagan los hombres, sea cavar zanjas en la tierra, tender cercados, contar ovejas. A mí, ¿qué me queda en la cocina? El charloteo de las criadas, la cháchara, la indisposición y el malestar, los críos, el vapor de las cacerolas, el olor de la comida, el roce de los gatos en los tobillos... de todo eso, ¿qué vida puede hacerse una? Décadas enteras de preparar el cordero, las calabazas y las patatas, no han bastado para moldear en mí las carnes, el busto y las caderas de una genuina ama de casa del campo: no han conseguido más que dejarme con unas nalgas magras y caídas. Y es que, ay, mi fuerza de voluntad, que me imagino de hecho como si fuera alambre de espino envuelto en papel de crepe, no ha sido a fin de cuentas suficiente para preservarme prístina y a salvo de las moléculas de la grasa: perecen a millares en su combate contra los animálculos de mi sangre, a pesar de lo cual se abren camino, una marea llena de bocas que piden comida ciegas, así me lo imagino, sentada año tras año a la mesa, enfrente de mi padre silencioso, oyendo el rumor de esos dientecillos que me corroen por dentro. De un cuerpo nadie debería esperar milagros. También yo he de morir. Qué escarmiento.

43. El espejo. Heredado de mi madre, hace tanto tiempo ya perdida, y cuyo retrato debe de ser el que pende en la pared del comedor, entre la cabeza silenciosa de mi padre y mi propia cabeza silenciosa, aunque me pregunto por qué será que cuando conjuro esa pared me encuentro bajo la cornisa, donde debiera estar el cuadro, un manchurrón grisáceo, una franja gris, si tal cosa puede imaginarse, trazada por el recorrido de mi ojo sobre la pared... Heredado de mi madre, hace tanto tiempo ya perdida, a la cual, sin embargo, un día he de encontrar, el espejo colilla por completo la puerta del dormitorio, frente a mi cama. No me produce ningún placer estudiar con detenimiento el reflejo de mi cuerpo, pero una vez me he envuelto en mi camisón, un

camisón blanco de noche, un vestido negro de día, pues es así como me visto, una vez me he embutido los calcetines para protegerme del frío del invierno y el gorro de dormir para protegerme de la corriente, a veces dejo prendida la luz y, reclinada en cama, apoyada sobre un codo, sonrío a la imagen que aparece reclinada en la cama, frente a mí, apoyada en un codo, a veces incluso hablo con ella. Es en tales ocasiones cuando noto (qué artilugio más útil es el espejo para que las cosas surjan a la luz, si es que puede llamársele artilugio, de sencillo que es, tan desprovisto de mecanismos) con qué espesura me crece el pelo entre las cejas, y me pregunto si mi furiosa mirada, mi mirada furiosa y corrosiva, por no hablar con palabras amaneradas, pues carezco de motivos que me lleven a amar ese rostro, no podría atemperarse un tanto a base de cosméticos si me arrancara esos pelos con las pinzas o incluso todos ellos en un manojo, como si fueran zanahorias, con unos alicates, separándome de ese modo los ojos y generando una ilusión de gracia, de temperancia. ¿Y no podría también suavizar mi aspecto si liberase mis cabellos de la redecilla y las horquillas que me pongo de día, del gorro de dormir por la noche, si me lo lavase y lo dejase caer hasta la base del cuello, si me lo dejase largo hasta los hombros?, y es que si a los cadáveres les sigue creciendo el pelo, ¿por qué no ha de crecerme también a mí? ¿No estaría menos fea si hiciese algo con los dientes, pues por cierto tengo demasiados, es decir, si sacrificase algunos y dejara espacio para que los demás crecieran, caso de no ser ya demasiado vieja para que aún me crezcan? Con qué ánimo apacible contemplo el arrancarme los dientes, las muelas: son muchísimas las cosas que temo, pero diría que el dolor no es una de ellas. Me sentaría, me digo, ante el espejo, haría presa con las tenazas sobre un diente condenado a morir y tiraría, tiraría sin cesar hasta arrancármelo. Acto seguido pasaría a ocuparme del siguiente. Y una vez resuelto lo de los dientes y lo del pelo, pasaría a ocuparme del cutis. Iría corriendo al jardín todas las mañanas y me plantaría bajo los árboles, los albaricoques y los perales, las higueras, y devoraría la fruta hasta aplacarme las entrañas. Haría ejercicio, daría un paseo matinal hasta la orilla del río y caminaría al atardecer hasta el pie de los cerros. Si la causa de que tenga la piel tan pálida y amortajada fuese física, si fuese física la causa de que mis carnes sean tan entecas y tan recias, si tales combinaciones son posibles, y tan es así que a veces me pregunto si en mi interior fluye la sangre o si meramente se estanca y forma charcas, o si acaso tendré veintiún pellejos en vez de siete, como dicen los libros, en fin, si la causa fuese puramente física, la cura habría de ser física, pues, en caso contrario, ¿qué me queda por creer?

44. ¿Y qué solaz podría procurarme el ser una sencilla, plácida cabeza de chorlito, una heredera ansiosa y temerosa de que se la olvide en cualquier parte, presta a entregarse en cuerpo y alma al primer pretendiente que pasara por aquí, aun cuando fuese un buhonero, un tutor itinerante y versado en latinajos y a darle seis hijas, a soportar sus palizas y sus improperios con cristiana entereza, a vivir una vida oscura,



decente, en vez de apoyarme sobre un codo y contemplarme en el espejo, en un ambiente en el que se congregan las tinieblas y la condenación, si mis huesos no me engañan? ¿Por qué, si soy implacablemente capaz de levantarme a las cinco en punto todas las mañanas para encender la chimenea, azules los pies por el frío, aferrados los dedos a los hierros helados, por qué no puedo ahora dar un salto y echar a correr a la caja de herramientas, al jardín, para dar inicio a un régimen basado en la depilación, la extracción de los dientes y muelas sobrantes, la alimentación a base de frutas, antes que sea demasiado tarde? ¿No habrá algo en mi interior que mantiene su apego por lo lúgubre, lo repugnante, lo funesto, algo que se escabulle de su nido oculto para arrastrarse hasta un recóndito rincón lleno de excrementos de rata y huesos de pollo, en vez de resignarse a la decencia? De ser así, ¿de dónde proviene? ¿De la monotonía que me rodea? ¿De todos estos años que han transcurrido en el seno de la naturaleza, a siete leguas del vecino más próximo, jugando con palos y con piedras, con los insectos? No lo creo, aunque no soy quién para decirlo. ¿Procederá de mis padres? ¿De mi padre colérico e incapaz de amar? ¿De mi madre, ese óvalo desvaído tras la cabeza de mi padre? Puede ser. Puede ser que proceda de ellos, por junto y por separado, e incluso de mis abuelos, a quienes he olvidado, si bien podría invocarlos en caso de verdadera necesidad, así como a mis ocho bisabuelos y a mis dieciséis tatarabuelos, a menos que haya incesto en la línea sucesoria, y a los treinta y dos anteriores, y así hasta llegar a Adán y Eva y por último a la mano de Dios, mediante un procedimiento cuya aritmética siempre se me ha escapado. El pecado original, la degeneración de la línea sucesoria: existen dos perfectas y arriesgadas hipótesis para dar cuenta de mi fealdad, de mis oscuros deseos, de mi reluctancia a saltar de la cama en este preciso instante e iniciar mi propia curación. Ahora bien, no me interesan las explicaciones. Estoy más allá del porqué de mí misma. Lo que me interesa es el destino, o, si fallase el destino, lo que haya de ocurrirme, sea lo que fuere. La mujer que con su gorro de dormir me contempla desde el espejo, la mujer que en cierto modo soy yo misma, menguará hasta expirar aquí, lejos de ningún lugar, en medio de ninguna parte, a menos que cuente con un magro condumio de acontecimientos gracias al cual pueda seguir con vida. No me interesa llegar a ser una de esas personas que miran a los espejos y nada ven, o caminan a pleno sol sin proyectar sombra. De mí depende.

45. Hendrik. A Hendrik se le paga en moneda corriente y en especie. Lo que en tiempos no pasaba de dos chelines a fin de mes llega ahora a los seis chelines. Además, se le entregan dos ovejas para el matadero, y raciones semanales de harina, tortas de maíz, azúcar y café. Tiene su propio huertecillo. Va ataviado con las ropas desechadas de mi padre. Él mismo fabrica sus zapatos con pellejos de animales que curte y tiñe. Sus domingos le pertenecen a él solo. Cuando enferma, tiene quien le cuide. Cuando envejezca tanto que ya no pueda cumplir con sus obligaciones, éstas

pasarán a manos de un hombre más joven, y él se retirará a descansar en un banco, a tomar el sol, a ver jugar a sus nietos. Ya tiene señalada su tumba en el cementerio. Sus hijas le cerrarán los ojos. Hay muchas otras maneras de disponer las cosas, pero ninguna, que yo sepa, tan pacífica como ésta.

46. Hendrik desea fundar una estirpe, una humilde estirpe que le sea propia, paralela a la estirpe de mi abuelo y de mi padre, por hablar solamente de ellos. A Hendrik le encantaría disfrutar de un hogar lleno de hijos e hijas. Por eso se ha casado. Su segundo hijo, ha terminado por pensar, será el más obediente, el que le ha de dar respaldo, el que aprenderá a trabajar en la granja, el que será báculo de su vejez, desposará a una buena chica y prolongará su estirpe. Las hijas, ha llegado a creer, trabajarán en la cocina de la granja. Los sábados por la noche vendrán a cortejarlas los chicos de las granjas convecinas, los cuales atravesarán distancias de épica magnitud pedaleando en sus bicicletas, las guitarras al hombro, para darles hijos fuera del matrimonio. El primogénito, el pendenciero, el que nunca dirá que sí, se marchará de casa para trabajar en el ferrocarril, lo apuñalarán en una pelea, morirá solo, lejos, y a su madre habrá de romperle el corazón. En cuanto a los demás hijos, los oscuros, quizá también tengan que marcharse a buscar trabajo, quizá nunca más se vuelva a saber de ellos, o quizá mueran en la flor de la edad, junto con un buen porcentaje de hijas, de manera que aunque la línea sucesoria se ramifique no llegue a ramificarse tampoco en exceso. Ésas son las ambiciones de Hendrik.

47. Hendrik ha encontrado una esposa porque ya no es un hombre joven, porque no desea que su sangre se extinga vertida en la tierra para siempre, porque a la postre ha terminado por darle miedo la noche, porque el hombre no está hecho para vivir solo.

48. No sé nada de Hendrik. Ello se debe a que a lo largo de todos los años que hemos pasado juntos en la granja él ha mantenido la compostura, mientras yo he guardado las distancias: la combinación de ambas actitudes ha asegurado que mi mirada, cuando la dirijo a él, y su mirada, cuando a mí la dirige, nunca hayan dejado de ser meramente amables, indiferentes, remotas. A mí esto se me antoja una explicación suficiente. Hendrik es un hombre que trabaja en la granja. No es sino un hombre de gran estatura, hombros rectos, piel morena y altos pómulos, ojos sesgados, que cruza el patio con un caminar ágil, incansable, que no consigo yo imitar, como si las piernas oscilasen desde las caderas en vez de doblarse a la altura de las rodillas; un hombre que mata las ovejas los viernes por la noche y cuelga la res muerta de una rama de un árbol, un hombre que corta la leña y dice «Buenos días, señorita» por las mañanas, al tiempo que se quita el sombrero y sigue ocupado en sus quehaceres.

Cada cual tiene su sitio, Hendrik y yo, dentro de un código antiguo. Con fluidez y facilidad avanzamos a través de los pasos de que consta nuestra danza.

49. Guardo las distancias tradicionales. Soy un ama buena, justa, imparcial, amable; de ninguna manera podría tachárseme de bruja o de mala pécora. Para los criados no cuenta mi apariencia, y por eso les estoy agradecida. Por tanto, lo que yo noto que transporta la leve brisa del amanecer no lo percibo yo sola. Todos nosotros lo percibimos, y todos nos hemos tornado sombríos. Yazgo despierta escuchando los gritos, gritos amortiguados, gritos atenazados por el deseo y el pesar y la repugnancia y la angustia, incluso por la angustia, que aletean y se estremecen por toda esta casona, hasta el punto de que se podría pensar que estuviera infestada de murciélagos, de angustiados, asqueados, contristados, ansiosos murciélagos en pos de un nido perdido, gimiendo a un volumen tal y de forma tan aguda que a los perros se les eriza el pelaje, que desgarran ese oído interior que yo tengo y que, incluso sumido en las profundidades subterráneas del sueño, atiende a las señales de mi padre. Los gritos proceden de su dormitorio, más agudos, más altos cada vez, cada vez más plañideros, desde que Hendrik trajo a su chica de Armoede, la polvareda levantada tras el paso de la carreta, fatigados tras el largo recorrido. Una vez llegado a la puerta, Hendrik tira de las riendas, deposita el látigo en su sitio, junto al pescante, desmonta y ayuda a poner pie a tierra a la muchacha; dándole la espalda, procede a desenganchar los asnos del tiro. Y ahí de pie en el porche, a poco más de doscientos metros de distancia, mi padre ve por primera vez, por medio de sus pesadas lentes de campo, el pañuelo rojo, los ojos encajados en las cuencas, el mentón saledizo, los dientecillos afilados, la mandíbula de zorro, los brazos delgados, el cuerpo esbelto de Anna, la de Hendrik.

50. El gran faro que ilumina mi visión barre un trecho y, por un instante, la novia-niña de Hendrik queda iluminada cuando desciende de la carreta. Luego, como el farero que se hace amarrar a su sillón de vigía, precavido ante la potencia de una traicionera séptima ola, observo a la muchacha cuando retrocede hacia las sombras, oigo el entrechocar de los eslabones que prenderán la yesca del farol y aguardo a que Hendrik, o mi padre, o esa otra mujer, aparezcan de nuevo en mi campo visual, así sea por un instante, con una luz que no les pertenece, sino que de mí procede, y que tal vez ni siquiera sea luz, sino fuego. Tan solo, me digo, tendré que desembarazarme de las amarras y tirar de la palanca que tengo al alcance de la mano para que cese el entrechocar de los eslabones y deje la luz de iluminar a la muchacha, sus brazos delgados, su cuerpo esbelto, pero lo cierto es que soy cobarde, por hablar solamente de la cobardía; el faro sigue trazando sus barridos y en cuestión de un instante me veo emplazada ante el desierto, los pedregales, las cabras o mi propio rostro en el espejo, objetos sobre los cuales puedo felizmente dar suelta al ácido aliento que tan

dolorosamente he contenido, aliento que no es sino mi propio espíritu, a cuento de qué iba a negado, mi propio yo, o que al menos lo es tal como lo es la luz. Aunque pueda dolerme abdicar del trono de la conciencia e ingresar en ese modo de existencia tal como el que se aplica a las cabras o los pedregales, con ese mismo dolor descubro que no es insufrible. Aquí sentada abarco las cabras y los pedregales, la granja entera e incluso sus alrededores, al menos por lo que alcanzo a conocerlos, suspenso en este medio frío y enajenado que me pertenece, intercambiando un objeto tras otro por las palabras que han de servir para mensurarlos. Se levanta un viento racheado y cálido, cae una polvareda ocre. El paisaje se ha recompuesto, se asienta de nuevo. Entonces Hendrik ayuda a su esposa a bajar de la carreta. Vívida, ajena a las lentes de campo que la observan, da sus primeros pasos hacia dentro, carne suave rozando las suaves carnes bajo el rígido percal de sus faldas, y de nuevo empiezan a fallarme las palabras. Las palabras son monedas. Las palabras enajenan. El lenguaje no es el medio del deseo. El deseo es embeleso, nunca un intercambio. Solamente mediante la enajenación del deseo puede la lengua domeñarlo. La esposa de Hendrik, sus taimados ojos de cervatillo, sus caderas estrechas, se hallan más allá de lo que alcanzan las palabras al menos hasta que el deseo consienta a mudar la curiosidad del observador. El frenesí del deseo, en el medio de las palabras, hace surgir la manía del catálogo. Me debato en lucha contra los proverbios del infierno.

51. En la hora que antecede al amanecer despierta Hendrik azuzado por ruidos demasiado sutiles para oírlos yo, por virajes del viento, por aleteos de los pájaros en los flecos mismos del sueño. Aún a oscuras se pone los pantalones, las botas, la chaqueta. Aviva el fuego y se prepara un café. A sus espaldas, la desconocida se arrebujaba en las mantas y permanece tendida, observante. Sus ojos relucen anaranjados. Está cerrada la ventana, el aire de la granja cargado de olores humanos. Han yacido desnudos la noche entera, despertándose y dormitando, exhalando sus complejos olores: esa requemada acritud de las gentes morenas la conozco de memoria, probablemente tuve un aya morena aunque no la recuerde; husmeo de nuevo el aire, los otros olores más intensos; es ciertamente el olor a hierro de la sangre, un olor que atraviesa el aire y que proviene con intensidad de la escueta, acre mancha de sangre producida por la excitación de la chica; por último, empapa el aire con una dulzura lechosa el fluir de la respuesta que le da Hendrik. La pregunta que hay que hacerse no es tanto ¿cómo es que yo, una solterona ajada y solitaria, sé tanto de estas cosas?, no en vano he pasado noches enteras acodada ante el diccionario: las palabras, palabras son. Nunca he fingido poseer la experiencia de una noche así. No es sino un mero factor, yo tan sólo comercio con los signos. La pregunta que hay que hacerse es más bien ésta: si tanto sé de estas cosas, ¿cuánto más no sabrá mi padre y, por tanto, hinchada de envidia en su celda, cómo es que no le revienta la acalorada vaina del corazón? Noto el olor, husmeo más, lo describo y lo dejo a un lado, pasando

de un objeto al que le ha de seguir, mensurando el universo entero con mis palabras, si bien ¿de qué armas dispondrá él para mantener a raya a los dragones del deseo? No soy una profetisa, pero hay algo helado en el aire que me indica la proximidad del desastre. Oigo pasos mullidos en los oscuros pasadizos de nuestra casa. Me agazapo, encorvo los hombros, aguardo. Tras décadas de sueño, algo va a precipitarse sobre nosotros.

52. Hendrik se acuclilla ante el fuego para verter el agua hirviendo sobre el café. Mientras dure el idilio, él se prepara su propio café. Luego, la chica, que de visitante encantada pasará a ser esposa, aprenderá a levantarse antes que él, y sin duda muy pronto se ha de acostumbrar a recibir los gritos, los improperios, las palizas. Ignorante de todo ello, todo lo observa con ansiedad, frotándose una contra otra las cálidas plantas de los pies.

53. Hendrik sale a ventear el último residuo de la noche. En los árboles más próximos al río los pájaros se tornan cada vez más inquietos. Están claras las estrellas como el hielo. Los guijarros crujen bajo sus pies. Oigo el clangor de la pala contra el suelo de piedras de la despensa, luego su paso ágil al alejarse hacia el establo. Mi padre aparta las mantas a un lado, sale de la cama y se queda en pie con los calcetines puestos, su única protección contra el suelo helado. En mi habitación, empiezo a vestirme, pues debo tener listo su café cuando, severo y resuelto, entre en la cocina. La vida en la granja.

54. Hendrik y mi padre no han cruzado una sola palabra acerca del matrimonio desde el día en que vino Hendrik a pedir permiso para traer a su mujer a la granja y mi padre le espetó: «Haz lo que quieras». El banquete nupcial se celebró en Armoede, la noche de bodas tuvo lugar por el camino, o aquí, no lo sé, y al día siguiente Hendrik cumplió con sus obligaciones, como siempre. Mi padre ordenó un incremento de sus raciones, pero no le obsequió un regalo de boda. La primera vez que vi a Hendrik tras el anuncio le di mi enhorabuena; se quitó el sombrero, sonrió y me dijo: «Gracias, señorita».

55. Sentados en el porche el uno junto al otro, contemplando los últimos rayos del crepúsculo en espera de ver alguna estrella fugaz, a veces oímos a Hendrik tañir su guitarra, a tientos, suavemente, al otro lado del río. Una noche en que el aire estaba particularmente quieto le oímos tocar entera «Daar bo op die berg». Las más de las noches, el viento pone en fuga a latigazos esos frágiles sonidos, y entonces es como si estuviésemos en planetas separados, nosotros en el nuestro, ellos en el suyo.

56. Veo poco a la mujer de Hendrik. Mientras él está fuera, ella cuida la granja; tan sólo sale para ir al embalse por agua o al lecho del río para traer la leña. Allí, mi mirada cae implacable sobre su pañuelo escarlata cuando pasa entre los árboles. Se familiariza con su nueva vida, con la rutina de la cocina y la colada, con los deberes contraídos para con su marido, con su propio cuerpo, con las cuatro paredes que la enclaustran, con la visión que disfruta desde la puerta y la granja enjalbegada y blanca que domina el centro de su campo visual, con el hombre recio y la mujer enjuta, vivaz, que salen al atardecer al porche y se sientan con la mirada perdida en lontananza.

57. Hendrik y su esposa visitan a Jakob y Anna los domingos. Visten sus mejores galas, enjaezan los burros a la carreta y recorren adormilados los dos kilómetros que los separan de la antigua escuela. Pregunto a Anna por la chica. Dice que es dulce, «pero todavía es una niña». Si no es más que una niña, ¿qué seré yo? Entiendo que a Anna le gustaría tomarla bajo su protección.

58. Con el sombrero en la mano, Hendrik se planta a la puerta de la cocina, a la espera de que yo levante la mirada. Dejo de batir los huevos y mis ojos encaran los suyos.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, Hendrik. ¿Cómo estás?

—Bien, estamos bien. He venido a preguntar si no tendrá la señorita trabajo en la casa. Para mi mujer, ya sabe.

—Sí, puede ser que tenga trabajo, Hendrik. Pero ¿dónde está tu mujer?

—Está aquí, señorita. —Señala a sus espaldas y vuelve a mirarme a los ojos.

—Dile que pase.

Se da la vuelta y da una voz —*Hê!*— con una tensa sonrisa. Rebrilla un instante el escarlata y la chica se cuele tras él. Él se hace a un lado y la deja enmarcada en el umbral de la puerta, las manos unidas, la vista baja.

—Así que tú eres otra Anna. Vaya, pues ahora tenemos dos Annas.

Asiente, aún con la cara desviada.

—¡Habla con la señorita! —la apremia Hendrik con un susurro. Tiene la voz áspera, pero eso nada quiere decir, todos lo sabemos; así son los juegos que interpretamos unos para los otros.

—Anna, señorita —susurra Anna. Carraspea con suavidad.

—Pues entonces tendrás que ser Klein-Anna. No podemos tener dos Annas en la misma cocina, ¿verdad?

Es hermosa. Tiene la cabeza y los ojos grandes, como los niños, y las líneas de los labios y los pómulos claros, como si se los perfilase a lápiz. Este año, y el siguiente, y

tal vez también el siguiente, seguirás siendo hermosa, digo entre mí, hasta que des a luz al segundo de tus hijos, y el parto, las indisposiciones, la miseria y la monotonía te agoten, hasta que Hendrik se sienta traicionado y amargado, hasta que los dos empecéis a gritaros y se te arrugue la piel y se te enturbien y ensombrezcan los ojos. Entonces serás como yo, me digo, pero no temas.

—Mírame, Anna. No seas tímida. ¿Quieres venir a trabajar a la casa?

Asiente con lentitud, frotándose el puente de un pie con la punta del otro. Observo sus dedos de los pies, sus pantorrillas atléticas.

—Venga, niña, di algo, que no te voy a comer.

—*Hê!* —susurra Hendrik desde la puerta.

—Sí, señorita —dice.

Avanzo hacia ella secándome las manos con el delantal. No retrocede, pero su mirada busca momentáneamente a Hendrik. Le llevo el dedo índice al mentón y la obligo a levantar la cara.

—Venga, Anna; no tienes nada que temer. ¿Sabes quién soy?

Me mira directa y detenidamente a los ojos. Le tiembla la boca. No tiene los ojos negros, sino de un castaño oscuro, más oscuros que los de Hendrik.

—Bueno, a ver: ¿quién soy yo?

—La señorita es la señorita.

—Muy bien, pasa por aquí entonces... ¡Anna!

Al parecer, Anna, mi vieja Anna, se ha hecho la remolona en el pasillo y ha escuchado toda la conversación.

—Anna, ésta es nuestra Klein-Anna. ¿Qué te parece si a ti te llamamos Ou-Anna y a ella Klein-Anna, eh? ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien. Señorita.

—Bueno, escucha: dale una taza de té y que empiece a trabajar. Enséñale dónde se guardan las cosas de fregar, quiero que empiece fregando el suelo. Tú, Klein-Anna, encárgate de traer mañana tu propia escudilla y tu tazón. ¿Te acordarás?

—Sí, señorita.

—Hendrik, ya te puedes marchar; el baas se enfadará si te ve dando vueltas por aquí.

—Sí, señorita; gracias, señorita.

Todo esto en nuestro propio lenguaje, un lenguaje de matices, de un ágil orden de las palabras y de partículas delicadas, un lenguaje opaco para quien no lo conozca, denso en cambio para quienes se hayan criado en él, con sus momentos de solidaridad y sus momentos de distancia.

59. Esta mañana llovió. Durante varios días corrieron por los cielos las nubes cargadas de lluvia, de un confín al otro del horizonte, y a lo lejos se oía el restallar de los truenos contra la cúpula del espacio, una penumbra de bochorno. A media mañana

empezaron a trazar círculos los pájaros, y después se quedaron quietos y comenzaron a emitir llamadas tenues de un nido a otro. No corrió ni una brizna de aire. Las gotas de agua, grandes y tibias, manaron del cielo unos instantes, vacilaron, volvieron a caer en serio y se desató la tormenta, adornada con relámpagos y con un interminable resonar; la tormenta se abrió camino entre nosotros, desplazándose hacia el norte. Llovió durante una hora entera. Luego, todo hubo terminado. Trinaron los pájaros, manó el vapor de la tierra, los últimos arroyuelos se filtraron y hundieron hasta desaparecer.

60. Hoy remendé seis pares de calcetines de mi padre. Existe una convención más antigua que mi propia edad, según la cual Anna no debe ocuparse de remendar la ropa.

61. La pata de cordero de hoy estaba excelente: tierna, jugosa, en su punto. Cada cosa tiene su sitio. La vida es posible en el desierto.

62. Al pasar por la presa del embalse, en torno a la cabeza y los hombros de mi padre se concitan los rayos y remolinos anaranjados, rosáceos, lavanda, malva, escarlata, que despliega el halo del crepúsculo. Sea lo que fuere lo que haya hecho hoy (nunca lo dice, yo nunca lo pregunto), regresa a casa envuelto en la gloria, orgulloso, todo un hombre.

63. A pesar de los muchos atractivos de la pereza, mi padre nunca ha dejado de ser un caballero. Cuando sale a montar, se calza siempre sus botas de montar; después, yo he de ayudarle a quitárselas, y Anna tiene que aplicarles betún. Para la ronda de inspección que realiza cada dos semanas, se pone la chaqueta y la corbata. En una caja de metal guarda tres pasadores de corbata. Antes de las comidas se lava las manos con jabón. Bebe ceremoniosamente el brandy, en una copa especial de las cuales tiene cuatro, a solas, en su sillón, a la luz de su lámpara. Todos los meses, tieso como una vara, sentado en un taburete a la puerta de la cocina, ante la mirada de las gallinas, se somete a la disciplina de mis tijeras. Le corto el cabello color hierro, gris oscuro, suavizándolo con la palma de la mano. Luego se pone en pie, se sacude los pañuelos de protección que le he puesto en los hombros, me da las gracias y se marcha. Quién iba a pensar que a partir de rituales como éstos sea capaz de templarse día a día, una semana tras otra, mes a mes y, se diría, año tras año, cabalgando todos los atardeceres recortado contra un cielo en llamas, como si se hubiese pasado el día a la espera de este instante, el caballo atado a la sombra de un arbusto de espinos cerca de la presa, él reclinado contra la silla de montar; tallando a cuchillo las pinzas para tender la ropa, fumando, silbando entre dientes, dormitando con el sombrero sobre los



ojos, el reloj de bolsillo en la mano. ¿Será así la vida oculta que lleva cuando no está a la vista, o es acaso irreverente este pensamiento?

64. Cada seis días, cuando nuestros ciclos coinciden, siendo el suyo de dos días y el mío un ciclo de tres, nos vemos aherrojados a la intimidad de aliviar nuestras entrañas en el balde de la letrina que hay tras las higueras, cada uno ante el hedor de las heces frescas del otro, bien él envuelto por mi hediondez, o yo por la suya. Al apartar la tapadera me siento a horcajadas sobre su pestilencia infernal, sangrienta, de esas que más atraen a las moscas, espolvoreada, estoy segura, de hebras de carne sin digerir, tragada sin masticar apenas. La mía, en cambio (y aquí pienso en él y lo imagino con los pantalones enrollados en torno a las rodillas, con la nariz tan alta como le es posible, mientras las moscas zumban furiosas en el negro espacio que hay bajo su cuerpo), es oscura, olivácea por la bilis, prieta, guardada dentro demasiado tiempo, vieja, hastiada. Nos esforzamos, nos congestionamos, nos limpiamos cada cual a su manera con rectángulos de papel adquiridos a tal fin, marca de los gentiles; recomponemos nuestras vestimentas y volvemos al exterior. Luego pasa a ser asunto de Hendrik inspeccionar el balde y, si resulta no estar vacío, le toca vaciarlo en un pozo excavado lejos de la casa, lavado y dejado de nuevo en su lugar. Dónde se vacía el balde es algo que no sé con exactitud; ahora bien, en algún lugar de la granja hay un pozo en el que, entrelazadas una con otra, la serpiente roja del padre y la serpiente negra de la hija culebrean y se abrazan, duermen y se disuelven.

65. Cambian, sin embargo, las pautas. Mi padre ha empezado a llegar a casa por la mañana. Esto es algo que nunca había hecho. Entra dando tumbos en la cocina y se prepara una taza de té. Se aparta de mí encogiéndose de hombros. Se planta con las manos en los bolsillos, de espaldas a las dos Annas, caso de que estén presentes, y mira por la ventana mientras se posan las hojas del té. Las doncellas se agazapan, inquietas y molestas, procurando borrar su presencia. Acaso, de no estar allí las doncellas, se pasea por la casa con la taza de té en la mano hasta encontrar a Klein-Anna, que barre o saca brillo a los muebles, y se planta a espaldas de ella, observándola sin decir palabra. Yo me muerdo la lengua. Cuando se marcha, nosotras las mujeres nos quedamos más tranquilas.

66. En esta tierra yerma es difícil guardar secretos. Vivimos desnudos ante los ojos córvidos de los demás, pero vivimos así de mala gana, a regañadientes. Nuestro mutuo resentimiento, aun enterrado en lo más hondo del pecho, a veces resurge y nos asfixia, y damos largos paseos hincándonos las uñas en las palmas de las manos. Solamente sofocando nuestros secretos en lo más hondo de nosotros nos es dado guardarlos. Si cerramos los labios con fuerza y los apretamos es porque buena parte

de nuestro interior arde en deseos de estallar. Buscamos objetos en los que descargar nuestro mal humor; una vez encontrados, lo descargamos coléricos, sin moderación ninguna. Los criados temen los arrebatos de ira de mi padre, siempre desmesurados. Aguijoneados por él, azotan a los burros o arrojan piedras a las ovejas. Qué suerte que las bestias no sientan la cólera, que aguanten y aguanten todo lo que se les quiera echar encima. La psicología de los amos.

67. Mientras Hendrik ha salido a cumplir sabe Dios qué tarea en la hora en que más aprieta el calor de la tarde, mi padre visita a su mujer. Cabalga hasta la puerta de la choza y espera, sin desmontar, hasta que sale la muchacha y se planta ante él, torciendo la mirada para esquivar la plenitud del sol. Él le habla. Ella, es tímida, oculta su rostro. Él procura apaciguarla. Quizá llega a dedicarle una sonrisa, aunque yo no alcanzo a verlo. Se inclina y le entrega una bolsa de papel de estraza. Está llena de caramelos, de corazones y diamantes con letras y emblemas. Ella se queda sujetando el paquete mientras él se aleja.

68. O: mientras Klein-Anna se dirige a su casa en la hora más calurosa de la tarde, mi padre la alcanza. Ella se detiene cuando, inclinado sobre el cuello del caballo, él le habla. Ella es tímida y oculta su rostro. Él procura sosegarla, llega a dedicarle una sonrisa. Del bolsillo saca una bolsa de papel de estraza y se la da. Está llena de caramelos en forma de corazones y diamantes. Ella se guarda la bolsa y sigue su camino.

69. Se inclina sobre el cuello del caballo y habla con la chica procurando apaciguarla. Ella oculta su rostro. Él se lleva la mano al bolsillo, yo veo relampaguear la plata. Por un instante, la moneda aparece en la palma de la mano, un chelín, un florín tal vez. Los dos la miran. Luego, la mano se cierra. Él se aleja a caballo y ella sigue su camino, a casa.

70. Él picotea su comida y la aparta. Bebe su copa de brandy sin sentarse en su sillón, yendo de acá para allá, por el patio, a la luz de la luna. Su voz, cuando me habla, rezuma desafíos y vergüenza. No me hace falta acecharle tras las persianas para conocer sus pensamientos cargados de culpa.

71. ¿Y en qué, dónde podría ella gastar ese dinero? ¿Dónde lo ocultará a su marido? ¿Dónde esconderá los dulces? ¿O acaso se los comerá todos en un solo día? ¿Será tan niña? Si a su marido le guarda un secreto, no tardará en guardarle dos. ¡Qué astuto, qué astuto regalo!

72. Cree que empezará a prosperar tan pronto me quite de en medio. Aunque no se atreva a decirlo, le encantaría que me acometiese una migraña espantosa y que tuviese que quedarme en mi habitación. Estoy dispuesta a creer que es sincero tan pronto reconozca ante sí su deseo de que yo, Hendrik y todos los demás estorbos nos quitemos de en medio. ¿Y cuánto cree que ha de durar su idilio, el de los dos solos en la granja, un hombre de edad con una criada que aún es una niña, una tontuela? Le enloquecerá la vacua libertad del caso. ¿Qué harán los dos juntos, un día tras otro? ¿Qué es lo que podrían decirse? La verdad es que él necesita de nuestra oposición, de nuestras diversas oposiciones, para que la chica no le sea accesible, para confirmar su deseo de ella, así como necesita de nuestra oposición para ser impotente ante tal deseo. No es la intimidación lo que en realidad desea, sino la desvalida complicidad de los testigos. Tampoco alcanzo yo a creer que no sepa cómo entra él en mis sueños, con qué capacidad, para cometer qué actos. El largo pasaje que anuda las dos alas de la casona, del cual su dormitorio está en un extremo y el mío en otro, regurgita de espectros nocturnos, él y yo entre ellos. No son criaturas de mi invención ni tampoco de la suya: son nuestras por igual. A través de ellas poseemos al otro y somos poseídos por el otro. Existe un nivel, ambos lo sabemos, al cual Klein-Anna no es sino un peón; el verdadero juego es el que nos enfrenta a los dos.

73. He cedido a la pujanza de su deseo y he anunciado mi indisposición. Permanecen cerradas las persianas. Me paso el día entero en la cama, con los pies en alto y una almohada sobre los ojos. Todo cuando puedo necesitar está aquí: bajo la cama, un orinal; junto a la cama, una garrafa de agua con un vaso encima. La vieja Anna me trae los alimentos y me limpia la habitación. Como igual que un pajarillo. No tomo nada contra la migraña, a sabiendas de que nada ha de ayudarme, aparte de ser una adoradora del dolor. Es difícil obtener placer, pero el dolor está por todas partes, por lo cual he de aprender a subsistir gracias al dolor. El aire está fresco y reverdece incluso por las tardes. A veces, el dolor es un bloque sólido situado tras la pared de mi frente, a veces es un disco en el interior de mi cráneo, un disco que se inclina y oscila con los mismos movimientos de la tierra. A veces, una ola que revienta y que golpea inclemente la parte posterior de mis párpados. Permanezco tendida hora tras hora, concentrada en los sonidos que me llegan desde el interior de mi cabeza. En trance, arrebatada, oigo el pulso de mis sienes, las explosiones y los eclipses de las células, el crujir del hueso, el cribarse de la piel al tornarse polvo. Escucho el mundo molecular de mi interior con el mismo detenimiento con que observo el prehistórico mundo exterior. Camino por el lecho del río y oigo, en cascada, millones de granos de arena, o noto las exhalaciones, con olor a hierro, que se desprenden de las rocas al sol. Concentro mi entendimiento en la comprensión de los insectos, las partículas de comida que han de transportar a través de altísimas

cordilleras para almacenarlas en sus agujeros, los huevos que es preciso disponer de forma hexagonal, las tribus rivales que será menester aniquilar. También son estables los hábitos de los pájaros. Por tanto, con cierta reluctancia monto la inseguridad del deseo humano, que avanza a tientas. Bajo una almohada y en un cuarto oscuro, centrada en la bisagra del dolor, estoy perdida en el ser de mi ser. Esto es lo que tenía que haber sido: una poetisa de la interioridad, una exploradora de la interioridad de las piedras, las emociones de las hormigas, la conciencia de las partes pensantes del cerebro. Parece ser la única actividad, si se exceptúa la muerte, para la cual me ha adaptado la vida en el desierto.

74. Mi padre intercambia palabras prohibidas con Klein-Anna. Ni siquiera he de salir de mi habitación para saberlo. «Nosotros —le dice—, nosotros dos». El mundo entero reverbera en el aire que los separa. «Ahora, ven conmigo ahora», le dice. Hay muy pocas palabras que sean de verdad, palabras tan recias como para construir una vida sobre ellas, y éstas son las palabras que él destruye. Cree que él y ella pueden escoger sus propias palabras y urdir un lenguaje privado, con un yo y un tú, con un aquí y un ahora que de veras les sean propios. Pero no puede existir tal lenguaje privado. Su tú íntimo es también mi tú. Da igual lo que quieran decirse el uno al otro incluso en lo más cerrado de la noche, que serán siempre palabras comunes, a no ser que farfullen en jerigonza, como los monos. ¿Cómo podría yo hablar con Hendrik como antes, si han corrompido mi lenguaje? ¿Cómo hablaré con ellos?

75. Pasan los días y las noches en un torbellino, la luz de mi habitación clausurada se ilumina y vira a un gris verdoso para tornarse luego todo negro, aparece y desaparece la vieja Anna, vuelve a aparecer con el orinal o el plato, murmurando, riendo entre dientes. Aquí yazgo inserta en los ciclos del tiempo, fuera del verdadero tiempo del mundo, mientras mi padre y la mujer de Hendrik viajan por senderos rectos como flechas que les llevan de la lujuria a la captura, del desvalimiento al alivio de la rendición. Ya han dejado atrás los arrumacos y los regalos y las tímidas inclinaciones de cabeza. A Hendrik se le ordena acudir a los linderos más remotos de la granja, a marcar ovejas a fuego. Mi padre amarra su caballo a la entrada de la casa de su criado. Cierra la puerta después de entrar. La chica intenta desembarazarse de sus manos, pero la atemoriza pensar lo que podría suceder. Él la desviste y la tiende sobre su jergón de criada. Ella queda inerte en sus brazos. Él yace con ella y se mece con ella en un acto del cual sé lo suficiente para afirmar que también implica una ruptura de los códigos.

76. «Considero a cualquier pobre hombre un hombre deshecho —oigo susurrar a una voz (y es que en mi soledad oigo voces, tal vez sea verdaderamente una bruja)—,

totalmente deshecho, sobre todo si tiene un corazón honrado, una mujer excelente, un vecino poderoso». Pobre Hendrik: deshecho, deshecho. Lloro con lágrimas ebrias. Luego, aprieto los ojos para contener el dolor y espero a que las tres figuras se disuelvan en rayos, pulsos, remolinos: Hendrik toca su armónica bajo un árbol alejado, la pareja se entrelaza en la choza. Por último, solamente quedo yo, me dejo llevar hacia el sueño, más allá de donde el dolor alcanza. Al actuar sobre mí misma transformo el mundo. ¿Dónde termina este poder? Quizá sea eso lo que trato de averiguar.

77. Anna no ha venido. Me he pasado toda la mañana en cama, esperando a que llamase con discreción a la puerta. Pienso en un té con pastas y se me hace la boca agua. No cabe ninguna duda: no soy un espíritu puro.

78. De pie, con las zapatillas puestas, en la cocina desierta, aturdida tras mi prolongada hibernación. El horno está frío. El sol relumbra en los cacharros de cobre.

79. De pie tras mi silla, sujeta al respaldo con ambas manos, hablo con mi padre.

—¿Dónde está Anna? Hoy no ha venido.

Se mete en la boca el tenedor lleno de arroz y salsa, inclinado sobre su plato.

—¿Anna? ¿Cómo voy a saberlo yo? No es asunto mío. Las criadas son cosa tuya. Además, ¿de qué Anna me hablas?

—Te hablo de nuestra Anna. De nuestra Anna, no de la otra. Quiero saber dónde está. En la escuela no hay nadie.

—Se han ido. Se han marchado esta mañana.

—¿Quiénes se han ido?

—Ella y el viejo Jakob. Se han llevado la carreta y el burro.

—Y ¿por qué se han ido de repente? ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Adónde se han ido?

—Se han ido, no hay más que hablar. Me pidieron permiso y les dije que hiciesen lo que quisieran. ¿Qué más quieres saber?

—Nada, no quiero saber nada más.

80. O tal vez, cuando entro en la sala ya brotan las palabras de ese cilindro alto y negro.

—Anna y Jakob se han marchado. Les he dado unas vacaciones. Tendrás que apañártelas sin ella una temporada.

81. O tal vez me encuentre sólo con la cocina desierta, los fogones fríos, las

hileras de cacharros de cobre que hace brillar el sol. Y la ausencia, una ausencia, dos ausencias, tres ausencias, cuatro ausencias. Mi padre crea la ausencia. Allí adonde vaya, deja la ausencia tras de sí. Sobre todo, la ausencia de sí mismo, una presencia tan gélida, tan siniestra, tan remota, que en sí misma es una ausencia, una sombra movediza que hace nacer el añublo en mi corazón. Y la ausencia de mi madre. Mi padre es la ausencia de mi madre, su negativo, su muerte. Ella, suave y rubia; él, duro y moreno. Él ha asesinado toda la maternidad que pudiera haber en mí y me ha dejado hecha una concha quebradiza y peluda, en la cual cascabelean los guisantes en que se han convertido las palabras muertas. En la cocina desierta, de pie, le odio.

82. El pasado. Busco a tientas en el interior de mi cabeza la boca del túnel que me lleve atrás en el tiempo y la memoria, que me ayude a dejar atrás las imágenes que conservo de mí, hasta verme más joven, más joven, a través de la juventud y la infancia, de regreso al regazo de mi madre y a mis orígenes, pero el túnel no aparece. Dentro de mi cráneo las paredes están acristaladas, no veo sino reflejos de mí misma que me miran contritos. ¿Cómo podría creer que esta criatura haya sido jamás una niña; cómo podría creer que nació siendo ya un ser humano? Es más fácil imaginarla saliendo a rastras, de debajo de una piedra, enfundada en una cáscara verde botella, lamiéndose los restos del huevo que se le han quedado adheridos antes de irse a rastras de esta granja, en la cual iba a residir bajo los revestimientos de madera.

83. Sin embargo, tal vez si pasara un día entero en el desván, vaciando baúles, tal vez encontrase una prueba de un pasado verosímil: algún que otro abanico ornamental, un guardapelo, un camafeo, unas zapatillas de bailarina, regalos y recuerdos, un faldón bautismal, fotografías si es que en aquellos tiempos existía la fotografía, tal vez daguerrotipos en los que apareciese un bebé malhumorado, con los cabellos rizados, en el regazo de una mujer titubeante y desvaída, y tras ella el perfil de un hombre y, quién sabe, a su lado tal vez un mozalbete con el ceño fruncido, con un traje de marinero, un hermano que habría muerto en una de las grandes epidemias, cuando la gripe o la viruela, abandonándome en este mundo sin otro protector. Entonces, en plena flor de su joven y tentativa maternidad, la mujer debió de morir cuando intentó dar a luz a un tercer hijo; murió tal como temía que iba a morir, temerosa de negar al hombre el detestable e inclemente placer que obtenía de ella, una muerte, la suya, en medio de una espantosa tempestad de terrores, mientras la comadrona agitaba las manos por toda la habitación y recomendaba ipecacuana como último recurso.

84. Por todas estas tierras tiene que haber pacientes niños que esperan a que las manos de sus padres, que sostienen las llaves, aflojen su presión. El día en que

componga las manos de mi padre sobre su pecho y extienda el sudario sobre su rostro, el día en que pasen las llaves a obrar en mi poder, abriré el escritorio y descubriré los secretos que me ha guardado ocultos, los legajos y billetes de banco, las actas notariales y las últimas voluntades, las fotografías de la muerta, rubricadas con un «Con todo mi amor», el fajo de cartas atadas con un badulaque carmesí. Y en los más recónditos rincones del último cajón descubriré el otrora éxtasis del cadáver, los versos doblados tres y hasta cuatro veces, envueltos en un sobre de papel manila, los sonetos dedicados a la Esperanza y al Júbilo, las confesiones de amor, los votos y dedicatorias apasionadas, las rapsodias posnupciales, las cuartetos dedicadas «A mi hijo», y después ya nada más, silencio, el filón que se agota. En algún punto de la línea sucesoria que lleva del joven al hombre y del hombre al marido y del marido al padre, y del padre al amo y señor, el corazón debió de convertirse en piedra. ¿Fue acaso con la llegada de la niña raquítica? ¿Fui yo la que acabó con toda la vida que anidara en su interior, tal como acaba él con mi vida?

85. Con unas grotescas zapatillas de color rosa me encuentro en el centro de la cocina. Entorno los ojos para aguantar las puñaladas del sol. A mis espaldas, el refugio de la cama en la alcoba en penumbra; ante mí, la irritación de un día entero destinado a las tareas domésticas. ¿Cómo podría yo, a fuerza de somnolencia, con la banalidad que invade mi vida, a fuerza de ignorancia e incapacidad, sacudirme de la amenaza que presupone una hija ultrajada en perpetua confrontación con un padre ora avergonzado, ora arrogante, con una criada ora valiente, ora temblorosa? No pongo el corazón en el empeño, no hay nada que me haya preparado para desempeñar ese papel. La vida en el desierto nada enseña, a no ser que todas las cosas están permitidas. No quiero sino volver a la cama y deslizarme en el sueño, con el dedo en la boca o, si no, buscar mi modesta pamelita y pasear, vagar hasta el lecho del río, hasta perder de vista la casona y no oír más que el susurrar de las cicadas y el zumbido de las moscas alrededor de mi cara. El asunto que me ocupa es el inacabable derivar de las corrientes del sueño y la vigilia, que no las tormentas de los conflictos humanos. En el lugar en que se levanta la casa, en pleno desierto, existe una turbulencia, un vórtice, un agujero negro en el que resido, pero que aborrezco de corazón. Habría sido mucho más feliz bajo un arbusto, nacida de un huevo, y haber roto el cascarón al unísono con un millar de hermanas para invadir el mundo hechas un ejército de mandíbulas trituradoras. Encerrada entre cuatro paredes, mi rabia de nada vale. Reflejados contra los azulejos, el yeso, la madera y el papel pintado, mis estallidos de cólera caen sobre mí como una andanada, se me adhieren, me traspasan la piel. Aunque puedo semejar una máquina encargada de las tareas domésticas, soy en verdad una esfera que titila y retiembla de violenta energía, lista para reventar en el instante mismo en que algo, lo que sea, fracture mi escasa protección. Y si bien existe un solo impulso que me indica la conveniencia de rodar y estallar de forma

inofensiva ahí fuera, me temo que existe otro impulso —soy un cúmulo de contradicciones— que me sugiere mejor la conveniencia de ocultarme en un rincón, como una viuda negra, para sepultar al primero que pase bajo mi veneno. «¡Ahí tienes! ¡Por la juventud de la que yo no he disfrutado!». Y escupo, si es que las arañas pueden escupir.

86. Pero la verdad es que he vestido el luto de la viuda desde mucho antes de lo que alcanzo a recordar; por lo que sé, ya de bebé eran negros mis pañales cuando empecé a mover mis piernas combadas, cuando empecé a aferrarme a los patucos de lana negra, gimoteando sin cesar. Desde luego, y con absoluta certeza, a los seis años de edad vestía a diario un asqueroso traje verde botella que me envolvía de la garganta a las muñecas, que dejaba al descubierto únicamente un mero vislumbre de mis magras pantorrillas, a su vez semiocultas por unos botines negros. Debieron de hacerme alguna fotografía a dicha edad, no se me ocurre ninguna otra explicación posible; en alguno de esos baúles, en alguno de esos cajones, debe de existir una foto mía que debe de haberseme pasado por alto cuando hice el listado de esos objetos. De lo contrario, ¿cómo podría disponer una simple niña de una conciencia de sí misma tal que la capacitara a observarse con tan desapasionada claridad, tomando nota desde el mohín en que fruncía la boca hasta la rala trenza en que se recogía el pelo? O quizá haya experimentado una visión, no debo confiar en exceso en las fotografías: ¿qué estarían haciendo esos fotógrafos en pleno desierto, cuando yo no era más que una chiquilla? Desde luego, no creo que anduvieran a la caza y captura precisamente de mí; quizá, como yo no era más que una niña meditabunda, me vi transportada fuera de mí por un instante y tuve una visión de mí misma tal cual era en realidad, con mi vestido verde botella, que sin lugar a dudas estará también en el desván, arrumbado en alguna parte, antes de retornar a mi integridad de animal no pensante gracias a quien quiera que pusiera coto a mi visión, mi ángel tutelar o alguna otra variedad de ángel, esa variedad que nos desaconseja albergar grandes esperanzas, el ángel de la realidad, un ángel de la salutación. O tal vez sea que nunca dispuse de integridad animal, o que la hubiese perdido antes de cumplir los seis años de edad, o que a los seis años de edad fuese ya una pequeña máquina corporal que deambulaba por el patio, construyendo cabañas de piedras y de palos o haciendo lo que hagan los niños, arrancarle las alas a las moscas, observada con mirada cargada de gravedad por un doble diminuto y fantasmal; quizá, desgraciadamente, no haya ángeles, quizá todas las instantáneas de mi infancia, las que llevo conmigo, sean producto de ese diminuto observador (pues ¿qué otra tarea tenía que cumplir?), quizá se desgajase de mí cuando era yo muy pequeña, quizá la visión que de mí misma tengo cuando era un bebé que padecía agudos dolores de estómago o persistentes dolores de cabeza, y que se aferraba a sus patucos de lana negra, gimoteando, sea una visión de ese doble, de un doble que zarandeaba la cuna y que sentía sus propios, fantasmagóricos dolores,



imagino que sí, que sin duda era ella la que aparte de ver callejones sin salida que se bifurcaban por doquier, y que ignoro, se ocupaba de cuestiones mucho más importantes que meros problemas de filosofía.

87. Soy una viuda negra que lamenta los usos a los que nunca se me entregó. Durante mi vida entera se me ha dejado por ahí olvidada, polvorienta, como un zapato viejo o, caso de haberseme utilizado, se me ha utilizado como una herramienta, para poner la casa en orden, al frente del regimiento de criados. Tengo, sin embargo, otra concepción bien distinta de mí, que rebrilla tentativamente en alguna zona de mi oscuro interior: en ella aparezco como vaina, matriz, protectora de un espacio interior vacío. Me desplazo por el mundo no como la hoja de un cuchillo que hendiese el viento, ni como una torre provista de ojos, que es el caso de mi padre, sino como un agujero, como un agujero en torno al cual se conforma un cuerpo, las dos piernas combadas cuelgan desmadejadas de la parte inferior y los dos brazos huesudos aletean en los costados, mientras la cabeza, grande, oscila encima. Soy una oquedad que clama por ser una totalidad. Sé que, en cierta manera, ésta no es sino una manera de hablar, una simple manera de pensar en mí misma, pero es que si una no es capaz de pensar en sí misma mediante palabras, mediante imágenes, ¿qué nos queda para pensar? Me contemplo como una mujer de paja, un espantapájaros relleno a medias, con una mueca pintada en el rostro con objeto de asustar a los pájaros, aunque en el centro haya un hueco, un espacio que podrían aprovechar los ratones de campo si fueran algo más listos. Sin embargo, esto es más que una simple imagen, no puedo negarlo, no ignoro mi anatomía, no desconozco mi complexión, soy entre otras cosas una muchacha de granja que vive en medio y medio del barullo de la naturaleza, aun cuando sea un barullo tan ínfimo como el que bulle aquí en el desierto, no sin tener conciencia de que hay un agujero entre mis piernas que nunca ha sido colmado y que lleva a otro agujero tampoco jamás colmado. Si soy una O, tal como a veces creo, debe de ser porque soy mujer. Con todo, qué mortificante, tras meditaciones que harían justicia a todo un pensador, descubrirme atrapada en la concesión de que si al menos tuviese un buen hombre que durmiera a mi lado, que me diera hijos, todo estaría bien, pues me enderezaría y aprendería a sonreír, mis extremidades se redondearían, mi piel ganaría lustre, y la voz que resuena en mi cabeza terminaría por farfullar hasta ser engullida por el silencio. No está a mi alcance creer que el apareamiento de un mozo de granja con una muchacha de granja bastase para salvarme, aun sin saber qué quiere decir tal cosa, al menos por el momento, pues no hay manera de saber a qué cambios puedo verme transportada. Provisionalmente, me considero reservada para un destino más enaltecido. Por lo tanto, si por algún milagro un buen día llegase trotando uno de estos esqueléticos vecinos con un ramillete de flores silvestres en la mano, sudoroso y arrebolado, dispuesto a cortejarme aun cuando solamente fuese por mi herencia, lo llevaría a la

cama o le leería alguno de mis terribles sonetos, o me retorcería de angustia a sus pies, o haría cualquier cosa con tal que se marchase al galope; siempre, claro está, que diéramos por sentado que existen tales vecinos, pues no tengo ninguna prueba de ello; por lo que a ello atañe, es como si viviésemos en la luna.

88. Por otra parte, he sido capaz, a veces durante días sin cuento, de perder mi sentido de la decisión, de verme como una simple doncella vieja y fea, capaz de redimirse de la soledad, al menos hasta cierto punto, mediante el matrimonio, una institución humana, con otra alma solitaria, un alma tal vez más codiciosa que la mayoría, más estúpida, más fea, en fin, poca cosa, aunque a saber qué clase de cosa soy yo en comparación; a quién conseguiría yo doblegar, rebajar, esclavizar, o ante quién habría de desvestirme los sábados por la noche, a oscuras, para no alarmarle, y a quién habría de excitar, si es que las artes de la excitación pueden aprenderse, hasta guiarle al agujero adecuado, convertido en agujero penetrable gracias a una bola de sebo tomada de un cubo situado junto a la cama, y para aguantar después sus embates esforzados, para llenarme, es de esperar, con su simiente; a quién habría de escuchar roncar hasta que llegara el bálsamo del sueño. Lo que me falta de experiencia podría suplirlo sin más ni más con la visión; si el comercio de los hombres con las mujeres no es así, por mí como si lo fuera. También puedo imaginar el momento en que quede preñada después de muchas lunas, aunque tampoco me pasmaría descubrir que soy estéril, por algo me asemejo a la imagen popular de la mujer estéril, y entonces, tras siete u ocho meses, daría a luz a una niña sin el concurso de ninguna comadrona, con mi marido ciego de alcohol en la habitación contigua, y desgarraría a dentelladas el cordón umbilical, me llevaría la cara lívida de la recién nacida a mis pechos planos y agrios; y después, tras una década de crianza en el encierro, emergería a la luz del día a la cabeza de una camada de niñas con aspecto de ratas, de niñas chiquitinas, todas ellas mi viva imagen, ceñudas ante la luz del sol, trastabillando, vestidas todas iguales; con trajes color verde botella y zapatos negros de punta redondeada; y después, tras otra década de escuchar sus siseos y su chirriar de dientes, las echaría una por una al mundo, para que hiciesen lo que se suponga que han de hacer las niñas carentes de todo atractivo, a vivir en pensionados y a trabajar tal vez en las oficinas de correos, a engendrar niños ilegítimos con aspecto de ratas, que las devolvieran a la granja a refugiarse.

89. Tal vez sea eso todo lo que la elección o la decisión suponen para mí: no tener que figurar en una comedia bucólica como la descrita antes, no tener que explicarme a través de la pobreza, la degeneración, el torpor, la pereza. Quiero que mi historia tenga principio, mitad y fin, y no esa mitad repleta de bostezos, sin final, que me amenaza tanto más cuanto mayor connivencia muestre para con los mariposeos de mi padre, cuanto más esfuerzo ponga en salvaguardar su chochez, cuanta mayor sea mi

tendencia a dejarme arrastrar al altar por un pretendiente y a morir al cabo de muchos años, hecha una abuela marchita y arrumbada en su mecedora. No debo quedarme adormecida a mitad de mi vida. He de extraer de tanta desolación como me rodea un incidente tras otro, esos incidentes cuyas minúsculas explosiones me mantienen en marcha. Y es que esa otra historia, el entretejerse de las reminiscencias en el adormilado espacio de la mente, jamás podrá pertenecerme. Mi vida no es el pasado, mi arte no puede ser el arte de la memoria. Lo que ha de ocurrirme todavía no ha ocurrido. Soy un punto ciego que se arroja con ambos ojos abiertos hacia las fauces del futuro, mi contraseña es «¿Y después, qué?» y si en este instante no doy la sensación de arrojarme hacia delante, ello se debe únicamente a que titubeo un rato en el caserón vacío, notando la comodidad de la luz del sol que arranca relumbres de la misma hilera de cacharros de cobre de la que los arrancaba antes que yo naciera. No sería yo misma la que soy si no sintiera la seducción del fresco caserón de piedra, la comodidad de las antiguas costumbres, el antiguo lenguaje feudal. Tal vez, a pesar de mis negras vestiduras y del acero de mi corazón (a menos que sea de piedra, imposible saberlo de lo alejado que está), soy más una preservadora que una destructora, y tal vez la cólera que siento por mi padre sea simplemente una cólera motivada por las violaciones del antiguo lenguaje, del lenguaje correcto, que se producen cuando intercambia besos y pronombres, en la intimidad, con una muchacha que ayer fregaba los suelos y que hoy debiera haber limpiado los cristales de las ventanas.

90. Esto, como tantas otras cosas de mí, no es sino pura teoría. Ojalá de ninguna de las maneras caiga en emparedarme en una versión de mí en la que aparezco como vengadora, los ojos centelleantes y la espada en alto, en nombre de las antiguas costumbres. Es el cangrejo ermitaño, recuerdo haberlo leído en algún libro, el que emigra de una concha vacía a otra. El moralista ceñudo con su fiera espada en alto no es más que un lugar de paso, poco menos provisional que la esposa macilenta y ojerosa de los llanos, la que habla con sus amigos los insectos y camina bajo el sol de mediodía, pero provisional a pesar de todo. Da lo mismo cuál sea la concha en la que ahora me cobijo, que es la concha de un animal ya muerto. Lo que sí importa es que mi yo ansioso y reblandecido debe contar con un refugio que lo libre de los depredadores de las profundidades, de la jibia, del tiburón, de la ballena, de todo aquello que devora al cangrejo ermitaño, que no conozco los océanos, aunque un día, cuando sea una viuda o una solterona acaudalada, me prometo pasar un día entero en la playa, me prepararé una cesta llena de bocadillos y llenaré de monedas mi monedero y montaré en un tren y le diré al revisor que quiero ver el mar: he ahí una idea ajustada de lo ingenua que soy. Me quitaré los zapatos y pasearé por la arena de la playa, maravillándome ante los miles de millones de minúsculas muertes que han sido necesarias para que exista esa arena. Me levantaré las faldas y me mojaré las

pantorrillas, me dejaré morder por un cangrejo, un cangrejo ermitaño, como si ello fuera un chiste de dimensiones cósmicas, y me quedaré contemplando el horizonte, y suspiraré ante la inmensidad de todo ello, y me comeré mis bocadillos sin apenas saborear el pan crujiente, la dulce mermelada de higos, dada a pensar en mi insignificancia. Luego, depurada y sobria, tomaré el tren de vuelta a casa y al llegar me sentaré en el porche a ver los crepúsculos en llamas, los escarlatas, los rosas, los violetas, los naranjas, los rojos ensangrentados, suspirando, hundida la cabeza sobre el pecho, hasta llorar por mí lágrimas hespéridas, por la vida que no he vivido, por el alborozo y la buena disposición de un cuerpo ya polvoriento, reseco, insípido, por el pulso cada vez más lento de mi sangre. Me levantaré de la silla de lona y arrastraré mis pasos hasta el dormitorio, me desvestiré a la última luz del atardecer, ahorrándome parafina, y suspirando, suspirando me quedaré dormida enseguida. Soñaré con una piedra, un guijo en la playa, en medio de acres y más acres de arena blanca, que mira al benigno cielo azul, mecida por las olas; ahora bien, nunca llegaré a saber si de veras habré soñado ese sueño, ya que todos los acontecimientos nocturnos los habrá de borrar de mi memoria el canto del gallo. O tal vez ni siquiera llegue a dormir, tal vez pase la noche entera tendida en cama, dando vueltas y más vueltas, con dolor de muelas, después de haber comido tanta mermelada de higos, y es que aquí no somos muy mirados con la higiene, y caminamos de un lado a otro con mal aliento: a su debido tiempo se nos caen los dientes podridos, y nos preguntamos qué hacer de nosotros mismos, hasta que a la postre nos vemos arrojados al extremo de tener que implantarnos dientes nuevos acudiendo al veterinario, o de recurrir al aceite de clavo untado con una cerilla, o a llorar y llorar. Hasta la fecha me he ahorrado el llanto, pero cada cosa tiene su sitio y su momento oportuno; estoy segura de que un día llegará la hora de llorar, cuando me quede a solas en la granja, cuando todos se hayan ido, Hendrik y su mujer, Anna y Jakob, mi padre, mi madre, las niñas con aspecto de ratas, y entonces podré vagar despreocupada por toda la casa, salir al patio, pasear por los llanos y los pedregales desiertos de ovejas, llegar hasta los cerros; entonces llegará el momento de llorar, de arrancarme los cabellos a mechones, de rechinar los dientes o, mejor dicho, las encías, sin temor a que nadie me detecte y nadie me lo reproche, sin tener que adoptar una actitud ante los demás. Ése será el momento de poner a prueba estos pulmones que nunca he tenido que forzar, el momento de aguzar el oído por si los cerros me devuelven el eco de mis gritos, los cerros y los llanos, si es que en los llanos hay eco, o si es que no emiten los llanos sus propios alaridos, gemidos y lamentos. Quién sabe, tal vez también entonces sea el momento de arrancarme y desgarrarme las ropas, de hacer una gran hoguera delante de la casa y arrojar al fuego prendas de vestir, muebles y cuadros, de arrojar al fuego a mi padre y a mi madre y a mi hermano que nunca conocí, y que se arruguen cuando sean pasto de las llamas entre los antimacasares, y el momento de chillar de alborozo a medida que las llamas se eleven al cielo de la noche, y quizá también de llevar tizones encendidos a la casa, de pegar fuego a los colchones y los armarios y los

cielorrascos de pino amarillo claro, al desván repleto de baúles y recordatorios, hasta que los propios vecinos, quienes quiera que sean, vean descollar las llamas en el horizonte y acudan al galope tendido, en plena oscuridad, para llevarse a un lugar seguro, para salvar a una mujer balbuciente, encorvada, anciana, que sólo deseaba llamar la atención.

91. La escuela está vacía. Las cenizas de la chimenea se han quedado frías. La rejilla, encima del horno, nada sostiene. La cama está despojada de las sábanas. La persiana aletea mecida por la brisa. Jakob y Anna se han marchado. Han embalado sus pertenencias y se han marchado sin siquiera despedirse de mí. Veo cómo ascienden las motas de polvo, ensoñadas por un haz de luz. Noto en la nariz algo que me sabe a sangre, aunque no lo es. Verdaderamente, los acontecimientos tienen el poder de desplazarse sin que los igualen siquiera las más lúgubres maquinaciones de la imaginación que una pueda devanar. Me quedo en el umbral de la puerta, respirando con desasosiego.

92. La escuela. Érase una vez que existía esta escuela y era de verdad. Los niños venían de todos los rincones del terreno cedido por el estado a los colonos, se sentaban ante sus pupitres, aprendían a leer, a escribir, a hacer operaciones de aritmética elemental. En verano bostezaban y se estiraban, enredaban mientras el calor les zumbaba en los oídos. En invierno, por la mañana temprano, atravesaban la extensión de tierra escarchada y batían los pies descalzos, helados, contra el suelo, mientras entonaban los salmos. También venían los niños de los vecinos, que pagaban en moneda corriente y en especie. Había una maestra de escuela, hija de un clérigo empobrecido y venido a menos sin duda, que acudió a estos pagos con afán de ganarse la vida. Y un buen día se fugó con un inglés que estaba de paso, y nunca más volvió a saberse de ella. Después ya no hubo otras maestras de escuela. Durante muchos años, la escuela no se utilizó para nada; los murciélagos, los estorninos y las arañas hicieron de ella su nido, hasta que un buen día les fue entregada a Anna y a Jakob, o bien Anna y Jakob llegaron antes que las alimañas acabasen con el edificio, para quedarse a vivir en él. No pudo ser de otra forma; si lisa y llanamente me saca esta historia de dentro a fuerza de chuparme el dedo, ¿cómo voy a explicar la presencia de esos tres bancos de madera apilados en un extremo del aula, y el caballete que hay tras ellos, del cual solía colgar Jakob su zamarra? Alguien tuvo que construir el edificio de la escuela, llenado de útiles escolares, poner un anuncio en la sección de anuncios semanales de la *Gaceta Colonial* para solicitar el concurso de una maestra, recibida en el apeadero del tren, darle alojamiento en la habitación de invitados de su propia casa, pagar su estipendio correspondiente con objeto de que los niños de este rincón del desierto no crecieran sumidos en la barbarie, sino que fuesen con el tiempo dignos herederos de todas las épocas que nos han familiarizado con la

rotación de los cultivos, Napoleón, Pompeya, los rebaños de ciervos que pueblan las heladas extensiones allá lejos, la anómala expansión del agua, los siete días que duró la Creación, las comedias inmortales de Shakespeare, las progresiones aritméticas y geométricas, las claves mayor y menor, el niño que metió el dedo en el arroyo, Rumpelstiltskin, el milagro de los panes y los peces, las leyes de la perspectiva y muchas cosas más. En cambio, ¿adónde ha ido a parar todo ello, la alegre sumisión a la sabiduría acumulada en el pasado? ¿Cuántas generaciones pueden haber intervenido entre aquellos chiquillos que entonaban la tabla del seis y mi propio y dubitativo yo? ¿Podría mi padre haber sido uno de ellos? Si expusiera esos bancos a la luz, ¿encontraría bajo la capa de polvo sus iniciales inscritas con un cortaplumas en la madera? Y, de ser así, ¿adónde ha ido a parar todo el conocimiento humano? De Hansel y Gretel, ¿qué pudo aprender a propósito de los padres que envían a sus hijas a internarse por lo más denso y oscuro del bosque? ¿Qué pudo enseñarle Noé acerca del fornicio? ¿Y las tablas de multiplicar? ¿Qué pudieron enseñarle acerca de las férreas leyes que rigen el universo? Y aun cuando no hubiera sido él, sino mi abuelo, quien otrora tomó asiento en uno de esos pupitres, quien otrora cantó las tablas de multiplicar, ¿cómo es que no transmitió a mi padre ni un ápice de humanidad, cómo es que lo dejó hecho un bárbaro, y también a mí? ¿O es acaso posible que mi estirpe no sea aborigen de estas tierras? ¿Será que mi padre o mi abuelo llegaron simplemente un buen día al galope tendido, salidos de ninguna parte, pistola en mano, hechos unos bandoleros, y que arrojaron sobre la mesa una bolsa de tabaco llena de pepitas de oro, y ahuyentaron a la maestra de la escuela, sentaron sus reales posaderas en el lugar que ella ocupara e instituyeran el reinado de la brutalidad? ¿O acaso me equivoco, me equivoco de parte a parte? ¿Fui yo la que vino a la escuela, la que tomaba asiento en el rincón más oscuro, entre las telarañas, mientras mis hermanos y mis hermanas, mis muchos hermanos y hermanas, así como los niños de las granjas convecinas, clamoreaban para hacerse un sitio y poder ser ellos quienes relataran la edificante historia de Noé? ¿Será que los he acallado y me los he quitado por completo de las mientes, a causa de sus risas felices, o bien porque me metían orugas por el cuello del vestido verde botella, para castigarme por mi rostro agrio y mi aborrecimiento por los juegos? ¿Habrán decidido ya no comunicarse nunca más conmigo, dejarme atrás, a solas con mi padre en el desierto, mientras ellos amasan fortunas en la ciudad? Qué duro resulta creerlo. Si tuve hermanos y hermanas, de ninguna manera pueden hallarse en la ciudad; ha debido de llevárselos a todos por delante la gran epidemia de meningitis, pues no puedo creer que el contacto con mis hermanos no haya dejado ninguna huella, y es demasiado evidente que no ha dejado en mí una sola; la huella que en cambio ha quedado impresa en mí es la huella del contacto con el desierto, con la desolación y la holganza. Tampoco puedo creer que nunca jamás llegase a oír hablar siquiera de Noé mientras estaba sentada en un corro con otros niños. Mis conocimientos apestan a papel impreso, no tienen la resonancia de la plenitud de la voz humana cuando cuenta cuentos. Tal vez, sin embargo, es

posible que nuestra maestra no fuera una buena maestra; tal vez tomara asiento cariacontecida, abatida, ante su mesa; tal vez se diera golpecitos con el puntero en la palma de la mano y meditara los insultos y soñase con escapar, mientras sus alumnos se abrían paso por los libros de lectura, sumidos todos ellos en un silencio tal que era posible oír el ruido de un alfiler al caer al suelo, pues ¿cómo, si no, pude yo aprender a leer, por no decir nada del escribir?

93. O quizá fuesen hermanastros, quizá eso lo explicase todo, quizá sea ésa la verdad, ciertamente tiene todo el retintín de la verdad, si es que aún puedo fiarme de mi fino oído: quizá no eran sino hermanastros y hermanastras, hijos e hijas de una rubia metida en carnes, de una esposa muy amada que falleció en la flor de la edad; quizá también ellos fueran rubios, osados, rollizos, quizá a todos les repeliera lo sombrío y lo incierto, quizá librasen una guerra incesante, sin cuartel, contra la ratonil progenie de la segunda esposa, a quien nadie amó, y que murió de sobreparto. Luego, tras haberse embebido de todo el saber que su institutriz pudiera ofrecerles, se los llevó en masa un tío materno dispuesto a darles una vida mejor, dejándome a mí a solas, para asistir a los últimos años de vida de mi padre. Y he olvidado a esa horda no porque llegara a odiarlos, sino porque les quise y porque me fueron cruelmente arrebatados. En mi rincón oscuro pasaba las horas sentada, boquiabierta, devorando la robusta jovialidad de todos ellos, atesorando recuerdos de sus griterías y sus risas, para poder revivirlo todo después, en mi cama, a solas, abrazada a esos recuerdos. Ahora bien, de todos mis hermanastros y hermanastras era Arthur mi preferido. Si Arthur hubiera querido azotarme, yo me habría revuelto de placer. Si Arthur hubiera arrojado una piedra, me habría desvivido por ir a recogerla. Por Arthur habría estado dispuesta a comer betún, a beber orines. Pero, ay, el dorado Arthur nunca se fijó en mí, de tan ocupado como estaba en ganar las carreras, en coger la pelota al vuelo, en recitar de corrido todas las tablas de multiplicar. El día en que Arthur se marchó permanecí recluida, escondida en un rincón oscuro de la cochera, jurándome que no volvería a probar ni un bocado nunca más. A medida que fueron pasando los años sin que Arthur regresara, fui arrinconando su recuerdo, apartándolo cada vez más lejos de mí, si bien aún hoy me sobreviene su recuerdo con ese aire remoto, propio de los cuentos de hadas. Fin de la historia. Hay en ella algunas incongruencias, pero ahora no tengo el tiempo preciso para registrar los hechos y abolirlas; algo me dice que debo salir cuanto antes de esta escuela, volver cuanto antes a mi habitación.

94. Cierro la puerta, me siento y afronto con los ojos secos, sin una sola lágrima, el trozo de papel de pared que hay encima de la mesa, en el cual no brilla ninguna imagen del dorado Arthur, ni de mí, corriendo los dos cogidos de la mano por la playa: tan sólo hay una rosa rosa con dos hojas verdes sobre un campo de idénticas rosas rosas que proyectan eternamente su luz sobre el escueto espacio del cubículo y

sobre las rosas de las demás paredes. Esto es lo irreductible, es mi habitación (me acomodo en mi silla), y no deseo que nunca llegue a cambiar: para consuelo y solaz de mis días más oscuros, ese consuelo que me impedirá cerrar los ojos, con los brazos cruzados, meciéndome hasta quedarme ausente, es ese conocimiento que de mí, y solamente de mí, extraen esas flores la energía que las capacita para comunicarse consigo mismas, con cada una de las demás, en un éxtasis de pura existencia, igual que las piedras y las matas de los prados, que vibran de vida, con tal felicidad que ni siquiera felicidad es la palabra exacta, porque aquí estoy yo para hacerlas vibrar con su propia variedad de conciencia material, consciente yo de ser distinta de ellas para siempre, de que ellas son distintas de mí, de que nunca podré ser el rapto de pura identidad que ellas son, de que, ay, estoy para siempre desmembrada de ellas mediante el barboteo de las palabras que en mi interior se fabrica y refabrica, que hace de mí otra cosa, algo diferente. La casa, el desierto, los pedregales: el mundo entero en tanto llega al horizonte, en un éxtasis de comunión consigo mismo, exaltado por el vano apremio de mi conciencia para habitarlo. Tales son los pensamientos que se me agolpan en las mentes cuando miro el papel de la pared, en espera de que mi respiración se apacigüe, de que el miedo retroceda y desaparezca. Ojalá nunca hubiese aprendido a leer.

95. Y no conjuro a la bestia con mi parloteo, no lo consigo. Hora tras hora me acecha según pasa la tarde. Oigo sus pasos aterciopelados, noto la fetidez de su aliento. Es inútil: si echo a correr tan sólo conseguiré perecer más ignominiosamente, aplastada por una cascada de ropa interior, hecha un chillido, hasta romperme la crisma, si es que se trata de una bestia misericorde, o incluso hasta desgarrarme las entrañas con sus uñas afiladas, caso de que no lo sea. Por algún rincón de la granja vagabundea mi padre, quemándose de pura vergüenza, listo para asestar el golpe definitivo en el momento y en el lugar precisos, listo para despedazar al primero que lo señale con el dedo. ¿Será mi padre la bestia? En algún otro lugar de la granja acechan Hendrik y Anna; él toca su armónica a la sombra de un árbol, aún sigo imaginándolo así, y ella tararea para sus adentros, encogidos los dedos de los pies, a la espera de lo que haya de acontecer a renglón seguido. ¿Será Hendrik la bestia, el marido insultado, el siervo aplastado bajo la bota del amo, dispuesto a rugir y a clamar venganza? Anna, con sus dientecillos afilados, sus acaloradas axilas... ¿será ella la bestia, la mujer sutil, lasciva e insaciable? Hablo y hablo sin cesar para seguir de buen humor, para que no decaiga el ánimo mientras mis propios fantasmas me cercan, sonrientes, poderosos. ¿Cuál es el secreto del poder que tienen sobre mí? ¿Qué saben ellos que yo no sepa? Doble hacia donde doble, escoja el camino que tome, me cortan el paso. En menos de un mes, ahora lo veo con total claridad, llevaré a mi padre y mi doncella el desayuno a la cama mientras Hendrik remolonea inquieto en la cocina, comiendo galletas e hincando su navaja en la mesa, pellizcándose el



trasero cuando no me quede más remedio que pasar a su lado. Mi padre le comprará a ella vestidos nuevos y yo le lavaré su ropa interior ensuciada de tierra. Él y ella pasarán el día entero en cama, hundidos en una pereza sensual insuperable, mientras Hendrik bebe, los chacales devoran a las ovejas y la obra de las generaciones pasadas se desmorona hasta caer en la ruina. Ella le dará hijos de piel olivácea que orinarán en las alfombras y echarán a correr por los pasadizos ocultos. Ella conspirará con Hendrik para robarle sus dineros y su reloj de plata. Mandarán llamar a sus parientes, hermanos y hermanas y primos lejanos, y les darán acomodo en la granja. Por una rendija de la persiana los veo bailar, hordas enteras, al son de las guitarras, los sábados por la noche, mientras el amo anciano, proveyecto, permanece sentado en el porche, como un idiota, sonriente, asistiendo, presidiendo el festival.

96. ¿Quién, entre nosotros, es la bestia? Mis cuentos, cuentos son; no me asustan; tan sólo posponen el momento en el cual he de preguntarme: ¿Es mi propio gruñido lo que oigo entre la maleza? ¿Soy yo la que hay que temer, voraz e inmoderada, porque aquí, en medio de ninguna parte, en donde el espacio irradia de mi interior hacia las cuatro esquinas de la tierra, nada hay que baste para detenerme? Mientras permanezco sentada y en calma, contemplando mis rosas, en espera de que termine la tarde, eso es algo que me cuesta mucho trabajo reconocer. Pero no soy tan imbécil como para creer en todo cuanto veo; si afinó bien mis sentidos para percibir cuanto discurre dentro de mí, con toda seguridad podré sentir a lo lejos cómo sube y cómo flota la manzana marchita en mi vientre, cómo encarna todo el mal. Puede que no sea más que una solterona enteca y enloquecida por tanta soledad, pero mucho me temo no ser del todo inofensiva. Por eso, tal vez sea esa una explicación verdadera de mi miedo, un miedo que es también expectación: me da miedo lo que voy a hacer, y no obstante voy a hacer lo que haya de hacer, porque si no lo hago, si me retraigo hasta que lleguen tiempos mejores, mi vida seguirá siendo un hilillo de agua que mane de ningún lugar y caiga en ninguna parte, sin principio ni fin. Quiero disponer de una vida de mi propiedad, tal como, estoy segura, mi padre se dijo que deseaba una vida de su propiedad cuando compró la bolsa de corazones y diamantes. El mundo está lleno de gentes que aspiran a gozar de una vida de su propiedad, pero para muy pocos, fuera del desierto, está garantizada una libertad semejante. Aquí, en medio de ninguna parte, puedo expandirme, puedo expandirme al infinito, tal como puedo encogerme hasta ser del tamaño de una hormiga. Son muchas las cosas de las que carezco, pero entre ellas no se cuenta la libertad.

97. Ahora bien, mientras he estado aquí sentada, soñando despierta, tal vez incluso dormitando con las mejillas apoyadas en los puños y las encías al descubierto, ha ido yéndose la tarde, ya no es la luz verdosa, sino grisácea, y han sido los pasos y las voces los que me han despertado con un sobresalto. Confusa, me martillea el

corazón; desaseada, pegajosa por el torpor de la tarde, noto que se me inunda la boca con el sabor de la sal. Abro la puerta una rendija. Las voces resuenan en el extremo más alejado de la casona. Una es la de mi padre. Da órdenes, conozco bien su tono de voz, aunque no logro entender qué es lo que dice. Suena una segunda voz, pero tan sólo la intuyo por los silencios de la primera. Es tal como yo me temía. La magia del imaginar lo peor de nada me ha servido. Lo peor ya está aquí. Ahora llega por el corredor el ruido de esas botas. Cierro la puerta y apoyo todo mi peso contra ella. Conozco ese paso de toda la vida, a pesar de lo cual me quedo boquiabierta; me tamborilea el pulso en las sienes. ¡Vuelve a convertirme en una niña! Las botas, el estruendo de las botas, la frente renegrida, las cuencas de los ojos renegridas, el renegrido agujero de la boca, del cual surge un bramido, un NO desmesurado, férreo, gélido, tonante, que me golpea de lleno, que me encierra a cal y canto. Vuelvo a ser una niña, un bebé, una vida informe y blanquecina, sin manos ni pies, sin nada con que asirme a la tierra, sin boca siquiera; me retuerzo como un gusano, vuelve a alzarse la bota encima de mi, se abre el agujero de la boca y sopla un vendaval que me hiela y me tritura el corazón. Aunque apoyo todo mi peso contra la puerta, basta que él la empuje para derribarme. Ha desaparecido de mi ese conato de cólera, tengo miedo, no tendrá piedad de mi, me castigará y después ya nunca encontraré consuelo. Hace tan sólo dos minutos yo estaba en lo cierto y él equivocado, yo era la furia que dormitaba en la silla de anea, a la espera de hacerle frente en silencio, ausente, despectiva, quién sabe cuántas cosas más; ahora, en cambio, vuelvo a estar equivocada, equivocada, equivocada, equivocada como siempre he estado, desde que nací en un momento equivocado, en un lugar equivocado, en un cuerpo equivocado. Me ruedan las lágrimas por las mejillas, se me obtura la nariz, de nada sirve, espero a que el hombre que hay al otro lado de la puerta decida por mí qué forma ha de tomar la penuria esta noche.

98. Llama a la puerta; son tres golpecitos que da con las uñas sobre la madera. Vuelve a llenármeme la boca de sabor a sal; me encojo, me arropo, contengo la respiración.

Resulta que se marcha; se alejan sus pasos iguales, uno, dos, tres... por el corredor. ¡Éste es, pues, mi castigo! No ha querido verme, ha pretendido encerrarme, dejarme aquí la noche entera. ¡Cruel, cruel, cruel! Sollozo en mi celda. De nuevo me llegan las voces. Proviene de la cocina. Él ha dicho que sirva la cena. Ella toma el pan de la panera, el unto, un frasco de conservas que hay en la alacena. Él le dice que ponga el agua a hervir. Ella no consigue poner en funcionamiento el hornillo de parafina; se lo dice. Es él quien le enciende el fogón. Ella coloca la tetera sobre la llama. Se coge una mano con la otra y espera a que hierva el agua. Él le dice que tome asiento. Ha cortado una rebanada de pan que le ofrece pinchada en el cuchillo.

Le dice que coma. Tiene ronca la voz. No es capaz de expresar la menor ternura. Confía en que los demás lo entiendan y le disculpen por ello, pero nadie lo entiende, no lo entiendo más que yo, que me he pasado la vida entera sentada en un rincón, mirándolo. Sé que sus arrebatos de rabia y sus malhumorados silencios tan sólo pueden ser máscaras de una ternura que no osa manifestar, a menos que se deje abrumar por las consecuencias. Odia solamente por no atreverse a amar. Odia con objeto de seguir siendo dueño de sí mismo. No es un hombre malo a pesar de los pesares. No es injusto. Es meramente un hombre que envejece, que ha recibido muy poco amor a lo largo de su vida, que ahora cree haberlo encontrado, mientras despacha el pan y los albaricoques con su moza, en espera de que hierva el agua para hacer café. No puede imaginarse una escena más apacible, siempre y cuando se haga caso omiso de la niña amargada que aguza el oído detrás de la puerta, al otro extremo de la casona. Es una fiesta de amor la que celebran; sin embargo, hay una fiesta más noble que la fiesta del amor, y se trata simplemente de una comida familiar. También a mí debieran haberme invitado. Debería estar sentada a la mesa, a la cabecera de la mesa, pues por algo soy la señora de la casa; ella, no yo, debería encargarse de servir la mesa. Así tal vez podríamos partir el pan en paz, mostrarnos amables los unos con los otros, cada cual a su manera, incluida yo. Sin embargo, están trazadas las líneas divisorias, se me excluye de la comunión, y así se ha convertido esto en una casa de dos plantas, cada una con una historia distinta: una planta de felicidad, o donde se salta en pos de la felicidad, y una planta de las lamentaciones.

99. Tintinean sus cucharas en concierto. Son unos golosos los dos. Entre los jirones del vapor se encuentran sus miradas. Ella lleva a espaldas una semana en la que ha conocido poco a poco a ese hombre extraño, enorme y montaraz, velludo, flácido, decaído, poderoso, que esta noche aparece a la vista de ella valiente y decidido, dispuesto a proclamarla su concubina, su propiedad. ¿Piensa ella en su esposo, al menos en algún momento, envuelto bajo una manta bajo el frío de las estrellas, gruñendo ante su casa desatendida, cuando las rodillas de su nuevo propietario y señor la envuelvan bajo la mesa? ¿Se pregunta acaso durante cuánto tiempo va a protegerla él de la cólera de su esposo? ¿Piensa acaso en el futuro, o ha aprendido tal vez a los pechos de su madre, ha aprendido a vivir así su condena en el lujo del presente perpetuo? ¿Qué significa para ella este hombre nuevo? ¿Se limita meramente a separar los muslos, estólida, embotados los sentidos, por el mero hecho de que él es el amo, o existen refinamientos del placer en esa sujeción, placeres que el amor conyugal nunca podrá proporcionarle? ¿Se deja llevar por la grata náusea de su repentina elevación? ¿Acaso los dones de ese varón la han embriagado, las monedas, los dulces, todo lo que él ha extraído para ella a manera de conclusión y resultado de los restos de su difunta esposa, una boa de plumas, una gargantilla de falsos diamantes? ¿Por qué nunca llegan a mí esas reliquias? ¿Por qué a mí se me guarda

todo en secreto? ¿Por qué no he de sentarme yo a la mesa de la cocina para sonreír y sentir las sonrisas de los demás, envuelta por el cálido halo que desprende el vapor de la cafetera? ¿Qué me queda, después del purgatorio de mi soledad? ¿Fregarán los platos antes de retirarse, o tendré que salir yo como una cucaracha en medio de la noche, obligada a limpiar sus despojos? ¿Cuándo empezará ella a poner a prueba sus poderes, cuándo decidirá levantarse de la mesa, estirarse, bostezar y marcharse como quien no quiere la cosa, dejando que los sirvientes se encarguen del resto? El día en que lo haga, ¿se atreverá él a acosarla a ladridos, o se encontrará por el contrario tan atontado, tan embrutecido que solamente verá algún significado en el contoneo de sus corvas cuando ella avance por delante de él camino del dormitorio? Si deja ella de ser la sirvienta, ¿quién, sino yo, será la sirvienta, a menos que escape a lo más profundo de la noche y ya nunca regrese, a menos que muera en el desierto y me dejen mondos los huesos los pájaros, seguidos por las hormigas, a manera de único reproche? ¿Llegaría él a darse cuenta? Hendrik terminaría por tropezar conmigo en sus vagabundeas y regresaría conmigo dentro de un saco. Me echaría al hoyo, me enterraría, recitaría una oración. Ella encendería entonces el fuego, se pondría un delantal y fregaría los platos, una enorme pila de platos, de tazas y tazas de café, que yo habría dejado atrás; suspiraría y terminaría por emitir un gruñido descontento por mi muerte.

100. Doy vueltas y más vueltas en tinieblas. Quiero encontrar algún consuelo, pero estoy a punto de enloquecer. Tantas penurias, tanta soledad hacen de una, a la postre, un animal. Estoy perdiendo poco a poco toda perspectiva humana. El tiempo podría haberme sacudido el yugo y, pálida, llorosa, ausente, haberme arrastrado por el corredor para hacerles frente a los dos. Así se habría hecho pedazos el hechizo erótico, la muchacha se habría levantado de la silla sin sentir, mi padre me habría invitado a tomar asiento y me habría procurado algún alimento que me reconfortase. La muchacha podría incluso haber desaparecido engullida por la noche: todo, todo habría vuelto a quedar en orden, pospuesto el instante en que se oye el cierre de la puerta a espaldas de ellos dos y yo entiendo por fin que he quedado excluida de una habitación para ingresar en la cual nunca he tenido la talla suficiente. Pero esta noche he revuelto las aguas en exceso, estoy débil, estoy cansada de decirme tantas cosas; esta noche voy a relajarme, a abandonar, a explorar los placeres del ahogamiento, la sensación de mi cuerpo cuando se me escape resbalando y cuando entre en mí, resbalando también, otro cuerpo diferente, los miembros dentro de mis miembros, la boca dentro de mi boca. Saludo a la muerte como una versión de la vida en la cual ya no seré yo misma. Y es que cuando despierte en el lecho del océano seguirá siendo la misma voz la que zumbe en mis sienes, zumbidos o burbujas o lo que quieran ser las palabras en el agua. ¡Qué tedio! ¿Cuándo cesará por fin? Luce la luna en los negros pliegues de una mujer tendida sobre el frío suelo. De ella se eleva como un miasma

una monstruosidad de rostro ceniciento. Las palabras que susurran al pasar por entre esos labios azules son las mías. Ahogándome, me ahogo en mi interior. Espectro, ya ni espectro soy. Me inclino. Toco esta piel y siento su calidez, pellizco la carne y duele. ¿Qué más pruebas podría desear? Yo soy yo.

101. Me planto ante la puerta de su habitación: tres paños de madera y un pomo de porcelana sobre el cual revolotea mi mano. Los dos saben que estoy aquí. El aire está vivo por mi sola presencia. Se quedan helados, inmóviles en su postura de culpabilidad inapelable, en espera de que yo actúe.

Llamo a la puerta y hablo.

—Papá, ¿me oyes?

Están en silencio, escuchan solamente la enormidad de sus respiraciones.

—Papá, no puedo dormir.

Se miran a los ojos. La mirada de él dice: ¿Qué debo hacer? La de ella dice: No es mía.

—Papá, me siento muy rara. ¿Qué he de hacer?

102. Vuelvo a la cocina arrastrando los pies. La luz de la luna pasa por la ventana sin que lo impidan las cortinas, y cae de lleno sobre la mesa despojada de enseres. En la fregadera, un plato y dos tazas a la espera de que alguien las friegue. La cafetera aún está templada. Podría tomarme un café si me apeteciese.

103. Acaricio el pomo blanco de la puerta. Siento la mano sudorosa y fría.

—Papá, ¿puedo decirte una cosa?

Hago girar el pomo. Se mueve, pero la puerta no se abre. Han echado el cerrojo.

Le oigo respirar al otro lado de la puerta. Llamo con fuerza, golpeando los paños de madera con el canto de la mano. Carraspea y habla con firmeza.

—Es muy tarde, niña. Ya hablaremos mañana. Ve a dormir un poco.

Ha hablado. A lo que se ve, ha sentido la necesidad de echar el cerrojo a la puerta para que yo no pasara, y ahora ha sentido la necesidad de hablarme.

Vuelvo a llamar con fuerza. ¿Qué va a hacer él?

El cerrojo se descorre de golpe. Por la rendija de la puerta sale su brazo como una serpiente blanquecina. Sin darme tiempo de reaccionar, me aferra por la muñeca y me aprieta con toda la fuerza de su enorme mano. Hago un gesto de dolor, pero jamás dejaré escapar un grito. Lo que suena, en cambio, como una cascada de mazorcas de maíz es su susurro rasposo, enfurecido.

—¡Vete a la cama! ¿Me entiendes?

—¡No! ¡No tengo ganas de dormir!

No son estas mis lágrimas; son tan sólo lágrimas que pasan a través de mi, así

como la orina que excreto es tan sólo orina.

Su enorme manaza repta por mi brazo y vuelve a apretarme a la altura del codo. Me arrastra hacia la rendija; la pared me golpea contra la jamba de la puerta. No siento ningún dolor. Están aconteciendo cosas en mi vida, esto es mejor que la soledad, estoy contenta.

—¡Ya basta! ¡Deja de irritarme de una vez! ¡Márchate! Me arroja de un empujón al corredor. La puerta se cierra de golpe. Oigo girar la llave.

104. Me acuclillo contra la pared, frente a la puerta. La cabeza me da vueltas. Por la garganta asoma algo que no es un grito, ni un gruñido, ni una voz, sino un viento que sopla de las estrellas, que sopla sobre el desierto polar, que sopla a mi través. El viento es blanco, el viento es negro, no dice nada.

105. Mi padre se encuentra de pie ante mí. Vestido, vuelve a ser el de siempre, completo dueño de sí mismo y de la situación. Yo tengo el vestido enrollado sobre las piernas, me ve las rodillas y los calcetines negros y los zapatos que rematan mis piernas. En conjunto, me da lo mismo qué vea, qué deje de ver. El viento sigue silbando a través de mí, aunque ahora ya con suavidad.

—Venga, niña, ve a la cama.

Habla con tono afable, aunque yo, que todo lo oigo, noto su colérico retintín, me doy cuenta de que son palabras espurias.

Me sujeta por la muñeca y arrastra mi cuerpo inerte, mi cuerpo de marioneta, hasta ponerme en pie. Si me suelta, caeré. Me da igual qué suceda con este cuerpo. Si le diera la ventolera de aplastarlo bajo las suelas de sus botas no emitiría una sola protesta. No soy más que un pelele que sostiene por los hombros y que obliga a avanzar por el corredor, hasta la celda del extremo más alejado. El corredor es interminable, nuestros pasos retumban, el viento gélido me acaricia dolorosamente la cara, devorando las lágrimas que manan de mí. El viento sopla por doquiera, surge de todas las rendijas, todo lo transmuta en piedra, en la piedra glacial, gélida hasta en lo más hondo, de las estrellas más remotas, las estrellas que nunca llegaremos a ver, las estrellas que viven su vida de una infinidad a otra, en la oscuridad y en la ignorancia, si es que no las confundo con planetas. Sopla el viento en mi habitación, sopla por el ojo de la cerradura, por las grietas; cuando se abra esa puerta el viento me habrá consumido, me hallaré en la boca de ese negro vórtice sin oír, sin tocar, engullida por el viento en los intersticios que separan los átomos de mi cuerpo, que silba en las cavernas detrás de mis ojos.

106. Me tiende sobre la conocida colcha verde. Me levanta los pies y me quita los zapatos. Alisa las arrugas de mi vestido. ¿Qué más puede hacer? ¿Qué más osará

hacer? Vuelve el tono afable de su voz.

—Venga, niña mía, ahora duérmete, que ya es muy tarde.

Ha depositado la mano sobre mi frente, la mano callosa de un hombre que retuerce los alambres con sus dedos. ¡Qué tierno, qué consolador! Pero lo que quiere es saber si tengo fiebre, si acaso en la raíz de mi desolación reside un microbio. ¿No debería decirle, tal vez, que en mí no hay microbios, que son tan agraces mis carnes que no podrían albergarlos por más que quisieran?

107. Me ha dejado. Yazgo exhausta mientras el mundo da vueltas y más vueltas alrededor de mi lecho. He hablado y me ha hablado; he tocado y me ha tocado. Por lo tanto, soy algo más que el mero rastro de esas palabras que me atraviesan la cabeza camino de ningún lugar, procedentes de ninguna parte, un rayajo de luz recortado sobre la vacuidad del espacio, una estrella fugaz (cómo rezuma en mí la astrología esta noche). Así pues, ¿cuál es la razón de que no me dé la vuelta sin más ni más y me duerma tal como estoy, vestida de los pies a la cabeza, para despertar por la mañana, fregar los platos, asearme y esperar mi recompensa, que sin duda ninguna ha de llegar, si es que la justicia es dueña y señora del universo? Y, viceversa, ¿cuál es la razón de que no termine por dormirme dándole vueltas y más vueltas a esa interrogación, es decir, por qué no me duermo tal como estoy, vestida de los pies a la cabeza?

108. La campanilla de la cena está en su sitio, sobre el aparador. Habría preferido algo de mayor tamaño, una campana panzuda y rechoncha, retumbante, la campana de la escuela; tal vez en algún rincón del desván esté arrumbada la vieja campana de la escuela, cubierta por una gruesa capa de polvo, a la espera de su resurrección, si es que alguna vez hubo de veras una escuela; ahora, sin embargo, no tengo tiempo para ponerme a buscarla (aunque ¿no se les subiría el corazón a la garganta si oyeran de pronto el escabullirse de los ratones, el batir de alas de los murciélagos, el paso fantasmal del vengador sobre su lecho?). Silenciosa como un gato, descalza, ahogando todo ruido, avanzo por el pasillo y arrimo el oído al ojo de la cerradura. Todo está en silencio. ¿Yacen con la respiración contenida, contenido el aliento en los pechos de ambos, a la espera de que haga yo mi jugada? ¿O yacen despreocupados el uno en brazos del otro? ¿Es así como se hace, con movimientos tan minúsculos que no los capta ningún oído, como dos moscas pegadas una con otra?

109. La campana emite un tintineo continuo, acogedor.

Cuando me canso de agitarla con la mano derecha, sigo con la izquierda.

Me siento mejor que la última vez que estuve aquí. Estoy más tranquila. Empiezo a tararear, al principio acompañada con la campana, pero luego doy con el tono y sigo

sola.

110. Pasa el tiempo, una neblina que se adelgaza, se espesa y se la traga al fin la oscuridad. Lo que considero dolor, aunque no es más que soledad, empieza a apartarse de mí. Se me deshielan los huesos de la cara, vuelvo a ablandarme, un blando animal humano, un mamífero. La campana ha dado con su medida, cuatro golpes suaves, cuatro golpes fuertes, y con esa medida empiezo a vibrar, primero los músculos mayores, luego los más sutiles. Mis penurias me abandonan. Minúsculos bichos que salen de mí y se esfuman.

111. Todo volverá a estar bien, aún.

112. Siento un golpe. Esto es lo que ha sucedido. He recibido un poderoso golpe en la cabeza. Noto el olor a sangre, me zumban los oídos. Algo, alguien me arranca la campana de la mano. La oigo dar contra el suelo clamorosamente, al otro extremo del corredor, y rodar a derecha e izquierda, como ruedan las campanas. Todo el corredor se colma de ecos planos, de gritos que para mí no tienen ningún sentido. Me dejo resbalar pegada a la pared, me acomodo con cuidado en el suelo. Ahora noto el sabor de la sangre. Me sangra la nariz. Me estoy tragando la sangre; al sacar la lengua también la noto en los labios.

¿Cuándo fue la última vez en que recibí un golpe? No consigo recordar cuándo. Tal vez nunca he recibido un solo golpe, tal vez solamente he sido una mimada, por más difícil que resulte creerlo, mimada, reprobada, ignorada. El golpe no me duele; me veja. Me siento vejada y ultrajada. Hace un momento era virgen y ahora no lo soy, al menos por lo que atañe a los golpes.

Los gritos aún penden en el aire, como el calor, como el humo. Si quiero, puedo levantar la mano y agitarla en medio de esa espesura.

Sobre mi cabeza descuella una enorme vela blanca. El aire se ha adensado de ruidos. Cierro los ojos y cierro todos los orificios que puedo cerrar. El ruido se filtra por todo mi ser. Empiezo a notar un cencerreo. Se me revuelve el estómago.

Hay otro golpe, un golpe de madera contra madera. Lejos, muy lejos tintinea una llave. El aire sigue zumbando, aunque ya estoy sola.

Han acabado conmigo. Yo era una continua molestia y ahora han acabado conmigo. Vale la pena detenerse a pensar en ello, al menos mientras aún disponga de tiempo.

Vuelvo a encontrar mi antiguo sitio junto a la pared, un sitio cómodo, neblinoso, lánguido incluso. Cuando empiece a pensar, no podré averiguar si ha de ser pensamiento o si será sueño.

Hay vastas regiones del mundo en las que, si hay que creer en lo que se lee, nieva



siempre.

En algún lugar, en Siberia o en Alaska, hay un campo cubierto de nieve, y en medio del campo hay un poste algo inclinado, podrido. Aunque bien puede ser mediodía, es tan escasa la luz que más bien parece que cayera la tarde. La nieve se desplaza sin fin. Por lo demás, no hay nada más, al menos por lo que la vista alcanza.

113. En lo que es propiamente el perchero de la puerta de entrada, allí donde estarían colgados los paraguas si alguna vez usáramos paraguas aquí, si no fuese nuestra respuesta ante la lluvia la de levantar la cabeza para cazar esas gotas espaciadas y bochornosas con la lengua, regocijados, están las dos escopetas, las dos escopetas de dos cañones para la caza de la perdiz y la liebre, aparte de la que suele llamarse la Lee-Enfield. La Lee-Enfield alcanza a dar en el blanco a más de mil quinientos metros de distancia. Me maravillo.

Desconozco dónde se guardan los cartuchos de las escopetas. Pero en el cajón del perchero, donde llevan años olvidadas entre botones e imperdibles sueltos, están las seis balas del calibre 303, con sus afiladas puntas de bronce. Las siento al tacto.

A nadie se le pasaría por la cabeza, al mirarme, pensar que sé perfectamente cómo se utiliza una escopeta. Hay varias cosas acerca de mí que a nadie se le pasarían por la cabeza. No estoy segura de saber cargar la recámara a oscuras, pero sí que puedo introducir una sola bala en la cámara y quitar el seguro. Tengo las palmas de las manos desagradablemente sudorosas, pegajosas, si se tiene en cuenta que por lo normal tengo la piel tan seca que se me descama.

114. No me siento a mis anchas, aunque me veo enzarzada en la acción. Un vacío me ha succionado y se me ha llevado a otra parte. De todo lo que ahora acontece, nada me satisface. Sí me satisfizo repicar la campanilla y tararear melodías en la oscuridad, pero dudo mucho que por más que volviese y buscara a rastras la campanilla por debajo de los muebles, si la encontrase y la limpiase de telarañas, si volviese a hacerla repicar y a tararear la melodía, dudo mucho que pudiera reencontrar esa misma felicidad. Ciertas cosas parecen para siempre irrecuperables. Tal vez ello demuestre la realidad del pasado.

115. No me siento a mis anchas. No consigo creer que esto me esté pasando a mí. Sacudo la cabeza y de repente no entiendo por qué no podría estar pasando tranquilamente la noche en cama, no entiendo por qué no puede mi padre pasar tranquilamente la noche en su cama, dormido, por qué la mujer de Hendrik no duerme esta noche tranquilamente en su cama, con Hendrik. No consigo entender que haya una necesidad más allá de lo que estamos haciendo cualquiera de nosotros. No somos sino puro capricho, un capricho tras otro. ¿Por qué no podemos admitir que

nuestras vidas están vacías, tan vacías como el desierto en que vivimos, y por qué nos pasamos la noche contando ovejas o fregando los platos con el corazón alegre? No alcanzo a entender por qué debiera ser interesante la historia de nuestras vidas. Se me ocurren de continuo pensamientos sesgados a propósito de todas las cosas.

116. La bala descansa cómoda, exacta, ajustada en su cámara. ¿Dónde habrá que buscar mi propia corrupción, dónde se encuentra? Y es que, tras hacer una pausa para dar rienda suelta a mis pensamientos sesgados, ciertamente he de seguir igual que hasta la fecha. Tal vez lo que me falta sea la resolución para hacer frente no al tedio de los cacharos y los platos, al tedio de la misma almohada todas las noches, sino a una historia tan tediosa en su manera de relatarse que bien pudiera pasar por una historia del silencio. Lo que me falta es el valor para dejar de hablar, para sumirme en el silencio del que provengo. La historia que construyo mientras cargo esta pesada escopeta no es más que un barboteo frenético y espurio. ¿Soy acaso una de esas personas tan insustanciales que no pueden salir de dentro de sí mismas salvo por medio de las balas? Eso es lo que me temo mientras me deslizo, una figura inverosímil, una dama armada, en la noche cuajada de estrellas.

117. El patio está lavado por una luz entre plata y azul. Las paredes enlucidas de la despensa y la cochera relumbran con una palidez fantasmal. A lo lejos, en las tierras, destellan las aspas del molino de viento. El rechinar y el golpetear del pistón me alcanzan tenuemente, pero con absoluta claridad, gracias a la brisa nocturna. La belleza del mundo en que vivo me corta la respiración. Del mismo modo, según se lee, caen las escamas de los párpados de los condenados cuando avanzan hacia el cadalso o hacia el tajo del verdugo, y en un instante de gran pureza, aquejados por la pesadumbre que les causa el tener que morir, dan a pesar de todo gracias por haber vivido. Quizá debiera renunciar a mi lealtad al sol para entregársela toda a la luna.

Uno de los sonidos que me llegan, sin embargo, no es propio de aquí. Ora debilitado, ora fortalecido, es el sonido que profiere un perro destemplado, que aúlla, gruñe, jadea sin cesar y, sin embargo, no procede de un perro, sino de un simio o un ser humano, o de varios seres humanos que algo andan tramando a espaldas de la casona.

Con la escopeta sujeta como si de una bandeja se tratase, avanzo de puntillas por la grava del patio, doy la vuelta a la cochera y me llevo a la parte posterior. A lo largo de la pared de la casa corre una sombra y se escabulle. En la sombra, ante la puerta de la cocina, se halla tendido lo que sea: no es un perro, ni tampoco un simio, sino un hombre; de hecho al acercarme compruebo que se trata de Hendrik, el único hombre que de ninguna manera debiera estar aquí. Su sonido, sus balbuceos, si es que ésa es la palabra que merecen, cesan en el instante en que me ve. Hace como que fuese a levantarse a medida que me acerco, pero cae de espaldas. Alarga hacia mí las manos,

con las palmas extendidas y vueltas a la luz.

—¡No dispare! —dice. Qué chiste el suyo.

Mi dedo no abandona su reposo sobre el gatillo. Al menos por el momento no me embaucan las apariencias. Desde él me llega un hedor no a vino, sino a brandy. Solamente de manos de mi padre podría haber obtenido el brandy. Lo ha sobornado, pues; no lo ha engañado.

Con una mano a espaldas, apoyada contra la puerta, trata otra vez de ponerse en pie. Del regazo le cae el sombrero al suelo. Alarga la mano para recogerlo y se desmorona despacio, de costado.

—Soy yo —dice al tiempo que alarga la mano libre hacia el cañón de la escopeta, que está muy lejos de su alcance. Doy un paso atrás.

Tendido en el umbral con las rodillas recogidas, termina por olvidarme y se pone a sollozar. Eso, entonces, era el ruido que había llegado a mis oídos. Con cada sollozo, sus rodillas se estremecen con violencia. No hay nada que pueda hacer por él.

—Hendrik, aquí vas a coger frío —le digo.

118. La puerta de la habitación de mi padre está cerrada para impedirme el paso, pero la ventana sí está abierta, como siempre. Esta noche he tenido más que suficiente, me he hartado de oír todos los ruidos que hacen los demás. En consecuencia, es necesario actuar con agilidad, sin pensar, y como no puedo ponerme tapones en los oídos, canturrear con dulzura. Paso el cañón de la escopeta entre las cortinas. Apoyo la culata sobre el alféizar de la ventana y elevo el punto de mira hasta que apunto decidido a la parte más alejada del techo; cerrando los ojos, aprieto el gatillo.

Nunca he tenido, hasta hoy, el privilegio de oír el disparo de un arma de fuego de puertas adentro. Sí estoy acostumbrada a las oleadas de ecos que me llegan desde los cerros, desde los llanos, pero ahora solamente se trata del retroceso de la culata, cuyo impacto noto en el hombro, la contusión plana, indigna de mayor mención, y el instante de silencio que sigue y que anticipa el primero de los alaridos.

Mientras escucho, percibo el olor de la pólvora. El pedernal, al golpear contra el pedernal, conjura una chispa y un hilillo de ese mismo humo embriagador.

119. La verdad es que hasta hoy jamás había oído un estallido semejante. Invade la habitación oscura de lúgubre brillantez y resplandece a través de las paredes, como si fuesen de cristal. Se extingue en minúsculos sollozos entrecortados y vuelve a estallar de golpe. Me quedo asombrada. Nunca hubiese dado crédito a que nadie pudiera chillar de semejante forma.

El seguro vuelve a su lugar, el cartucho usado cae a mis pies, el segundo cartucho, frío, ajeno, entra en la cámara.

Los alaridos son cada vez más entrecortados, empiezan a cobrar un ritmo propio. Hay también numerosos ruidos de menor volumen, coléricos, que separaré después, más adelante, cuando tenga tiempo, si es que logro recordarlos.

Elevo el cañón, cierro los ojos y aprieto el gatillo. En ese mismo instante, la escopeta se me escapa de golpe de las manos. La detonación es aún más plana que antes. Me abandona del todo la escopeta, es sorprendente. Se escabulle como una culebra a través de las cortinas. Caigo de rodillas, con las manos vacías.

120. Ahora debo irme. Bastantes problemas he causado ya; noto una desagradable excitación en la boca del estómago; la noche, para ellos, está echada a perder, sin lugar a dudas tendré que pagar por ello. Por el momento, lo mejor sería mantener la compostura.

121. Hendrik está parado en medio del patio, a la luz de la luna, mirándome. No hay forma de saber en qué piensa.

Le hablo con palabras pausadas, sopesadas.

—Ve a la cama, Hendrik. Ya es muy tarde, mañana será otro día.

Se tambalea levemente; el sombrero le ensombrece el rostro.

Los chillidos se han tornado gritos incontrolados. Lo mejor para todos será que me marche cuanto antes.

Rodeo a Hendrik y tomo el camino que se aleja de la granja o, si se prefiere verlo de otra forma, el camino que conduce al mundo ancho y ajeno. Al principio me siento vulnerable, sobre todo por la espalda, pero al cabo esta sensación disminuye.

122. ¿Será posible que exista una explicación para todas las cosas que hago, y que esa explicación se encuentre en mi interior, como una llave que tintinea dentro de un bote, a la espera de que alguien la extraiga y la utilice para descerrajar el misterio? ¿Será la clave esto que sigue? Mediante la gestación del conflicto que me enfrenta con mi padre espero elevarme hasta salir del interminable marasmo de las meditaciones sobre una existencia desmembrada y erigirme en verdadero agonista, atravesar una crisis para alcanzar su resolución. De ser así, ¿deseo estar en condiciones de hacer uso de esa llave, o acaso deseo más bien dejarla caer en silencio en la cuneta y no volver a verla nunca más? ¿No es acaso notorio cómo, en un momento dado, puedo alejarme a buen paso de la escena en que transcurre la crisis, del tiroteo y los chillidos, de los placeres cortados en flor, arrastrando los zapatos sobre los guijarros, los rayos de la luna posados sobre mí como si fuesen lingotes de plata, mientras la brisa nocturna va tornándose heladora, y al instante siguiente verme perdida del todo y de nuevo inmersa en el farfullar de las palabras? ¿Acaso, me pregunto, soy algo más que una mera cosa entre las cosas, un cuerpo propulsado a lo

largo del camino por los tendones y las palancas de los huesos, o soy, antes bien, un monólogo que se desplaza a través del tiempo, a unos palmos sobre el nivel del suelo, si es que el suelo no resultara ser simplemente una palabra más, en cuyo caso es evidente que he vuelto a perderme? Sea cual sea el caso, es evidente que no soy yo misma, al menos de forma tan clara como en el fondo me gustaría. ¿Cuándo conseguiré que se olvide mi comportamiento de esta noche? Debería haber salvaguardado mi paz interior, o haber sido más firme. Mi disgusto por las penas de Hendrik puso de manifiesto mi pusilanimidad. Una mujer por cuyas venas corre la sangre encarnada (¿de qué color es la mía: de un rosa aguado, de un púrpura oscuro?), habría depositado un hacha en sus manos y lo habría introducido en la casa, en busca de venganza. Una mujer decidida a ser autora de su propia vida jamás se habría encogido a la hora de abrir las cortinas de golpe y de haber inundado de luz la culpabilidad de los yacentes, de la luz de la luna, de la luz de las llamas. Yo en cambio, tal como temía, aleteo siempre entre el cansancio del drama y la languidez de la meditación. Aunque apunté la escopeta y accioné el gatillo, cerré los ojos. No fue tan sólo la debilidad propia de la mujer la que me llevó a actuar de ese modo, sino una lógica privada, una psicología que se había propuesto impedirme ver la desnudez de mi padre. (Y quizá fue esa misma psicología la que me impidió acercarme a consolar al pobre Hendrik). (Nada he dicho de la desnudez de la chica. ¿Por qué?). Hay cierto consuelo en el hecho de contar con una determinada psicología, pues ¿ha existido alguna vez un ser provisto de psicología y desprovisto de existencia? Sin embargo, también ello es causa de intranquilidad. En un relato tejido de motivaciones conscientes, ¿qué ser podría ser yo? Mi libertad está en entredicho, me van arrinconando una serie de fuerzas que escapan a mi dominio, pronto no me quedará más que acucillarme en un rincón a llorar, a tensar los músculos. No constituye ninguna diferencia el hecho de que en el momento actual ese rincón se me presente como una larga caminata al aire libre: al final del camino descubriré que la tierra es redonda: los rincones pueden adoptar múltiples formas. Ni siquiera estoy preparada para vivir errando de continuo por los caminos. Ello equivale a decir que, como dispongo de brazos y piernas, como caería en la tentación de engañarme a mí misma si dijese que tengo una evidente necesidad de manutención —con las langostas y las lluvias, cambiando de calzado de vez en cuando, podría seguir en marcha hasta el infinito—, la verdad es que no tengo agallas para hacer frente a la gente a que he de encontrarme, los posaderos y los postillones, los caminantes, si es que ése es el siglo en que vivo, y las aventuras, las violaciones y los robos, no porque posea yo nada que sea susceptible de robar otra persona, no porque posea yo nada que merezca el alarde de una violación, ésa sí que sería una escena digna del recuerdo, aunque le puede ocurrir a cualquiera y en el momento más inesperado. Si, por otra parte, el camino fuese ya por siempre tal como es ahora, oscuro, sinuoso, pedregoso, si pudiese trastabillar para siempre y seguir así adelante, a la luz de la luna o a la luz del sol, sea como haya de ser, sin llegar nunca a lugares tales como Armoede, la estación o la

ciudad en la que se echa a perder a las hijas, si, colmo de las maravillas, el camino no llevase a ninguna parte un día tras otro, semana tras semana, estación tras estación, salvo, tal vez, y con mucha suerte, al fin del mundo, entonces tal vez podría entregarme al camino, a vivir una vida de errancia, sin psicología, sin aventuras, sin forma ni perfil, paso a paso, cansina, con mis viejos zapatos, que terminarían por convertirse en andrajos pero que de inmediato repongo con los zapatos de cordones que llevo colgados del cuello como si fuesen dos pechos negros, deteniéndome muy de ciento en viento a cazar langostas, deteniéndome menos veces aún para hacer caso a las llamadas de la naturaleza, haciendo si acaso alguna que otra parada para dormir, para soñar, pues sin sueños morimos, y el hilo de mis meditaciones, negro sobre blanco, flotaría a mis espaldas como una neblina posada a varios palmos del suelo, extendiéndose hasta el horizonte mismo, sí, a la altura de mi vida como en realidad merezco. Si de veras hubiese sabido que eso era todo lo que se exigía de mí, habría acelerado el paso al punto, habría empezado a caminar con zancadas más largas, meneando las caderas, habría echado a caminar con el corazón alegre y con una sonrisa en los labios. Pero tengo razones para sospechar, o tal vez no se trate de la razón, ésta no es la esfera de la razón, tengo pues la sospecha, una sospecha pura y simple, una sospecha carente por completo de base, de que este camino conduce, si tomo el ramal de la derecha, directamente a Armoede, y si tomo el ramal de la izquierda, a la estación, y si decido encaminar mis pasos al sur y cruzar las traviesas, un buen día me encontraré a la orilla del mar, escuchando el rumor de las olas, o bien caminaré derecha hacia el mar, donde, como un milagro que resulta no serio, propulsada de forma incansable por mecanismos ancilares, mi cabeza se sumergiría en las aguas y el hilo de palabras terminaría por deshacerse sumido por las burbujas. ¿Y qué voy a decir a los viajeros del tren, que me contemplarán con tanta extrañeza a causa de los zapatos de repuesto que llevaría colgados del cuello, a causa de las langostas que sobresalen por el cierre de mi bolso de mano, a los ancianos, afables caballeros de sienes plateadas, a la dama gruesa y vestida de negro que de vez en cuando se seca el sudor que le perla el labio superior con un minúsculo, coquetísimo pañuelo, al joven envarado que con tanta atención me mira y que en cualquier momento, según sea el siglo en que vivo, podría revelármeme como mi propio hermano, perdido hace tanto tiempo, o como mi seductor implacable, o como ambas cosas a la vez? ¿Qué palabras les tengo reservadas a todos ellos? Separo los labios, se me ven los dientes amarillentos, notan el olor de mis muelas cariadas, se quedan helados cuando ruge sobre ellos el viejo, frío, negro viento que sopla de ningún lugar, de parte alguna, que sopla inacabablemente a través de mí.

123. Mi padre está sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el pie de la gran cama de matrimonio en la que tantas veces se ha llevado a cabo el engendro de nuestra familia. Está desnudo de cintura para arriba. Tiene la carne blanca como los

lirios. El rostro, que debiera ser del mismo color ladrillo de los antebrazos, lo tiene amarillento, demudado. Me mira fijamente; yo estoy de pie, la mano sobre la boca, con las primeras luces del alba.

El resto de su cuerpo está envuelto de verde. Ha arrancado los verdes cortinajes y hasta el riel que sostenía las cortinas, por eso es tanta la luz que reverbera en el dormitorio. Es la cortina lo que ha utilizado para arrojarse.

Nos miramos el uno al otro. Por mucho desnudo que ponga en el empeño, no consigo averiguar qué sentimientos expresa su rostro. Carezco de la facultad que permite leer en los rostros de los demás.

124. Voy por toda la casa cerrando las puertas tras de mí: las dos puertas del cuarto de estar, las dos puertas del comedor, la puerta del dormitorio, la puerta del otro dormitorio, la puerta del cuarto de coser, la puerta del despacho, la puerta del cuarto de baño, la puerta de la cocina, la puerta de la despensa, la puerta de mi habitación. Algunas de las puertas ya están cerradas.

125. Los platos y las tazas siguen aún sin fregar.

126. Hay moscas en el dormitorio de mi padre. El aire se ha cargado con el zumbar de las moscas. Reptan sobre su rostro y él ni siquiera las azuza, no las aparta de un manotazo, él, que siempre ha sido un hombre tan melindroso. Las moscas se le arraciman en las manos, que tiene enrojecidas por la sangre. Hay salpicaduras de sangre reseca en el suelo, la cortina está llena de cuajarones de sangre. No me produce ningún reparo la sangre, a veces incluso he preparado morcillas de sangre, pero en este caso no tengo la seguridad de que no fuese preferible salir un rato del dormitorio, dar un paseo, tomar el aire, aclararme las ideas. De todos modos me quedo, me siento obligada a quedarme.

—Ve a buscar a Hendrik —dice tras carraspear largo y tendido. Dile a Hendrik que venga, haz el favor.

No ofrece ninguna resistencia cuando desprendo sus dedos del sangriento cuajarón de cortina que aprieta contra sí. En su vientre hay un agujero tan grande que podría meter el dedo pulgar. En los bordes, la carne está chamuscada.

Coge con la mano una esquina del cortinaje y se cubre los genitales.

Otra vez es culpa mía. No soy capaz de dar una a derechas. Deposito el cuajarón donde estaba.

127. Ahora estoy corriendo como no había corrido desde la infancia, con los puños apretados, braceando, las piernas sucias por la arena gris del lecho del río. Estoy metida hasta las cachas en mi misión, acción sin reflexión, un animal de setenta

kilos de peso que se lanza a través del espacio llevado por el impulso del desastre.

128. Hendrik está dormido sobre el terliz. Al inclinarme sobre su cuerpo, me abrumba el hedor que despide, una mezcla de licor y de orines. Pego la boca a su oído y despacho mi mensaje.

—¡Hendrik! ¡Despierta, despierta! ¡El baas ha sufrido un accidente! ¡Ven a ayudarme!

Amaga varios gestos con los brazos, golpeándome, al tiempo que profiere varias sílabas iracundas y vuelve a caer presa de su estupor.

La moza no está aquí. ¿Dónde se habrá metido?

Me pongo a tirarle cosas a Hendrik, todo lo que encuentro: una tetera, cucharas y cuchillos a puñados, platos... Agarro la escoba y le paso las cerdas por la cara. Se pone en pie tambaleándose, escudándose la cara con ambos brazos. Lo acoso sin cesar.

—¡Atiéndeme cuando te hablo! —jadeo. La ira me ha hecho perder los estribos. De la tetera mana el agua y se derrama sobre el colchón. Él retrocede hacia la puerta y se cae de bruces nada más traspasar el umbral. Aturdido por la luz del sol, vuelve a acurrucarse en un rincón, sobre el polvo.

—¿Dónde está la botella? ¡Dímelo! ¿De dónde has sacado el brandy? —Me planto casi encima de él, escoba en mano, contenta de que, por suerte, nadie nos esté mirando, un hombre hecho y derecho, una mujer adulta.

—¡Déjeme en paz, señorita! ¡Yo no he robado nada!

—¿De dónde has sacado el brandy?

—¡Me lo dio el baas, señorita! ¡Hendrik no roba!

—Levántate y escúchame, bien. El baas ha sufrido un accidente, ¿me entiendes? Tienes que venir a ayudarme.

—Sí, señorita.

Se pone en pie trabajosamente, se tambalea y termina por desplomarse. Alzo la escoba por encima de su cabeza. Acobardado, levanta una pierna por todo ademán de defensa.

—Venga, por Dios, muévete —le grito. El baas se morirá si no me ayudas. ¡Y no será culpa mía!

—Un momento, un momento señorita, que no es cosa fácil...

No hace el menor esfuerzo por levantarse otra vez. Tendido en el suelo, esboza una sonrisa.

—Eres una porquería, Hendrik. Eres un mierda. Aquí has terminado, ¡te lo juro! Recoge tus cosas y lárgate de aquí. No quiero verte nunca más.



El mango de la escoba golpea contra la suela de su zapato y se me escapa de las manos.

129. Jadeo a medida que avanzo con dificultad, de nuevo por el lecho del río. ¡Ojalá bajase el río crecido de repente y se nos llevase a todos, incluidas las ovejas, a todos por delante! ¡Ojalá se limpiara así la tierra! Tal vez sea así como haya de terminar la historia, si es que no arde antes la casona. En fin. El último fulgor malva del amanecer se ha chamuscado, aún tenemos que hacer frente al día que nos queda por delante, diría que el cielo es inmisericorde de no ser porque el cielo simplemente está despejado, la tierra meramente reseca, las piedras tan sólo endurecidas. ¡Qué purgatorio es vivir en este mundo insensible, donde todas las cosas salvo yo no pasan de ser meras cosas! Yo sola, la única mota de polvo que no da vueltas a ciegas, la única que intenta crearse una vida propia en medio de esta tormenta de la materia, de estos cuerpos que impulsa solamente el apetito, de esta idiotez rural. Me duele el brazo, no estoy acostumbrada a correr de esta forma, se me escapa un pedo mientras camino. Tendría que haber vivido en la ciudad; la codicia, ése sí que es un vicio que entiendo perfectamente. En la ciudad tendría sitio de sobra para expandirme; puede que no sea todavía demasiado tarde, puede que aún pueda fugarme a la ciudad disfrazada de hombre, un hombre marchito e imberbe, a poner en práctica la codicia, a hacer fortuna y encontrar la felicidad, aunque esta última posibilidad no parece nada probable.

130. Jadeante, me planto ante la ventana del dormitorio.

—Hendrik no va a venir. Está borracho. Papá no debería haberle dado el brandy, no está acostumbrado a beber así.

La escopeta de la noche anterior está en el suelo, cerca de la ventana.

Tiene la cara de un amarillo hepatítico. Está sentado como antes, aferrado a la cortina. Ni siquiera vuelve la cabeza. No hay manera de saber si me ha oído o si no.

131. Me arrodillo junto a él. Tiene la mirada perdida, fija en la pared lisa, aunque la centre en algún lugar situado más allá, en el infinito tal vez, o incluso en su redentor. ¿Está muerto? A pesar de todas las epidemias de gripe y sarampión, en toda mi vida no he visto morir a nada más grande que un cerdo.

Su aliento me golpea en la nariz, febril, asqueroso.

—Agua —murmura.

En el balde del agua flotan los mosquitos. Los aparto con la mano y bebo un poco. Luego le acerco el cuenco a los labios. Se traga toda el agua con verdadera ansia, con energía, lo cual es tranquilizador:

—¿Ayudo a papá a meterse en la cama?

Gime para sus adentro s apretando los dientes, un gemido por cada breve bocanada de aire que exhala. Los dedos de los pies, que le sobresalen bajo la cortina, se le encogen, se le estiran.

—Ayúdame —musita—, ve a buscar al médico, deprisa. Por las mejillas le ruedan gruesos lagrimones.

Me sitúo a horcajadas sobre él, le agarro por debajo de los sobacos, intento levantarlo. No me ayuda en absoluto.

Solloza como un bebé.

—Ayúdame, ayúdame, me duele muchísimo. Corre, trae algo que alivie el dolor.

—No queda brandy. Papá se lo ha dado todo a Hendrik; ahora que tanto lo necesitamos, no nos queda ni una gota.

—Ayúdame, niña, no puedo aguantar más, nunca me ha dolido así.

132. Las plantas de los pies se me pegan desagradablemente al suelo. Deambulo por la casa entera, sin planes ni propósitos definidos, dejando huellas que luego habré de limpiar.

Está sentado en un charco de sangre como un crío que se hubiese meado encima.

133. Por tercera vez atravieso el lecho del río, arrastro los pies cansada, molesta. Cargo con la escopeta al hombro. La culata me golpea contra las pantorrillas. Me siento como una antigua exploradora que hubiese ido de acampada, pero me pregunto cuál será mi aspecto en realidad.

Hendrik está tendido de espaldas, roncando. Otro hombre apestoso.

—Hendrik, ponte en pie ahora mismo. Si no lo haces, disparo. Estoy harta de tus juegos, y el baas te necesita.

Cuando una habla en serio, cuando una habla no presa del pánico, ni a gritos, sino con calma y con aplomo, totalmente en serio, se le entiende de inmediato y se le obedece. Qué grato es haber identificado una verdad universal. Hendrik se pone en pie trabajosamente, tambaleándose, y me sigue. Le doy la escopeta para que la lleve él. La bala que queda en la recámara está gastada, está gastada desde antes de la medianoche. A pesar de las apariencias, soy del todo inofensiva.

134. —Hendrik, cógelo por los sobacos, así podremos echarlo sobre la cama.

Hendrik lo coge, pues, por los sobacos, y yo por las rodillas; juntos izamos a mi padre y lo depositamos sobre la cama revuelta. Gime, habla a solas, presa del delirio. Agarro una palangana llena de agua, una esponja, ácido fénico.

Lo que aún no he visto es la herida abierta en su espalda, por la cual mana la sangre sin cesar. De la herida asoman unos pétalos de carne. Los lavo con toda

delicadeza. Cuando la esponja roza la carne viva se estremece. Pero por fin ha salido la bala.

No dispongo de vendajes suficientes para una herida de estas dimensiones. Con unas tijeras, me dispongo a cortar en tiras una sábana entera. Me lleva un buen rato. Hendrik titubea, hasta que le digo que espante a las moscas que revolotean sobre su amo. Y lo hace, pero cohibido.

Mientras Hendrik lo levanta por el tórax, tapo los dos agujeros con bolas de hilachas y luego doy vueltas y vueltas a los vendajes en torno a su gruesa cintura. Tiene el sexo más pequeño de lo que yo hubiera creído, casi perdido del todo en medio de un mechón de vello negro que le llega hasta el ombligo: un mingurria pálido, un enano, un idiota que, tras haber sobrevivido años y más años encerrado en el sótano, alimentándose solamente de pan y agua, hablando con las arañas, canturreando para sí, se encuentra una noche vestido con ropas nuevas, liberado, ensalzado, alabado, homenajado y, al final, ejecutado. Pobrecillo. No es posible creer que de ahí es de donde yo provengo, o de lo que quiera que sea ese amasijo informe. Si de repente se me dijera que soy una simple idea que mi padre tuvo hace muchos años y que, aburrido de ella, terminó por olvidar, sentiría una menor incredulidad, aunque seguiría siendo escéptica. Mi mejor explicación es que no soy sino una idea que yo misma tuve, hace también muchísimos años, de la cual no he podido despojarme.

A Hendrik le avergüenzan mis manos diligentes, mis ojos, a pesar de lo cual mis manos y mis ojos de mujer se afanan muy cerca de esa pálida, desprotegida señal de virilidad. Soy consciente de su azoramiento, y me vuelvo para dedicarle la primera sonrisa sincera y franca que le dedico en lo que va de día, quizá la primera desde que lo conozco, hace ya tantísimos años. Baja la mirada. ¿Se podrán sonrojar los nativos de piel morena?

Paso por la cabeza de mi padre un camisón limpio. Con ayuda de Hendrik lo hacemos llegar hasta las rodillas. Por fin está limpio y decentado.

—Ahora solamente podemos esperar y ver qué pasa, Hendrik. Ve a la cocina, voy enseguida a preparar café.

135. Así que de repente y sin previo aviso me veo en el centro de un campo de tensiones morales, no se trata de otra cosa, para las cuales mi crianza y educación apenas me han servido de preparación útil. ¿Y qué voy a hacer? Cuando recupere la cordura elemental, Hendrik se empeñará en saber si el accidente ha sido fruto de una excentricidad de la casta dominante o si acaso tengo yo algo que ver, algo de posible culpa y si, en consecuencia, se me puede explotar de una u otra forma. Se empeñará en saber quién siente mayor vergüenza, él o yo, nosotros o ellos, y quién estará dispuesto a pagar el mejor precio por el silencio. Klein-Anna, si es que alguien llegase a encontrarla alguna vez, querrá saber si me invade la cólera o el miedo ante

el lío que ha tenido ella con mi padre. Querrá saber a toda costa si estoy en condiciones de protegerla de la cólera de Hendrik y si en el futuro me propondré mantenerla apartada de mi padre. Ella y Hendrik querrán saber por todos los medios si están obligados a marcharse de la granja o si lo propio es echar silencio a paletadas sobre el escándalo. Mi padre querrá saber qué penitencia se me puede imponer, si me dedicaré a trabajar a la moza mientras él esté fuera de la circulación, si entre nosotros cuatro habrá de cobrar cuerpo y realidad una ficción que explique su herida, por ejemplo un accidente de caza. A mí me observarán en todo momento ojos encapuchados, todas mis palabras serán sopesadas a fondo, se me dirigirán asimismo palabras cuyo blando sabor, cuyo color neutro, cuya opaca superficie no bastará para encubrir todos los matices de la irrisión. A mis espaldas se cruzarán las sonrisas. Se ha cometido un crimen. Tiene que haber un criminal. ¿Quién es el culpable? Me hallo en tremenda desventaja. Las fuerzas que pugnan en mi interior forman parte de esa psicología que tanto aborrezco; se apoderarán de mí y me llevarán a creer que yo deseaba ese crimen, que yo deseaba la muerte de mi padre. Las oscuras, sutiles figuras de Hendrik y de Klein-Anna me señalarán por la espalda con dedos acusadores, y mis días venideros quedarán convertidos en una ronda de penitencia. Me veré lamiendo las heridas de mi padre, me veré atendiendo el baño de Klein-Anna, llevándola a la cama de mi padre, me veré postrada y al servicio de todos los deseos de Hendrik. En la negrura que precede al alba, esclava de una esclava, a mí me tocará atizar el fuego, servirles el desayuno en la cama y bendecirles cuando me insulten. Ya ha llegado la vieja serpiente, ya ha desaparecido el viejo Edén.

136. Me engaño a mí misma. Es peor que eso, es mucho peor. Él nunca podrá recuperarse. Lo que en tiempos fue una pastoral ha devenido una de esas asfixiantes historias en las que el hermano y la hermana, la esposa y la hija y la concubina rondan al acecho, gruñen y babean en torno al lecho conyugal, a la espera de que resuene el cascabeleo de la muerte, o bien caen a degüello unas sobre otras por los oscuros corredores del hogar ancestral. ¡No es justo! Nacida y arrojada a un vacío en medio del tiempo, no alcanzo a comprender las formas cambiantes. Todo mi talento sirve solamente para la inmanencia, para el fuego o el hielo de la identidad que reside en el corazón de las cosas. La lírica es mi único medio, y no la crónica. Mientras me encuentro en esta habitación no veo al padre y al amo que se muere en su lecho, sino la luz del sol que se refleja en la impía brillantez de su frente perlada de sudor; me llega ese olor que tiene la sangre en común con la piedra, con el aceite, con el hierro, el olor que notan quienes viajan a través del tiempo y del espacio, que inhalan y exhalan en la negrura, la vacuidad, el infinito, ese olor que sienten al pasar a través de las órbitas de los planetas muertos, Plutón, Neptuno, los planetas aún por descubrir, tan distantes como ellos mismos: el olor que despide la materia cuando es tanta la vejez que tan sólo prevalece el deseo de dormir. Oh, padre, padre, si al menos me

fuera dado conocer tus secretos, traspasar la carcoma de tus huesos, oír el tumulto de tu tuétano, el canto de tus nervios, flotar en la corriente de tu sangre y llegar al fin a ese mar en calma en el que nadan mis incontables hermanos y hermanas, ondeando las colas, sonrientes, susurrándome quién sabe qué, pero a propósito de una vida aún por venir... ¡Quiero gozar de una segunda oportunidad! ¡Permíteme aniquilarme en ti y surgir por segunda vez, limpia y nueva, un pececillo dulce, un hermoso bebé, una niña sonriente, una niña feliz, una muchacha alegre, una novia en flor, una esposa amorosa, una madre afable, en un cuento que tenga principio y fin, en una ciudad en medio del campo, con vecinos simpáticos, un gato tumbado en el felpudo, geranios en la ventana, un sol tolerante! ¡Toda yo no he sido más que un error! Había un pez negro que nadaba entre todos aquellos blancos pececillos, y ese pez negro me tocó ser a mí. No fui hermana de nadie, no fui sino la perversidad del azar, fui un tiburón, una cría de tiburón negro. ¿Cómo es que no te diste cuenta, cómo es que no lo degollaste? ¿Qué especie de padre misericordioso fuiste conmigo, que nunca te preocupaste por mí y me arrojaste al mundo siendo un monstruo como era? ¡Aplástame, devórame, aniquíame antes que sea demasiado tarde! ¡Límpiame del todo, limpia la casa de esos vigías susurrantes, arrasa la casona entera, déjame intentarlo de nuevo en algún emplazamiento más civilizado que éste! ¡Despiértate, abrázame! ¡Muéstrame tu corazón tal cual es, aunque no sea más que una sola vez, y te juro que nunca más volveré a mirar ningún corazón, ni el tuyo ni el de nadie, aunque sea el más mezquino corazón de piedra que pueda existir! ¡También dejaré de hablar así, dejaré de pronunciar estas palabras! Si llegan a mí estas palabras, te juro que les prenderé fuego. ¿No te das cuenta de que es solamente la desesperación, el amor y la desesperación, lo que me hace hablar así? ¡Háblame, dime algo! ¿Acaso he de invocarte con palabras de sangre para hacerte hablar? ¿Qué más horrores exiges de mí? ¿Quieres acaso que labre mis ruegos a cuchillo en tus carnes? ¿Crees acaso que puedes morir antes de haberme dicho que sí? ¿Crees que no soy capaz de respirar el aire mismo de tus pulmones para que sigas vivo, crees que no puedo hacer que bombee tu corazón con la sola fuerza de mis puños? ¿Crees que de veras voy a depositar dos monedas sobre tus párpados cerrados antes de que me hayas mirado, crees que te voy a amarrar la mandíbula antes de que hayas dicho todo lo que tengas que decir? ¡Tú y yo seguiremos vivos en esta habitación hasta que me haya salido con la mía, hasta el día del Juicio Final, hasta que las estrellas caigan del cielo! ¡Yo soy *la que soy*! ¡Sé esperar!

137. No hay ningún cambio en su situación.

Se me empieza a agotar la paciencia. No tengo estómago para ir de una habitación a otra llevando a cabo tareas más o menos verosímiles, para mantener estúpidas conversaciones con Hendrik. Nada sucede, es imposible hacer que nada suceda. Estamos en calma chicha. Hago puñetas, me irrito. ¡Si al menos empezase a llover...!

¡Si al menos cayese un rayo y prendiese fuego a los llanos! ¡Si al menos surgiese del fango del fondo de la presa el último de los grandes reptiles! ¡Si al menos asomaran tras de los cerros unos hombrecillos desnudos, a caballo, dispuestos a masacrarnos! ¿Qué debo hacer para salvarme del tedio de la existencia de éste y de todos los demás días? ¿Por qué no se abalanza Hendrik cuchillo en mano sobre el pecho del hombre que ha echado a perder la alegría de su vida? ¿Por qué no sale Klein-Anna de su escondrijo, donde quiera que esté, y corre a arrodillarse ante su esposo y le suplica su perdón, dispuesta a ser maniatada, vilipendiada, azotada, para reconciliarse con él? ¿Por qué no llora junto al lecho de su amado? ¿Por qué se muestra Hendrik tan retraído? ¿Por qué, en vez de esperar incansable en la cocina, no revolotea por encima de mi, por qué no sonrío en secreto, por qué no sugiere como quien no quiere la cosa cuál es el precio de su silencio? ¿Por qué no se pone mi padre en pie, por qué no nos maldice? ¿Por qué me toca a mi, y a nadie más, dar vida no ya a mi misma, minuto tras minuto, agriamente, sino también a todos los demás pobladores de la granja, a la granja misma, a cada palo y a cada piedra de las que la componen? Una vez dije que dormía, pero es mentira. Dije que todas las noches me ponía mi camisón blanco y caía dormida, con mis callosos dedos de los pies apuntando a las estrellas. Pero eso de ninguna manera puede ser verdad. ¿Cómo iba a permitirme el lujo de dormir? Si por un solo instante perdiera la presa que he hecho sobre este mundo, todo se haría trizas: Hendrik y su tímida esposa se disolverían hasta no ser más que polvo el uno en brazos del otro, desparramados por el suelo; los grillos dejarían de cantar, la casa se licuaría hasta no ser más que una abstracta palidez de líneas y de ángulos sobre un cielo pálido; mi padre quedaría flotando en suspenso, como un negro nubarrón, hasta que se lo tragase la guarida que hay en mi cabeza, donde se hartaría de rugir y de golpear las paredes como un oso. Tan sólo quedaría yo, tendida desde ese fatal instante en la postura del sueño, sobre un lecho inmaterial, sobre una tierra inmaterial, antes que todo lo demás se desvaneciera. Me lo invento todo con el fin de que todo ello me invente. Ahora no puedo parar.

138. Pero tengo sueños. No duermo, pero tengo sueños: ni siquiera tengo idea de cómo puedo apañármelas. Uno de mis sueños trata de un arbusto. Cuando se ha puesto el sol, cuando no hay luna y las estrellas difunden una luz tan escasa que apenas se alcanza a ver a un palmo de narices, el arbusto con que sueño reluce y desprende una luminosidad sobrenatural. Me hallo ante el arbusto y lo contemplo, y el arbusto me contempla a su vez desde las honduras de la noche más profunda. Entonces me entra el sueño. Bostezo y me tiendo a dormir, a dormir mi propio sueño; la última estrella desaparece en el cielo sin mí. En todo el universo solamente el arbusto, aparte de mí, que estoy durmiendo y por tanto me encuentro quién sabe dónde, continúa proyectando sobre mí su luminosidad.

Así es mi sueño del arbusto encendido. Estoy segura de que existe alguna

interpretación, de acuerdo con la cual el sueño del arbusto trata en realidad acerca de mi padre, pero ¿quién va a decirme qué sueño es ese que trata sobre mi padre?

139. —¿Desea que enjaece el asno, señorita?

—No, esperemos; si moviésemos ahora al baas sólo conseguiríamos agravar sus dolores.

140. La muchacha está en el cuarto de coser. Debe de haber pasado la noche ahí escondida, agazapada en un rincón, escuchando los gemidos del dormitorio y las pisadas sobre la gravilla, hasta haberse quedado adormilada en el suelo, hecha un guiñapo, encima de las mantas, como una gata. Determinada a encontrarla sea como fuere, por fin doy con ella: nadie crece en una casona como ésta sin conocerla como la palma de su mano, sin saber al dedillo todos los detalles de su respiración.

—Bien, se acabó lo que se daba; ya no hay más diversión. ¿Dónde se ha quedado tu ropa? Deja mis mantas en paz, por favor; tú tienes tu propia ropa. Muy bien: así pues, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Qué vas a decirle a tu marido? ¿Qué vas a contarle de esta noche pasada? Venga, habla: ¿qué vas a decirle a tu marido? ¿A qué te has dedicado, toda la noche metida en la casa, eh? ¡Zorra! ¡Puerca! ¡Fíjate qué desastre has provocado! ¡Es culpa tuya, todo esto es culpa tuya! Una cosa sí quiero que te quede bien clara: hoy mismo te marchas, os marcháis tú y Hendrik. Conmigo, ninguno de los dos tenéis nada más que hacer. ¡Y deja de llorar, que ya es tarde para ponerse a llorar! Más te valdría haber llorado ayer, que hoy ya de nada te va a servir. ¿Dónde está tu ropa, desdichada? Vamos, vístete. No te quedes desnuda delante de mí, que no quiero verte nunca más. Voy a decirle a Hendrik que venga a buscarte.

—Por favor, señorita, es que mi ropa ha desaparecido.

—¡A mí no me mientas! ¡Tu ropa está en el dormitorio en que quisiste pasar la noche!

—Sí, señorita. Pero, por favor, señorita, no se lo diga. Si me ve, me pegará.

Así, dando rienda suelta a un torrente de animadversión contra la moza, hinchada y desbordada por la ira y el fariseísmo, durante un dichoso intervalo me convierto en una mujer entre las demás mujeres, una arpía entre las demás arpías envalentonadas en medio de ninguna parte. Es algo que sale por sí solo, no hacen falta más lecciones, tan sólo me rodean seres ablandados, mansurriones, contra los cuales albergo infinitas quejas, aun cuando solamente sea por el hecho de que ni siquiera me replican. Soy arisca, intratable, pero solamente porque hay un espacio infinito a mi alrededor, un antes y un después de los cuales parece haberse retraído la historia, aparte de pruebas innegables de un poder ilimitado en estos rostros que me reverencian. Agito los puños cerrados por todas partes. ¿Qué me queda, sino el hastío de la expansión hasta los límites mismos del universo? ¿Es acaso de extrañar que nada, que lo que se dice nada esté a salvo de mí, que la más diminuta flor silvestre tenga todas las de acabar

destrozada en mis manos, o que sueñe presa del ansia con un arbusto que se resiste a mis conquistas metafísicas? Pobre Hendrik, pobre Anna. ¿Qué posibilidad les queda?

141. —¡Hendrik! Escúchame con atención. Anna está en la casona. Lamenta mucho todo lo que ha sucedido. Dice que no volverá a ocurrir. Te suplica que la perdones. Lo que quiero que me digas es si debo decirle que salga o si ello va a causarnos más problemas. Una cosa te voy a decir bien clara, Hendrik: si vas a causarme más problemas, yo me lavo las manos y me desentiendo de vosotros dos. Podéis marcharos hoy mismo. Esto quiero que quede bien claro. Lo que suceda o lo que deje de suceder entre Anna y tú no es asunto mío, pero si viene a decirme que has sido cruel con ella, tú ándate con mucho cuidado.

—¡Anna! ¡Ven aquí ahora mismo, date prisa! No te haré nada.

Sale la chiquilla arrastrando los pies. De nuevo viste su propia ropa, el vestido marrón hasta las rodillas, la rebeca azul, el pañuelo escarlata. Se queda delante de Hendrik, haciendo dibujos en la arena del suelo con el dedo gordo del pie. Se le notan en la cara los surcos que le dejan las lágrimas. Solloza sin cesar.

Habla Hendrik.

—La señorita no debiera enfadarse, pero deje que le diga que la señorita se entromete demasiado.

Avanza un paso más hacia Klein-Anna. Tiene la voz tan henchida de pasión como nunca se la he oído. Anna se desliza detrás de mí, secándose la nariz con la manga. Hace una mañana espléndida, y de repente me veo en medio de una pelea de perros.

—¡Te... te voy a matar! —dice Hendrik.

Anna me agarra del vestido entre los omóplatos. Consigo desasirme. Hendrik jura y la insulta con palabras cuyo significado en su mayor parte tan sólo alcanzo a intuir, pues nunca las he oído antes. Es sorprendente.

—¡Basta! —aúllo.

Sin hacerme caso, se abalanza sobre Anna. Ella gira de inmediato sobre sus talones y echa a correr, tras lo cual emprende él la persecución. Ella es ágil, va descalza; él va calzado, pero la rabia lo lleva en volandas. Aullando sin cesar, ella regatea a derecha e izquierda, tratando de hacer que su perseguidor pierda el equilibrio. De pronto, en medio del camino que lleva a la escuela, a un centenar de yardas de donde yo me encuentro, ella cae al suelo hecha una bola, trémula y gimoteante. Hendrik empieza a darle puñetazos y puntapiés; ella chilla desesperada. Me recojo las faldas y echo a correr hacia ellos. Esto sí que es acción, y además una acción en la que no cabe la ambigüedad. No puedo negar que existe un cierto entusiasmo mezclado en mi alarma.

142. Hendrik le da rítmicos puntapiés con sus zapatos blandos. No alza la cara para mirarme; la tiene cubierta de sudor, y tiene mucho trabajo que hacer. Si hubiese



un palo a mano lo usaría sin dudado, pero no abundan los palos en este rincón del mundo, su mujer ha tenido suerte.

Le tiro del chaleco.

—¡Déjala en paz! —exclamo.

Es casi como si me estuviera esperando, pues me agarra de la muñeca y, dándose la vuelta con agilidad, me agarra también de la otra. Por un instante permanece cara a cara conmigo, sujetándome las muñecas muy cerca de su pecho. Noto su calor, no sin asco.

—¡Ya basta! —digo—. ¡Suéltame!

Sigue un cierto número de movimientos que, en lo apresurado de ese instante, no acierto a discriminar, aunque sí podré hacerlo después, con la frialdad de la retrospectiva, estoy segura. Me sacude hacia delante y hacia atrás; los pies me fallan, me tambaleo de un lado a otro; he perdido el ritmo de mi propio cuerpo, se me sacude la cabeza, pierdo el equilibrio y sin embargo no se me consiente caer. Sé que estoy ridícula. Felizmente, al vivir aquí, en medio de ninguna parte, no es necesario mantener una falsa imagen delante de nadie, ni siquiera, se diría, delante de los criados. No estoy enfadada, aunque me castañetean los dientes: hay cosas peores que dar la cara por los débiles, hay cosas peores que recibir un buen rapapolvo, aunque no siento maldad por parte de este hombre cuyo apasionamiento es disculpable y cuyos ojos, de todos modos, tiene cerrados.

Trastabillo hacia atrás; Hendrik me ha soltado y vuelve sobre la moza, que a su vez se ha escabullido. Caigo pesadamente de culo, se me despellejan las palmas de las manos contra la gravilla, me vuela la falda, me siento aturdida y sin embargo contenta y dispuesta a más, quizá el único error a lo largo de estos años haya sido no haber tenido con quién jugar. La sangre me palpita en las sienes, en los oídos. Cierro los ojos: dentro de unos instantes volveré a ser la que soy.

143. Hendrik no aparece por ninguna parte. Me sacudo las ropas y el polvo se levanta en una nube. Se me ha desgarrado la faltriquera de la falda, y el llavero, con las llaves de la cochera, de la despensa y de los armarios del comedor, ha desaparecido. Busco por los alrededores hasta dar con las llaves y echo a caminar por el sendero de la escuela, tras Hendrik. Un acontecimiento sucede a otro y, sin embargo, el entusiasmo se desvanece, pierdo el impulso de antes, ni siquiera estoy segura de por qué sigo sus pasos, quizá mejor sería dejarlos en paz, que arreglen ellos sus cuentas pendientes, que hagan las paces a su manera. Pero no quiero estar sola, no quiero tener que ponerme a fregar la casa.

144. Hendrik se pone a cuatro patas sobre la muchacha, que está a su vez tendida en el camastro, como si estuviera a punto de hincarle los dientes en el cuello. Alza las rodillas para separarlo de sí; su vestido cae enrollado sobre sus caderas.

—No —le susurra, y yo lo oigo, detenida de pronto en el umbral de la escuela, tras haber descubierto primero el relumbro de sus muslos y sus pómulos, y después, cuando mi vista se adapta a las tinieblas del interior, todo lo demás. No, aquí no, que nos verá ella, seguro.

Las dos cabezas se vuelven al unísono hacia la silueta recortada en el umbral.

—¡Dios! —dice ella.

Baja las piernas, se baja la falda y se la alisa, se vuelve de cara a la pared. Hendrik se yergue de rodillas. Me sonrío, me mira. De su centro mismo sobresale lo que debe de ser su órgano, sólo que grotescamente mucho mayor de lo que debiera, a no ser que me equivoque.

—Ah, o sea que la señorita ha venido a mirar —dice.

145. Abro la puerta de la habitación del herido y me golpea de lleno un olor dulzón. La habitación parece apacible, está soleada y sin embargo reverbera un complejo, agudo zumbido. Hay centenares de moscas, moscas domésticas y comunes, aparte de esas moscas verdes de mayor tamaño, moscas borriquetas, cuyo cortante zumbido se sumerge en el zumbido general, de tal manera que la textura sonora de la habitación está repleta, es polifónica.

Los ojos de mi padre se han posado sobre mí. Sus labios forman una palabra que no acierto a oír. Me quedo quieta en el umbral, sin ganas de nada. No debería haber vuelto. Tras todas y cada una de las puertas me espera un nuevo horror.

La palabra brota de nuevo, inaudible. Me acerco de puntillas al lecho. El zumbido sube de tono, cada vez más agudo, al apartarse las moscas para franquearme el paso. Hay una mosca posada sobre el puente de su nariz; no cesa de limpiarse la cara. La aparto. Se eleva, traza un círculo y se me posa en el antebrazo. Podría pasarme el día entero así. El zumbido vuelve a espesarse.

«Agua» es la palabra que pronuncia. Asiento.

Subo las sábanas y observo. Está tendido sobre un mar de sangre y de excrementos que han empezado a coagularse. Vuelvo a encajarle las sábanas en las axilas.

—Sí, papá —le digo.

146. Le llevo el cuenco a los labios, sorbe ruidosamente.

—Más —susurra.

—Antes espera un poco —le digo.

—Más.

Bebe más agua y me agarra del brazo, en espera de algo, escuchando algo muy lejano. Sacudo la mano para apartar las moscas. Se pone a canturrear en una voz cada vez más alta, al tiempo que el cuerpo entero se le va poniendo rígido. Debería hacer algo para aliviar su dolor. La presión que ejerce sobre mi brazo me obliga a

agacharme. Cedo, me acuclillo junto a la cama; no estoy dispuesta a sentarme sobre la malsana humedad que mana del lecho. El hedor empieza a ser nauseabundo.

—Pobre papá —musito, y le pongo la mano en la frente. Le arde.

Bajo las sábanas se produce una líquida convulsión. Expele el aire de sus pulmones con un jadeo. No puedo soportarlo. Uno por uno, abro los dedos que me agarran el brazo, pero uno por uno vuelven a cerrarse. Aún le queda fuerza de sobra. Consigo desasirme y ponerme en pie. Abre los ojos.

—El médico no tardará en llegar —le digo.

El colchón es irrecuperable, habrá que quemarlo. Debo cerrar la ventana. También debo poner en su sitio las cortinas, pues el calor de la tarde, junto con el hedor, sería excesivo para cualquiera. No pienso hacer frente a más moscas de las que ya hay.

147. Las moscas, que debieran ser presa de un rapto de júbilo, hacen un ruido como si estuvieran contrariadas. Nada parece ser suficiente para ellas. En muchas leguas a la redonda han renunciado a las magras deposiciones de los herbívoros y se han lanzado como flechas sobre este ensangrentado festín. ¿A qué se debe que no canten? Tal vez lo que a mí me parece pura petulancia sea el ruido de un éxtasis de insecto. Tal vez toda su vida, de la cuna a la sepultura, por así decirlo, sean un único y prolongado éxtasis que yo no alcanzo a entender. Tal vez la vida de todos los animales sea un único y prolongado éxtasis interrumpido solamente en el momento en que saben a ciencia cierta que el cuchillo ha dado con su secreto y que no volverán a ver el sol que en ese preciso instante se ennegrece. Tal vez las vidas de Hendrik y de Klein-Anna sean puro éxtasis, y si no un éxtasis agudizado sí al menos una especie de plácido fluir de luminosidad, de los ojos a las yemas de los dedos, que yo no alcanzo a ver, interrumpido solamente en ocasiones tales como la noche pasada y esta mañana. Tal vez a fin de cuentas no sea tan raro el éxtasis. Tal vez si no hablase tanto y si me entregase más a las sensaciones podría entender algo mejor el éxtasis. Tal vez, por otra parte, si dejase de hablar cedería al pánico, perdería la presa que he hecho sobre el mundo que mejor conozco. Me sorprende que haya de enfrentarme a una elección que las moscas no se han visto obligadas a hacer.

148. Una tras otra caen las moscas bajo mi palmeta; unas erupcionan y se convierten en gotas de limo, otras pliegan las patas y mueren limpiamente, otras se ponen a dar vueltas encolerizadas, de espaldas, hasta que cae sobre ellas el golpe de gracia. Las supervivientes dan vueltas por la habitación, lejos de mi alcance, confiando en que tarde o temprano me canse. Sin embargo, he de tener la casa bien limpia, y en eso soy incansable. Si abandono esta habitación y cierro la puerta, si bloqueo la rendijas con trapos viejos, con el tiempo descubriré que también estoy dispuesta a renunciar a otras habitaciones, a abandonarlas, y luego otras, hasta haber

perdido la casona, hasta haber traicionado a sus fundadores, la techumbre hundida, las persianas aleteando, la obra de madera resquebrajada, los tejidos podridos, todo en manos de los ratones, tan sólo una última habitación intacta, una sola habitación y un corredor oscuro por el que habré de vagar noche y día, tanteando las paredes, esforzándome en nombre de los viejos tiempos por recordar las diversas habitaciones, el cuarto de los invitados, el comedor, la despensa, en la que una gran variedad de mermeladas esperan armadas de paciencia a que llegue su momento, selladas con cera, esperando a su resurrección, momento que nunca ha de llegar; luego, retirarme aturdida de somnolencia, pues hasta las viejas, hasta las locas, insensibles al frío y al calor, a pesar de alimentarse nada más que de aire, de las motas de polvo y de las telarañas, de los huevos de las pulgas, tienen que dormir tarde o temprano: retirarme, pues, a mi última habitación, mi propia habitación, en la que la cama está contra la pared y el espejo y la mesa en su sitio, en el rincón en el que, sosteniéndome el mentón con la mano, dejo correr mis pensamientos de vieja loca, el rincón en el que habré de morir, sentada, podrida, en donde las moscas me irán carcomiendo día tras día, por no hablar de los ratones y las hormigas, hasta quedar hecha un esqueleto blanco y pelado, sin nada más que dar al mundo, hasta poder estar en paz, con las arañas en las cuencas de los ojos, donde tejerán sus telarañas para cazar a quienes acudan al festín.

149. Aquí ha debido de interponerse un día. Donde figura ese espacio en blanco debe de haber pasado un día durante el cual mi padre ha enfermado ya de forma irreversible, durante el cual Hendrik y Klein-Anna han hecho las paces, pues en lo sucesivo están como antes, o si no exactamente como antes, sí vueltos hacia algo más triste, algo más sabio, de una manera que no consigo discernir. Tiene que haber mediado un día que de una forma u otra se me ha pasado por alto. Tal vez lo haya pasado dormida. Tal vez, después de haber acabado con todas las moscas haya agarrado una esponja y haya refrescado las sienes de mi padre hasta que me fue de todo punto imposible tolerar por más tiempo el hedor. Tal vez me acerqué al corredor en espera de que me llamase, tal vez allí me quedé dormida y soñé con la lluvia, con los pastos cubiertos de flores, flores blancas y violetas y anaranjadas, flores onduladas por el viento, hasta que a la caída de la noche desperté para dar de comer a las gallinas. Tal vez entonces, en tinieblas, con el cuenco del grano bajo el brazo, me haya quedado quieta, escuchando la brisa que agitaba las hojas de los árboles, tal vez haya mirado aletear a los murciélagos con las últimas luces, tal vez entonces haya sentido la arrasadora melancolía de quienes pasan los días en medio y medio de una belleza insoportable, a sabiendas de que un día han de morir. Tal vez haya rezado entonces, y no por vez primera, deseando morir tranquila y sin que me duela la tierra, como si fuese una flor o la más mínima mota en las entrañas de un gusano, sin saber. Creo muy probable que haya mediado tal día, estoy casi segura de haberlo pasado así,

desamparada ante el dolor de mi padre, deseosa de que desapareciera el dolor, adormilada, deambulando por el patio con el fresco de la noche, pensando cómo ha de ser todo cuando todos hayamos muerto. Hay, sin embargo, muchas otras maneras en que pude haber pasado el día, maneras que en modo alguno puedo ignorar. Yo podría haber sido la que intentó ayudarlo a levantarse de la cama, sin conseguirlo, por ser él muy pesado y muy liviana yo. Así se explicaría cómo terminó por morir tan hediondamente debruzado por uno de los costados del lecho, púrpura el rostro, saltones los ojos, con la lengua fuera. Tal vez quise apartarme del cenagal en que yacía. Tal vez quise llevármelo a otra habitación. Tal vez, debilitada, mareada, tuve que abandonarlo. Tal vez acuné su cabeza entre mis brazos y sollocé, diciéndole: «Papá, ayúdame, ayúdame, que yo sola no puedo». Tal vez cuando quedó bien claro que de ninguna manera habría podido ayudarme, que no tenía fuerzas, que ante todo le preocupaba lo que estuviese aconteciendo en su interior, tal vez entonces le dije: «Papá, perdóname, no lo hice adrede, te quiero, por eso lo hice».

150. Pero, a decir verdad, he de tener cautela con todas estas suposiciones. Sospecho que el día que faltó en el curso de los días yo no estaba allí; si así fuera, nunca podré saber cómo transcurrió ese día. Y es que cada vez parezco existir de forma más y más intermitente. Horas enteras, tardes enteras se me van sin sentir. Parezco estar cada vez más impaciente con el perezoso fluir del tiempo. En otro tiempo me habría dado con un canto en los dientes por colmar mis días de meditaciones; ahora, tras haber pasado por ese carnaval de acontecimientos, me siento del todo seducida. Como las hijas que habitan en las pensiones, me paso todo el rato sentada, tamborileando con las uñas en los muebles, a la escucha del tictac del reloj, a la espera de que suceda algo a continuación. Una vez viví en el tiempo como pez en el agua, respirando el tiempo, bebiéndomelo, sostenida por él. Ahora mato el tiempo como sea, y el tiempo me mata a mí. ¡Modales campesinos! Cuánto echo de menos los modales campesinos.

151. Me he sentado ante la mesa de la cocina, a esperar a que se me enfríe el café. De pie, conmigo, están Hendrik y Klein-Anna. Dicen que esperan a que les diga qué han de hacer, pero en eso no puedo ayudarles. En la cocina no hay nada que hacer, ya que nadie come nunca nada más. Lo que haya que hacer en la granja lo sabe Hendrik mucho mejor que yo. Tiene que salvaguardar las ovejas de los chacales y los gatos monteses. Tiene que aniquilar las garrapatas y las larvas y las moscas borriquetas. Tiene que ayudar a parir a las ovejas. Tiene que encargarse de que crezcan las verduras del huerto, tiene que resguardarlo de las plagas. En consecuencia, no es verdad que Hendrik y Klein-Anna estén aquí esperando órdenes. Están esperando a ver qué hago yo a continuación.

152. Me he sentado a la mesa de la cocina, a esperar a que se me enfríe el café. De pie, conmigo, están Hendrik y Klein-Anna.

—Cada vez huele peor —dice Hendrik.

—Sí, habrá que encender una hoguera —respondo.

Agradezco, en los momentos de duda y debilidad, contar con un ayudante en quien puedo confiar. Hendrik me mira a los ojos. Los dos nos proponemos lo mismo. Sonrío, y él sonrío también, una sonrisa súbita y sin ambigüedades, que deja al descubierto sus dientes y sus encías rosadas.

153. Hendrik me explica cómo puede desencajarse de la pared el marco entero de la ventana. Primero me enseña a levantar a desconchones el yeso, para ver dónde están los pernos que aseguran el marco a la pared. Me enseña a aserrar esos pernos con un serrucho. Sierra los cuatro que sujetan el bastidor del marco; el polvo y el serrín forman pirámides a nuestros pies. Luego fuerza el marco, dentro del cual las dos hojas de la ventana siguen fijas, y lo deja a un lado. Me explica cómo se nivelan los alféizares de las ventanas antes de poner los primeros ladrillos. Va colocándolos hasta terminar dieciocho hileras, y aplica el yeso encima. Me encargo de lavarle la llana y el cuezo. Le raspo los restos de yeso que se le han quedado en las uñas con un poco de vinagre. Pasamos la noche entera y el día siguiente esperando a que se seque el yeso. Anna nos trae café. Luego, encalamos la pared de nuevo. Quemamos la ventana. El vidrio se agrieta por acción del fuego. Terminamos por molerlo pisoteándolo.

154. Hendrik y yo subimos al desván. En medio de un calor sofocante, me enseña a embrear el suelo, de manera que las grietas que hay entre los tablones queden bien selladas. Cuido del fuego que calienta el balde de brea mientras él la aplica en las ranuras del suelo. A cuatro patas, salimos del desván.

155. Hendrik retira el pomo de la puerta y me enseña a embutir el calafate en las rendijas con un cincel romo. Tiende catorce hileras de ladrillos para tapiar la entrada. Yo mezclo el cemento, lavo sus útiles de faena. Le restriego las uñas. Arrancamos de la pared el antiguo papel pintado y volvemos a empapelar el corredor con papel que hemos encontrado en el desván. El antiguo marco de la puerta abulta bastante, pero optamos por ignorarlo.

156. Hendrik me enseña a serrar la mampostería. Utilizamos la sierra de cortar al hilo que cuelga de la pared del establo. Los dientes de esta sierra nunca se despuntan. Aserramos las paredes que unían el dormitorio a la casa. Se nos cansan los brazos y

sin embargo no cejamos ni un momento. Aprendo a escupirme en las manos antes de agarrar el mango de la tierra. Este faenar juntos nos une. El faenar ya ha dejado de ser prerrogativa de Hendrik. Aunque más débil, soy su igual. Klein-Anna sube por la escalera para traer sendas tazas de café y rebanadas de pan con mermelada. Reptamos por debajo de la casa para aserrar los cimientos. Nuestro sudor de honestidad brota al unísono en esa cálida oscuridad. Somos como dos termitas. En la perseverancia radica nuestra fuerza. Aserramos el suelo y el techo. Terminamos por desgajar la habitación de la casa. Luego empujamos la habitación para separarla. Lentamente se alza por los aires, una embarcación de ángulos desiguales que navega renegrida a la luz de las estrellas. Navega hacia la noche, hacia el espacio vacío se desplaza, torpemente, ya que carece de timón. En medio del polvo y de las deposiciones de los ratones, sobre un terreno en el que nunca ha dado de lleno el sol, la observamos.

157. Recogemos el cadáver y lo llevamos al cuarto de baño; Hendrik lo sostiene por los codos, yo por los pies. Le despojamos del camisón y de los vendajes que se han adherido a la piel. Lo sentamos en la bañera y le arrojamos por encima cubos y cubos de agua. El agua lo decolora; en la superficie de la bañera empiezan a flotar hilachas excrementicias. A uno y otro lado le cuelgan los brazos inertes; se le queda la boca entreabierta, los ojos miran al vacío. Tras media hora de empapado, le limpiamos las partes innobles. Le amarramos la mandíbula y le cosemos los párpados.

158. En el cerro que hay a espaldas de la casa, Hendrik apila la leña y le prende fuego. Arrojamus el camisón, las vendas, las sábanas y las mantas y el colchón a las llamas. Humean a lo largo de la tarde, colmando el aire de un olor a cuero y plumas quemadas.

159. Barro todas las moscas muertas que han quedado en la habitación, y la friego con jabón y con arena hasta que las manchas de sangre se tornan de un rosa pálido, apenas discernible sobre la tarima.

160. Llevamos la gran cama de matrimonio al establo entre los tres y la alzamos, tirando los tres de una misma esquina, para apoyada contra las vigas, donde la dejamos encadenada hasta el día en que pueda volver a ser necesaria.

161. Del desván bajamos un arcón en el cual introducimos todas las pertenencias del difunto, el traje de los domingos, las botas negras, las camisas almidonadas, el

anillo de bodas, los daguerrotipos, los diarios, los libros de asiento, el fajo de cartas atado con un badulaque rojo. Leo a Hendrik una de las cartas en voz alta: «Cuánto te echo de menos en estos tiempos...». Hendrik sigue el movimiento de mi dedo, con el cual le señalo las palabras. Supervisa los grupos de la familia y me entresaca sin ninguna duda, sin lugar al error, entre los otros niños, los hermanos y hermanas y los medio hermanos y medio hermanas que perecieron en diversas epidemias o que se fueron a la ciudad a hacer fortuna, de los cuales nunca más se volvió a saber. En las fotografías salgo con los labios cerrados, prietos, mohína, pero a Hendrik no le importa. Cuando hemos terminado, metemos todos los papeles y echamos el cierre al arcón; lo subimos luego al desván, en espera del día de la resurrección.

162. Plegamos los verdes cortinajes y los embutimos en un cajón; fabricamos unas cortinas nuevas con un tejido gris, estampado de flores, que por casualidad hemos encontrado en el desván. Hendrik permanece sentado mientras me ajeteo en la máquina de coser, mientras mis dedos ágiles guían las costuras. Colgamos las cortinas nuevas, que dan a la habitación una cierta frescura sin restarle luminosidad. Sonreímos ante nuestro empeño. Klein-Anna trae café.



## II

163. Hendrik y Klein-Anna esperan de pie a que les dé nuevas instrucciones. Agito los posos de mi taza de café. Va a ser un día difícil, les digo, un día en el que habrá que esperar. Las palabras acuden reacias a mis labios, claquetean en mi boca y terminan por salir pesadamente, como las piedras. Hendrik y Klein-Anna esperan pacientes. Por el norte se acumulan las nubes, les digo; tal vez vaya a llover, tal vez en el plazo de unos días los pastos estén renovados y reverdecidos, tal vez florezcan de nuevo los arbustos marchitos, y las langostas, que han pasado el invierno adormecidas, se abran paso desde sus escondrijos en el suelo y empiecen a saltar en busca de alimento, seguidas por enjambres de pájaros. Debemos andarnos en general con mucho ojo, les digo, con la reanimación de la vida de los insectos que suele suceder a las lluvias y a la floración de los pastos. Los pájaros son nuestros aliados, les digo, los pájaros y las abejas, pues también las abejas son depredadoras. Hendrik me escucha con el sombrero entre las manos, mirándome no a los ojos, sino a estos labios míos con los que he de luchar a brazo partido para poder pronunciar cada sílaba. Tengo los labios fatigados, le explico, y quieren descansar; están cansados de todo lo que han tenido que articular desde la más tierna infancia, desde que les fue revelada la existencia de una ley, desde que supieron que ya no podían sencillamente entornarse para dejar paso al largo «aaaaa» que, la verdad sea dicha, siempre les había resultado más que suficiente, expresión más que holgada para colmar las necesidades que tuviesen que expresar, o bien cerrarse sobre el largo y satisfactorio silencio al que un día, lo prometo, habré de retirarme. Me agota la obediencia a esta ley, intento decirlo, cuyo sello pesa sobre mí en los intersticios que separan unas palabras de otras, en los silencios o las pausas, y en las articulaciones que se asientan en esa guerra de sonidos, la *b* contra la *d*, la *m* contra la *n*, etcétera, así como en otros lugares en los que sería excesivo mi cansancio, tanto que de ninguna manera podría emprender su búsqueda, ni siquiera aun cuando tuviese la sensación de que me entienden, cosa que dudo, ya que ni siquiera se saben de memoria el alfabeto. La ley ha hecho presa en mi garganta, lo digo y no lo digo, invade mi laringe, posa una mano sobre mi lengua y la otra sobre mis labios. ¿Cómo podré decir, digo yo, que éstos no son los ojos de la ley, que los ojos que miran desde detrás de mis ojos no son los ojos de la ley, o que la mente de la ley no es la que ocupa el interior de mi cráneo, dejándome tan sólo el espacio suficiente para la intelección precisa de cara a la pronunciación de estas dudosas palabras, si es que soy yo quien las pronuncia, si es que no soy yo quien detecta sus falacias? ¿Cómo podré decir que no es la ley la que se halla en su plenitud en mi interior, sus pies en mis pies, sus manos en mis manos, su sexo alicaído a través de mi agujero, o que cuando haya tenido la ocasión de hacer este pronunciamiento los labios y los dientes de la ley no empezarán a recomerme

para salir de esta concha que la encierra, hasta plantarse ante vosotros, una ley sonriente y triunfante de nuevo, cuya piel reblandecida se endurezca al contacto con el aire, mientras yo quedo tendida, desmadejada, arrugada, abandonada en el suelo?

164. Nos hallamos en el corredor en penumbra ante la única puerta que, hasta donde mi memoria alcanza, siempre ha estado cerrada. ¿Qué se guarda en esa habitación cerrada?, le preguntaba de vez en cuando a mi padre. No hay nada ahí dentro, tenía a bien contestarme, no es más que un cuarto trastero, ahí no hay más que muebles estropeados, aparte de que la llave se ha perdido. Ahora le digo a Hendrik que abra esa puerta. Con un escoplo, hace saltar la cerradura. Luego golpea la puerta con su martillo pilón hasta que la jamba se astilla y se abre, movida por un resorte. Del suelo se levanta una nube de polvo fino. Huele a ladrillos fríos, hastiados. Klein-Anna trae una lámpara. En una esquina vemos doce sillas con asientos de mimbre perfectamente apiladas. Vemos un armario ropero, una cama estrecha, una jofaina. La cama está cuidadosamente hecha. Doy una palmada sobre la colcha y se eleva una polvareda. Por todas partes abundan las telarañas. Ha hecho una habitación ciega, sin ventanas, le digo a Hendrik.

165. El armario está cerrado con llave. Hendrik hace saltar el cerrojo con su navaja de bolsillo. Está lleno de ropa, de ropa triste, noble, perteneciente a tiempos pasados, una ropa que me encantaría ponerme. Saco un vestido blanco de manga larga y cuello alto y lo coloco sobre Klein-Anna. Deja la lámpara en el suelo y se alisa el vestido contra el cuerpo. La ayudo a desvestirse. La despojo de sus viejas ropas y las doblo sobre la cama. Ella baja la mirada. La luz relumbra sobre sus flancos bronceados, sobre unos pechos para los cuales de nuevo me quedo sin palabras. Se me acelera el pulso cuando se embute el vestido por la cabeza y se abrocha los botones a la espalda. No lleva ropa interior.

166. Aunque los zapatos le quedan muy estrechos, Klein-Anna insiste en probarse un par. Se los pongo, pero dejo sin atar los cordones. Con cierta torpeza se pone en pie y pasea de un lado a otro. Nos hace seguida desde el cuarto de las sorpresas hasta el porche. Se pone el sol, el cielo es un tumulto de anaranjados, de rojos, de violetas. Por el porche se pavonea Klein-Anna tratando de domar los zapatos. Si pudiéramos alimentarnos de estos crepúsculos, digo, estaríamos todos ahítos. Me coloco al lado de Hendrik, mirando. Hendrik se ha despojado de su arcaica rigidez. Su brazo me roza el costado. No parpadeo, ni me aparto tampoco. No carece, ni mucho menos, de sentido que desee susurrarle alguna cosa al oído, algo amable y afectuoso, alguna lindeza acerca de Anna, ni que quiera volverme hacia él, que él se incline sobre mí, que por un instante me encuentre en esa bolsa de aire que constituye su espacio

privado, el espacio que, cuando se encuentra muy quieto, como ahora, colma de su propio aliento y de sus propios olores, que de pronto me encuentre conteniendo la respiración mientras diga lo que haya de decir, que respire el mismísimo aire de Hendrik con receptividad absoluta, atenta al almizcle, el sudor, el humo que otrora tanto me asquease. Así, después de todo, es como huele la gente campesina que ha trabajado de firme y con honradez, sudorosa, bajo el calor del sol, cocinando los alimentos que han cultivado o que han matado sobre una hoguera que han encendido con sus propias manos. Quizá, me digo, también yo termine por oler así, siempre que pueda cambiar mis costumbres. Se me suben los colores por mi propio olor, un olor escueto, el olor de una mujer desusada, punzante por la histeria, como las cebollas, como los orines. ¿Cómo iba a desear él enterrar la nariz en mi sobaco, así como tanto deseo yo enterrar la mía en el suyo?

167. Klein-Anna se da la vuelta cuando da por concluido su pavoneo y nos dedica una sonrisa. No detecto ni rastro de celos. Sabe bien hasta qué punto le pertenece Hendrik. Duermen juntos, como marido y mujer. Tienen sus secretos conyugales. En la cálida oscuridad, yacen el uno en brazos del otro, hablan de mí. Hendrik cuenta cosas entretenidas, Anna ríe entre dientes. Él le habla de mi vida solitaria, de mis caminatas solitarias, de las cosas que hago cuando no me mira nadie, de cómo hablo yo sola, de cómo gesticulo y agito incluso los brazos. Parodia mi enrevesado farfullar. Luego le cuenta el miedo que le tengo, las palabras que le digo de lejos y con aspereza, el tufo del miedo que nota que se desprende de mí. Le cuenta qué hago a solas, en la cama. Le dice cómo deambulo por la casa entera, de noche. Le cuenta lo que sueño. Le cuenta lo que necesito. Le explica que necesito un hombre, que necesito que alguien me deje preñada, alguien que me haga mujer. Soy una niña, le dice, a pesar de mi edad; soy una niña avejentada, una niña vieja y siniestra y repleta de jugos podridos. Alguien debería hacerme mujer, le dice, alguien debería abrir en mis carnes un agujero para que manasen todos esos jugos viejos y estancados. ¿Debo ser yo el que lo haga, le pregunta; debo ser yo el que se cuele por la ventana una noche y yazga con ella, el que la haga mujer y el que desaparezca antes del amanecer? ¿Crees que me lo consentiría? ¿Fingiría que todo ello no ha sido más que un sueño y me dejaría hacer, o bien sería necesario forzarla? ¿Podría abrirme camino entre esas piernas nervudas? ¿Llegaría ella a perder la cabeza, se pondría a chillar como una posesa? ¿Tendría que amordazarla? ¿No estará acaso tan prieta y tan reseca, tan impenetrable al fin como el cuero? ¿No sucederá, acaso, que al abrirme camino hasta ese agujero polvoriento me encuentre hecho papilla bajo una mortífera, huesuda inmovilización? ¿O es posible que a fin de cuentas sea suave, blanda, como es blanda y suave una mujer, como lo eres tú, sobre todo aquí? Y Anna jadea en la oscuridad, abriéndose a su hombre.

168. Klein-Anna se da la vuelta cuando da por concluido su pavoneo y nos dedica una sonrisa. Está feliz, conoce perfectamente aquello que yo tanto ansío, no le importa. Me encantaría pasear con ella, cogidas las dos del brazo, un sábado por la noche, vestidas con los vestidos más alegres, susurrando y riendo como una jovencita, pavoneándome ante los hombres del campo. Me gustaría que ella me contase, en un tranquilo rincón, los grandes secretos de la vida; que ella me dijese qué hay que hacer para estar hermosa, para cazar a un marido, para complacer a un hombre. Cuánto me gustaría ser su hermana menor, qué tarde lo he empezado todo en esta vida, todos los años que he dejado atrás son como un letargo, todavía no soy más que una niña pequeña e ignorante. Cuánto me gustaría compartir una cama con ella, y cuando ella llegase de puntillas a medianoche verla con los ojos entornados desnudarse, y dormir toda la noche acurrucada contra su espalda.

169. —Esta noche no podré dormir sola —les digo. Los dos tendréis que venir a dormir a la casa grande esta noche.

Estas palabras han brotado sin premeditación. Me siento alegre. Así debe ser como hablan los demás, con el corazón en la mano.

—Venga, nada tenéis que temer, os aseguro que no hay fantasmas.

Se buscan mutuamente los ojos, sopesando mis razones, enviándose el uno al otro mensajes que encubre el crepúsculo y que yo no puedo detectar. Hendrik se ha apartado de mi lado, he quedado fuera de su bolsa de calidez. ¿Se ha dado cuenta de la profundidad que nos separa?

—No, señorita —murmura. Creo que lo mejor será que nos vayamos a casa. Me fortalezco a medida que él se debilita.

—De ninguna manera. Quiero que vosotros dos durmáis aquí, solamente esta noche. Si no, estaré sola en la casona. Podemos preparar una cama para vosotros con un jergón en la cocina, será de lo más acogedor. Ven, Anna, ven conmigo y ayúdame.

170. Hendrik y Anna se hallan de pie, junto a su cama, en espera de que yo me retire.

—Acordaos de apagar la luz antes de acostaros —digo. Ah, Anna, por favor: encárgate de que el fuego esté encendido mañana por la mañana. Buenas noches, Hendrik; buenas noches, Anna. —Soy la brusquedad en persona.

—Buenas noches, señorita.

171. Cuando han dispuesto de tiempo de sobra para acomodarse, regreso y pego el oído a la puerta. Estoy descalza, si los escorpiones que andan al acecho deciden ir a por mí, adelante. No oigo nada en absoluto, ni un murmullo, ni un roce. Si contengo

la respiración, es que ellos también contienen la respiración. ¿Cómo puedo fiarme de que voy a engañarlos, si son campesinos que oyen el trote del caballo a tres kilómetros de distancia, solamente a través de las plantas de los pies y las yemas de los dedos?

172. Me tiendo en la cama y espero. Suena el tictac del reloj, pasa el tiempo, no viene nadie. Me duermo y no sueño. Sale el sol. Me despierto, me levanto, me visto. La cocina está vacía, la ropa de cama doblada, el fuego encendido.

173. Avanzo por el sendero polvoriento hasta más allá de los tres espinos; atravieso uno de los rincones de las tierras, camino del cementerio. La mitad del cementerio, rodeada por vallas bajas y pintadas de blanco, es para los miembros de las dinastías que han cultivado estas tierras, enterrados ahora bajo el esquisto con sus escrituras y losas grabadas. La otra mitad está más densamente poblada por túmulos de sus pastores y criadas, de los hijos de éstos. Camino entre las piedras hasta llegar al sepulcro que he señalado, el sepulcro de una persona de cuyas idas y venidas en este mundo nada sé, una persona a la cual no debo ningún pío respeto. Junto a la losa de granito desgastado se halla la boca de un túnel que penetra la tierra. En el sepulcro de este muerto, un puerco espín, que tal vez también haya muerto hace varias generaciones, excavó su hogar, una madriguera en la que dormir, en la que alimentar a sus crías.

174. Hendrik está sentado con su joven esposa en el banco, a la sombra de la casamata. Es domingo.

—Hendrik, coge un pico y una pala y ven conmigo al cementerio, por favor. Anna, mejor será que tú te quedes aquí.

175. Hendrik no puede desplazar la losa él solo. Es tarea que costaría mucho esfuerzo a cuatro hombres juntos, según dice. Despedaza la tierra alrededor de los tres bordes empotrados, pero la piedra no se mueve ni un milímetro.

—A ver si puedes abrir este lado. Haz más grande el agujero, tan grande como la misma longitud de la piedra.

—Señorita, éste es un agujero de puerco espín; ahí no hay más que una madriguera.

—Haz lo que te digo, Hendrik.

Hendrik faena duramente mientras yo doy vueltas a su alrededor. El sepulcro está asentado sobre piedras y tierra suelta, las capas están quebradas, no es difícil avanzar la excavación, por eso ha preferido vivir ahí el puerco espín, cerca de los campos de alfalfa.

Cuando Hendrik ha ampliado la entrada del túnel, tal como esperaba, vemos la madriguera, una cámara de considerables dimensiones, redonda. Aunque me tumbo boca abajo y me cubro los ojos, el resplandor del sol es tan intenso que no me permite ver esa covacha.

—¿Qué profundidad tiene el agujero, Hendrik? Tienta con la azada, no quiero perturbar el descanso del muerto.

—Es grande, señorita, pero no demasiado; los puercos espinos suelen hacer una cámara de buen tamaño, como ésta, y nada más.

—¿Y cabría una persona, Hendrik?

—Sí, señorita; tiene la profundidad necesaria para que quepa una persona.

—Más que nada para aseguramos, muéstrame que sí que cabe una persona.

—¿Yo? No, señorita; a mí aún no me ha llegado la hora de meterme en la tumba. —Se echa a reír pero no está dispuesto a ceder, quieto, con el sombrero inclinado sobre el cogote.

176. Me recojo la falda en torno a las rodillas e introduzco las piernas en el agujero. Me interno en la oscuridad.

Hendrik se apoya en la azada, mirándome. Estoy dentro del todo. Procuero estirarme, pero no puedo extender más las piernas.

Me arrebujo en la frescura de la tierra y me aparto de la luz. Tengo el pelo lleno de tierra. Cierro los ojos para disfrutar mejor de la oscuridad. Rebusco en mi corazón y no encuentro razón alguna que me lleve a salir a la luz. Podría hacer de este agujero un segundo hogar. Podría hacer que el propio Hendrik me trajese alimentos. No necesitaría gran cosa. De noche siempre podría salir a estirar las piernas. Quizá, con el tiempo, aprendería a aullar a la luna llena, a rondar la granja adormecida en busca de despojos. No encuentro razón alguna por la que deba abrir los ojos de nuevo.

—Sí —le digo a Hendrik. Tengo la voz espesa, mis palabras me retumban en la cabeza—. Sí que cabe. Ayúdame a salir.

Se apoya con las manos en el suelo, viendo la boca de su dueña moverse en las sombras del agujero.

177. El cadáver yace ya listo en el cuarto de baño, envuelto en una lona gris, recosido. He oído decir que en el mar se da la última puntada a través de la nariz, para cerciorarse, pero no consigo convencerme de hacerlo. No he llorado al cumplir mi tarea y no porque tenga endurecido el corazón. Alguien tiene que lavar el cadáver, alguien tiene que abrir la sepultura en la tierra.

178. Salgo al porche y llamo con voz potente:

—¡Hendrik!

Hendrik surge de su rincón a la sombra y cruza el patio.

—Hendrik, por favor, coge la carretilla y déjala a la puerta de la cocina.

—Sí, señorita.

Cuando vuelve a la puerta de atrás, descubre que le estoy esperando.

—Ayúdame a transportar el cadáver.

Me observa, dubitativo. Éste es el momento en que se muestra esquivo, acoquinado. Pero estoy preparada.

—Hendrik, quiero hablarte con toda franqueza. Ya no podemos seguir esperando. Hace calor, es preciso enterrar al baas. Solamente podemos hacerlo tú y yo. Es más, yo sola no puedo hacerlo, me resultara imposible, y de ninguna manera quiero que interfiera ningún desconocido. Se trata de un asunto de familia, de una cuestión privada. ¿Entiendes bien lo que te estoy diciendo?

—¿Y un cura? —tartamudea, le gana la incertidumbre, no causará problemas.

—Venga, Hendrik, no tenemos tiempo que perder. Ayúdame a llevarlo.

Me doy la vuelta y él me sigue.

179. Levantamos el fardo, él por la cabeza y yo por los pies, y lo sacamos de la casa, nos da de lleno la luz del sol. No hay nadie que pueda vernos. Jamás ha habido nadie que pueda ver lo que aquí se cuece. Estamos fuera de la ley, y por lo tanto vivimos únicamente en consonancia con la ley que reconocemos en nosotros, de acuerdo con nuestra voz interior. Mi padre se reclina en la carretilla, preparado para dar un último paseo por sus dominios. Empujamos la carretilla por el camino del cementerio; Hendrik es el que la empuja, yo me ocupo de que el fardo no se salga por uno u otro lado.

180. Hendrik no está dispuesto a tener nada que ver con el enterramiento.

—No, señorita, no —dice una y otra vez, al tiempo que retrocede y niega con la cabeza.

Empujo y tiro de la carretilla hasta situarla bien cerca del agujero. Si se me da el tiempo necesario, soy capaz de hacer todo lo que pueda hacer un hombre. Agarro los tobillos por debajo del brazo y me esfuerzo por bajar el fardo. La carretilla vuelca de costado, me aparto de un salto y el cadáver resbala, boca abajo.

—¡No te quedes ahí parado! ¡Ayúdame! —le chillo. ¡Maldito mentecato, es toda culpa tuya, tuya y de tu puta! —Me marea la rabia. Se da la vuelta, se encasqueta bien el sombrero y se dispone a marcharse. ¡Basura! ¡Cobarde! —le grito. Con los desgarrados movimientos de una mujer le arrojo una piedra. No le alcanzo. No hace el menor caso.

181. Las caderas son tan anchas que no caben por la boca del agujero, el cadáver

no se desliza de costado; es imposible enderezar las rodillas dobladas a causa de la lona. Una de dos: o ensancho el agujero o desgarró la lona y abro el fardo. Odio tener que destruir un trabajo bien hecho. No he traído ni un cuchillo ni una pala. Desmenuzo la tierra con un pedrusco, pero apenas consigo mellar los bordes. Debería haber atado la lona con varios cordeles; tal como está ni siquiera puedo agarrada en condiciones. Me quedo sin fuerza en los dedos.

182. Cuando vuelvo provista de una pala ya han llegado las moscas, un enjambre de moscas que gravita sobre el fardo grisáceo, zumbando en el aire, impacientes por que me vaya otra vez. Agito los brazos. Ya es avanzada la tarde. Hay que ver cómo pasa el tiempo cuando una está ajetreada. La pala no tiene la mejor forma, está hecha para desplazar tierra suelta, y a mí me hace falta una herramienta que hienda la tierra. Utilizo el filo para dar golpes en la boca del agujero; de cuando en cuando saltan chispas de la losa. Me cubro de suciedad, pero por fin consigo ensanchar el agujero una o dos pulgadas.

Una vez más, el cadáver pasa hasta la altura de las caderas y vuelve a quedarse atascado. Me arrodillo, empujo con todas mis fuerzas. Me lío a darle patadas con los dos pies. Se gira levemente y por fin pasan las caderas. Empujo el torso, levantándolo, haciéndolo rotar, hasta que los hombros quedan igualados al nivel del suelo. Por fin pasan también los hombros y la cabeza, pero las rodillas y los pies parecen negarse en redondo a avanzar ni una pulgada más, pues el suelo del agujero se hace más empinado y luego sube un poco. El problema no está en las rodillas, ahora me doy cuenta, sino en la columna vertebral, que de ninguna manera se presta a la más mínima flexión. Me afano con todas mis fuerzas bajo la gloria carmesí del sol crepuscular, dando puntapiés a los hombros, primero por el derecho, luego por el izquierdo, sin sacar nada en claro. Tendré que volver a sacado íntegramente, abrir a dentelladas si es preciso la lona y amarrar los tobillos a los muslos para reducir la longitud del cadáver. Me pregunto si las rodillas cederán aún a semejante flexión. ¿Tendré que sajar los tendones de las rodillas? Un enterramiento así es un completo error. Tendría que haber quemado el cadáver a la vez que quemamos el colchón, haberme marchado después a dar un paseo por los pastos, para no tener que soportar el hedor. Tendría que haber excavado una tumba nueva en el lecho del río, o en el huerto, donde la tierra es más blanda. Si no, debería haber aprovechado uno de esos túmulos más humildes. ¿Qué importancia tiene cuál sea su lugar de reposo? Si me empeño en meterlo en este sepulcro no hay otra manera que tirar de él, meterme yo primero y tirar de él tras de mí. Y estoy agotada. No creo que consiga terminar antes que caiga la noche. Durante mi vida entera siempre me ha sobrado el tiempo, he tenido más tiempo del que hubiese deseado, demasiado tiempo; he jadeado por el aliento vital en el escueto medio del tiempo. Las prisas me son desconocidas, me repele el olor a pánico que detecto en mi sudor. No soy ni una diosa ni una bestia,



¿por qué he de hacerlo todo yo sola, hasta las cosas más nimias; por qué he de vivir esta vida que me ha tocado sin la menor ayuda? No encuentro ánimo para desgarrar la lona y hacer frente de nuevo, en plena oscuridad, a la carne endulzada que me engendró. Pero si no lo entierro ahora, ¿podré enterrarlo alguna vez? Tal vez simplemente debiera irme a la cama y esperar a que llegue el día y pase, a que llegue y pase el día siguiente y el siguiente, tapada la cabeza con la almohada, mientras ese fardo queda al sol, las moscas revolotean y zumban a su alrededor y las hormigas se introducen dentro de él, hasta que reviente y se deshaga en negros fluidos; seguir esperando hasta que haya concluido su pasión, hasta que no sea sino un amasijo de huesos y pelos, hasta que las hormigas hayan acabado con todo lo que valiera la pena y se hayan ido a otra parte; y entonces, si las costuras han podido aguantar, levantarme por fin de la cama, recoger el fardo y arrojarlo a la madriguera del puerco espín, por fin libre de él.

183. El fardo, de nuevo extraído del hoyo, yace como una enorme larva grisácea junto al sepulcro, y yo, su madre incansable, llevada por el instinto, me afano una vez más por guardarlo en ese lugar seguro que he escogido, aunque no sepa para qué hibernación, con qué alimentos, hacia qué metamorfosis, a menos que haya de convertirse en una enorme polilla grisácea que aletee al amanecer hacia las luces encendidas de la casa, tropezando con los murciélagos aterrados, aserrando el aire con las alas, la mancha en forma de calavera reluciente entre el pelo del nacimiento de las alas, abiertas las mandíbulas de par en par, caso de que las polillas estén provistas de mandíbulas, para hacer presa en su víctima. Introduzco primero la cabeza en el hoyo, pero de nuevo se resiste la columna vertebral a todo intento de flexión, se niegan los muslos a pasar por la boca del agujero. Los lebreles de la lógica me acosan.

184. Se espesa la luz, se posan los pájaros para pasar la noche. Si me quedo quieta un instante alcanzaré a oír el ruido que hace Hendrik con la cántara de leche sentado junto a la vaca. Su mujer le espera junto al hogar. En todo este ancho mundo no hay más que dos seres que no tienen dónde apoyar la cabeza.

185. Me introduzco en la oscuridad del hoyo. Han salido las primeras estrellas. Agarro los pies del fardo y tiro. El cadáver se desliza fácilmente hasta los muslos. Elevo los pies, separándolos del suelo, y tiro otra vez. Se desliza hasta los hombros. La embocadura del hoyo queda bloqueada, me encuentro en la más negra oscuridad. Elevo los pies por encima de mis rodillas, abrazo el fardo a la altura de los hombros y tiro por tercera vez. Entra la cabeza, aparecen de nuevo las estrellas, he terminado. Trepo por encima del cadáver y salgo al aire libre. Qué pena no haber aprendido más

nombres de estrellas que la Cruz del Sur. Debo descansar, esta noche no podré rellenar de tierra el hoyo, tendrá que hacerla Hendrik por la mañana. Tendrá que traer la arena del lecho del río, en la carretilla, pues no hay otro modo de hacerla, y rellenar la embocadura de piedras, hasta recomponer la superficie con un mínimo de decencia. Yo he cumplido con mi parte. Temblorosa, exhausta, emprendo el camino de vuelta a casa.

186. De buenas a primeras, ya es por la mañana. Parece ser una de mis facultades saltarme días enteros o noches enteras, como si no hubiesen transcurrido. En la cocina desierta, me estiro y bostezo. Aparece Hendrik en el umbral. Nos saludamos con decoro.

—Señorita, he venido a preguntarle... es que todavía no hemos cobrado.

—¿Que no habéis cobrado?

—No, señorita, todavía no se nos ha pagado. —Me dedica su mejor sonrisa, como si de pronto hubiese encontrado una fuente de júbilo eneguedor en lo que nos estamos diciendo. ¿A cuento de qué se encuentra tan feliz? ¿Acaso cree que puedo devolverle idéntica amistad?—. Mire, señorita, es tal que así. —Se acerca, va a explicarse, no se da cuenta de cómo me retraigo—. El viernes fue primero de mes. Por eso, el lunes debiéramos haber cobrado todos los que trabajamos en la granja. Sólo que el baas no nos ha pagado. Por eso estamos esperando, señorita.

—¿El baas no os ha dado nada en absoluto?

—No, señorita; no nos ha dado nada del dinero que nos corresponde.

—Sí, lo sé, pero no estamos hablando únicamente de dinero. ¿Qué me dices del brandy que te dio el baas? ¿Qué me dices de Klein-Anna, eh? ¿Y todos los regalos que le hizo? Esos regalos cuestan dinero, ¿o no? El baas os ha dado toda clase de cosas, y ahora vienes a pedirme dinero. Pues no, señor, para la gente como vosotros yo no tengo dinero.

¡Problemas, siempre hay problemas! ¿Qué sé yo del dinero? En toda mi vida apenas he tocado una moneda más grande que un chelín. ¿Dónde voy a poner yo las manos encima del dinero? ¿Dónde lo guardaba mi padre? ¿En un agujero del colchón, empapado de sangre, quemado, hecho ceniza? ¿En una lata de tabaco, bajo uno de los tablones de la tarima? ¿Bajo llave, en la oficina de correos? ¿Cómo voy a apoderarme yo del dinero? ¿Llegó a hacer testamento? ¿Me lo dejó a mí o se lo dejó a sus hermanas y hermanos, a los primos de los que nunca he oído ni palabra? ¿Cómo voy a averiguarlo? Y, además, ¿quiero yo apoderarme de todo su dinero? ¿Acaso necesito dinero, si puedo vivir feliz y contenta comiendo solamente calabazas? Y si yo soy tan simple que no necesito dinero, ¿para qué lo quiere Hendrik? ¿Por qué tiene siempre que venir a molestarme, por qué me incomoda?

—Nosotros hemos hecho nuestro trabajo, señorita. —La sonrisa ha desaparecido, está casi rígido de ira. Ahora es preciso que cobremos. El baas siempre nos ha

pagado. Siempre.

—¡No se te ocurra quedarte ahí parado repitiéndome las cosas! —y es que también yo tengo mis propias fuentes de cólera. ¿Cuál es el trabajo que dices que habéis hecho? ¿Qué trabajo es el que dices que hace esa tal Anna, eh? ¿Qué trabajo hiciste ayer por la tarde, cuando tuve que enterrar al baas yo sola? No me vengas a mí con cuentos, ni me hables de trabajo; aquí yo soy la única que trabaja. ¡Lárgate, que no tengo ningún dinero que darte!

—Muy cierto: si la señorita dice que me vaya, entonces me tengo que ir.

En realidad me está amenazando a la sobria luz del día. Debe de haber venido con su sonrisa en los labios para ponerme a prueba, para ver qué es capaz de sacarme, convencido de que, como estoy sola y soy ridícula, también debo ser débil y temerosa. Y ahora me amenaza, convencido de que va a ponerme nerviosa.

—Escúchame bien, Hendrik, y no me malinterpretes. No te doy ningún dinero porque no tengo dinero. Si quieres, puedes marcharte, pero si esperas, prometo conseguir tu dinero, sacar de donde sea todos y cada uno de los peniques que hayas ganado. Así que toma una decisión.

—No, señorita, lo entiendo. Si la señorita dice que debemos esperar, entonces debemos esperar, siempre que la señorita nos prometa darnos nuestro dinero. Seguiremos adelante y tomaremos lo que es nuestro, nuestra oveja para la matanza.

—Muy bien, toma tu oveja. Pero no hagas matanza para la casa hasta que yo te lo ordene.

—Sí, señorita.

187. El suelo reluce como no había relucido nunca mientras estuvo al cuidado de los sirvientes. Los pomos de las puertas resplandecen, las ventanas centellean, el mobiliario destella. Hasta el último rayo de sol que entra en la casa se refleja interminablemente, de superficie brillante en superficie más brillante aún. He lavado con mis propias manos todas las piezas de lino; las he tendido a secar, las he planchado, las he doblado, las he guardado en su sitio. Me duelen las rodillas de tanto arrodillarme ante la bañera; tengo las manos despellejadas de tanto restregar contra la tabla. Me duele la espalda, se me va la cabeza cuando me pongo en pie. El aire huele a cera y a aceite de linaza. El polvo de los siglos, el polvo de la parte superior de los armarios, el polvo de las colchas, todo el polvo lo he barrido. En el desván no queda ni una mota de polvo. He puesto en fila los armarios y las cómodas, llenos de enseres que ya no voy a necesitar; relucen los tiradores y los cierres. He puesto mi casa en orden hasta el último alfiler, y lo he hecho yo sola. Acto seguido, la granja. Uno de estos días, si es que no se han ahogado, habrá que esquilar a las ovejas. Si Hendrik se niega lo haré yo misma, mi energía es ahora ilimitada; me pondré una boina para protegerme del sol y saldré con las cizallas, cogeré las ovejas una a una por las patas traseras y las atraparé entre las rodillas, para esquilarlas una a una, día a día, hasta

haber completado la faena... y que la lana se la lleve el viento, ¿a mí qué más me da? O tal vez conserve una parte para rellenar un colchón, para poder tenderme de noche, sobre esa calidez aceitosa. Si no consigo capturar a las ovejas, lo cual no es improbable (no tengo perro que las cuide, pues los perros gruñen y se esconden cuando les llamo, no les hago ninguna gracia, no les gusta, y debe de ser por el olor), entonces no habrá nada que hacer, que perezcan las ovejas, que yazgan jadeantes y sudorosas por los pastos, como bodas ocres, asquerosas, hasta que su creador quiera llevárselas consigo. En cuanto a los molinos, los molinos seguirán triturando el grano día y noche, son fieles, no tienen ideas, no les importa el calor. Las presas están a punto de rebosar. Hendrik sigue regando las tierras, lo he visto de noche. Cuando termine, por puro aburrimiento, por pique con él, seguiré haciéndolo yo. Necesito los frutales y el huerto. Por lo demás, la cebada se puede marchitar, la alfalfa se puede secar. La vaca se está secando, pero la vaca se puede morir.

188. Entre ellos y yo se encuentra el cauce del río seco. Ya no vienen nunca a la casa, no tienen ocasión de hacerlo. No les he pagado. Hendrik sigue ordeñando a la vaca y regando las tierras. Anna se queda en casa. A veces, desde el porche o desde una ventana, vislumbro su pañoleta escarlata, que cabecea por el lecho del río. Los viernes por la noche Hendrik viene a ponerse un café con azúcar, carne y alubias que ha cogido de la despensa. Lo observo cruzar una y otra vez el patio.

189. Las gallinas se han asilvestrado, pasan la noche encaramadas a las ramas bajas de los árboles. Una por una, van acabando con ellas los gatos monteses. Anoche se perdió una nidada de pollos. Los alimentos empiezan a escasear. No he descubierto ningún dinero. Si está guardado en la oficina de correos, entonces no tengo posibilidad de apoderarme de él. Quizá se haya quemado, en realidad. Quizá no haya más dinero a menos que esquile a las ovejas y venda la lana. En cuyo caso no habrá más dinero.

190. Así no se puede vivir.

191. Incapaz de conciliar el sueño, deambulo por la casa a la hora de la siesta. Palpo las extrañas ropas que hay en la habitación cerrada. Me observo en el espejo e intento sonreír. El rostro del espejo sonrío débil, penosamente. No ha cambiado nada. Sigo sin gustarme. Anna puede ponerse estas ropas, pero yo no. Por haber vestido de negro tanto tiempo, he terminado por convertirme en una persona de negro ánimo.

192. Hendrik mata una oveja todas las semanas. Ésa es su manera de reclamar lo

que se le adeuda.

193. Me levanto por las mañanas y busco más cosas que limpiar. Sin embargo, nada se ensucia con la debida rapidez. Los enseres apenas se utilizan, debo esperar a que se pose el polvo, y el polvo cuenta con un tiempo propio y lento. Me enfado; la casa entera reluce.

194. Hendrik ha llegado a la puerta principal; su mujer espera detrás de él.

—Señorita, se ha terminado el café, se ha terminado la harina, se ha terminado prácticamente todo.

—Sí, ya sé que se ha terminado todo.

—Y la señorita aún nos adeuda el dinero.

—No tengo dinero. Además, no movéis un dedo, no trabajáis, así que ¿por qué iba a daros yo ningún dinero?

—Sí, pero la señorita aún nos lo adeuda, ¿no es así?

—Hendrik, de nada servirá seguir pidiéndomelo, ya te he dicho que yo no tengo dinero.

—Ya, pero entonces la señorita podrá darnos alguna otra cosa.

195. No puedo mantener por más tiempo estos diálogos de besugos. El lenguaje que debería transmitirse entre estas personas y yo lo subvirtió por completo mi padre; ya no es posible recuperarlo. Lo que ahora pasa entre unos y otros es pura parodia. Nací para desembarcar en un lenguaje de jerarquía, de distancia y perspectiva. Era la lengua de mi padre. No quiero decir que sea ésa la lengua que quisiera hablar en el fondo de mi corazón, siento en exceso lo patético de las distancias, pero no disponemos de nada mejor. Puedo llegar a creer que existe otra lengua que es la que hablan los amantes, pero no consigo imaginar de qué se trata. No me quedan palabras que intercambiar, palabras en cuyo valor aún confío. Hendrik se esconde bajo el ala, sonrío en secreto, en todo momento me ofrece las mismas, antiguas locuciones. «¡Señorita, señorita, señorita!», me dice a la cara. «Yo la conozco a usted bien, usted es hija de su padre», dice a escondidas. «Es usted medio hermana de mi mujer, donde se acostaba su padre me acuesto yo, conozco a ese hombre, su huella está en mi cama». «Tú, tú, tú», canturrea Klein-Anna desde un lugar en el que no alcanzo a verla.

196. Hendrik hace su aparición muy por encima de mí, en el desván, ataviado con la ropa de mi padre. ¡Qué grotesco! Adopta diversas posturas, los brazos en jarras, sacando pecho.

—*Aitsá!* —le llama Klein-Anna.

—Quítate esa ropa ahora mismo. —No puedo tolerarlo; empieza a ir demasiado lejos conmigo—. Dije que podías aprovechar algunas de las ropas viejas del baas, pero esas prendas no son para ti.

Mira burlón a su mujer, sin hacerme ni caso.

—¡Hendrik! —le grito.

—*Hê!* —contesta Hendrik; extiende las manos y hace una pirueta.

—*Aitsá!* —grita a su vez su mujer, echándose después a reír alborozada.

Ha cogido una camisa blanca de algodón, sin cuello, y el mejor chaleco de satén, los pantalones de sarga, hasta las buenas botas negras. Sobre la barandilla cuelgan otras camisas.

¿Qué puedo hacer yo contra ellos dos? ¿Qué sola estoy, aparte de ser sólo una mujer! Empiezo a subir por las escaleras de madera. Es mi destino, debo cumplirlo.

Han cesado las risas. Mis ojos quedan a la altura de las botas.

—¡Señorita! —¿Es por fin odio lo que le noto en la voz?. Señorita, venga aquí y dígame a Hendrik si de verdad quiere que se quite la ropa del baas.

—Te dije que podías aprovechar la ropa vieja, Hendrik, pero esas prendas no son para ti.

¿Cuántas más palabras de patán tendré que pronunciar si en realidad mi voz ansía deshacerse en lamentos y gemidos?

—¿Quiere la señorita que me quite la ropa?

Estoy atrapada. Voy a echarme a llorar. ¿Qué otros padecimientos habré de sufrir antes que me dejen en paz?

Hendrik comienza a desabrocharse el cinturón. Cierro los ojos, agacho la cabeza. He de andar con cuidado; si empiezo a bajar las escaleras de espaldas, sin duda alguna tropezaré y caeré al suelo.

—¡Eh, mire! ¡Mire, señorita, mire! —Sí, lo que le noto en la voz es sin duda odio. Por las mejillas me corren calientes lagrimones, aunque aprieto los ojos. He aquí mi castigo, por fin ha llegado, ahora me toca soportarlo como mejor pueda. ¡Venga, señorita, no le dé reparo, no tenga miedo, que no soy más que un hombre!

Así permanecemos un buen rato.

—¡Basta ya, que le estás haciendo daño!

La voz de Klein-Anna me llega suavemente desde abajo, y me salva. Abro los ojos y veo que me mira con curiosidad. Es una mujer, y por lo tanto es misericorde. ¿Será esa una verdad universal? Tanteando con las puntas de los pies, despacio, bajo las escaleras y le arrastro, paso a su lado, entro en la casa. Van a convertirme en su enemiga, es evidente, pero ¿por qué? ¿Simplemente porque no tengo dinero que darles?

197. Holgazanean por el patio con las mejores prendas de mi padre, aunque no haya nadie ante quien puedan pavonearse. Estos días de haraganeo les delatan, como

me delatan a mí. Nos estamos haciendo añicos. Aburridos, hartos unos de los otros, me han escogido a mí para entretenerse. Tomo la escopeta de su lugar de reposo, encima del paragüero. De pronto aparece Hendrik ante mi vista, de espaldas. ¿Qué es Hendrik en estos instantes sino un hombre arrasado por el hastío, un hombre que mordisquea una brizna de hierba, o una simple mancha blanca y recortada sobre el verde pardusco? ¿Cómo precizarlo? El punto de mira y la diana hallan su equilibrio, así que acciono el gatillo. Me quedo de una pieza, ensordecida, pero ya he pasado antes por esto mismo, en eso del zumbido que se siente en los oídos soy toda una experta. Anna ha echado a correr como una chiquilla, agitando las manos, para terminar por tropezar, vencida por el peso del vestido blanco que se ha puesto. Hendrik se ha quedado a cuatro patas, intenta reptar tras ella. Me retiro a la oscuridad de mi habitación, a esperar que cesen los ruidos.

198. Escopeta en mano, salgo al porche. La elevo, apunto a la mancha blanca de la camisa. El cañón oscila enloquecido, no tengo dónde apoyarlo. Anna se pone a dar alaridos y me señala. Los dos se ponen en movimiento de un salto, echan a correr como las liebres, atraviesan el patio en dirección al huerto. No consigo que el punto de mira los siga con la debida celeridad. No es que sea mala, ni siquiera soy peligrosa. Cierro los ojos y acciono el gatillo. Me quedo de una pieza, ensordecida; noto el zumbido en los oídos. Hendrik y Klein-Anna se han esfumado tras las higueras. Vuelvo a dejar la escopeta en su sitio.

199. Ataviados con las mejores galas de los muertos, toman asiento en el viejo banco que hay a la sombra de la siringa. Hendrik cruza las piernas y estira ambos brazos, posándolos sobre el respaldo. Klein-Anna se acurruca contra su hombro.

Me ve desde la ventana. Se pone en pie y se acerca.

—¿No tendrá la señorita un poco de tabaco que darme, verdad?

200. Me tiendo en la cama con la almohada sobre los ojos. La puerta de mi habitación está cerrada, aunque sé que Hendrik anda por la casa, registrando los cajones sin parar. Soy capaz de saber incluso cuándo una mosca se lame las patas dentro de esta casa.

Se abre la puerta, me vuelvo hacia la pared, se me acerca.

—Mire, señorita, he encontrado un poco de tabaco.

Por última vez inhalo el dulce olor del tabaco de pipa. ¿Quién volverá a traer tabaco de pipa a mi casa?

Se sienta pesadamente en el costado de la cama. Se me inunda la nariz de su olor corporal. Me pone una mano en la cadera y aúllo frente a la pared, notando que el cuerpo se me pone rígido de los pies a la cabeza, dando rienda suelta a mi terror

desde lo más hondo de mis pulmones. La mano me suelta, el olor se desvanece, pero los chillidos siguen resonando.

201. Hendrik y Klein-Anna se sientan en el viejo banco que hay a la sombra de la siringa. Hendrik cruza las piernas y succiona la pipa, fuma se acurruca contra su hombro. Desde la ventana los observo. Están ilesos.

202. Hago a Hendrik un gesto para que se acerque; hago ondear un sobre blanco.

—Lleva esta carta a la oficina de correos. Dásela al baas que encuentres allí. Él te dará dinero. Si sales mañana por la mañana, bien temprano, podrás estar de vuelta el martes por la tarde.

—Sí, señorita. La oficina de correos.

—Si te preguntan, dices que te envió yo. Diles que el baas está enfermo y que no puede ir él en persona. Acuérdate bien: el baas está enfermo, no digas nada más.

—No, señorita. El baas está enfermo.

—Eso es. Y dile a Anna que si tiene miedo será bienvenida, siempre que quiera dormir en la cocina.

—Sí, señorita.

—Y guarda la carta en lugar seguro; si no, no recibirás ni una sola moneda.

—No, señorita. La pondré en lugar seguro.

203. Anna se dispone a hacer la cama. No salgo de la cocina; me quedo sentada a la mesa, mirándola. Ha perdido todo su aplomo ahora que su marido está ausente.

—¿Te gusta dormir en la cocina, Anna?

—Sí, señorita. —Evita mirarme a la cara, susurra, no sabe qué hacer con las manos.

—¿Quieres dormir en una cama como es debido?

Está perpleja.

—No prefieres dormir en la cama del cuarto de invitados?

—No, señorita.

—¿Cómo? ¿Prefieres dormir aquí, en el suelo?

Aguanta en silencio un buen rato. Lleno la cacerola de agua.

—Acuéstate. Solamente voy a hacerme una taza de té.

Se tapa y se aparta de la luz.

—Dime una cosa, Anna. ¿No te desvestes cuando te acuestas? ¿Duermes siempre con la pañoleta?

Se quita la pañoleta.

—Dime otra cosa. ¿Duermes vestida cuando te acuestas con tu marido? Eso sí que no me lo creo. —Arrimo una silla a su lecho. ¿Lo pasas bien con tu marido,



Anna? Venga, no tienes ningún motivo para mostrarte tan tímida. Vamos, dímelo. ¿Lo pasas bien con tu marido? ¿Es agradable estar casada? —Resuella miserablemente, atrapada en la casa oscura con la bruja. No va a ser un diálogo, gracias a Dios; puedo extender las alas y marcharme volando a donde quiera. También a mí me gustaría tener un hombre, pero nunca me ha sido posible, nunca he sido mujer suficiente para complacer a ninguno, ni siquiera he sido guapa. —Me inclino hacia ella desde la rígida silla de la cocina en que estoy sentada y la intimido; ella solamente nota las oleadas de rabia que se entrechocan en mi voz, y solloza atemorizada. Pero eso no es lo peor, qué va. La energía es un eterno deleite, yo podría haber sido una persona muy diferente, podría habérmelas arreglado para prender fuego a esta prisión y salir de ella; tengo la lengua bífida por culpa del fuego, no sé si me entiendes. Sin embargo, por dentro todo se me ha tornado inservible, lo que te suena a rabia no es más que el crepitar del fuego en mi interior, en realidad nunca me he sentido molesta contigo, tan sólo he querido hablar, y nunca he aprendido a hablar con otra persona. Siempre me ha ocurrido que las palabras me llegan y yo las dejo pasar sin más. Nunca he sabido cuáles son las palabras de un verdadero intercambio, Anna. Las palabras que yo te doy no me las puedes devolver. Son palabras que no tienen ningún valor. ¿Me entiendes? Ningún valor. ¿Cómo eran las cosas con mi padre, cuando hablabais los dos? ¿Erais por fin, al menos, un hombre y una mujer? Venga, cuéntame, quiero saberlo. ¿Te decía palabras buenas? No llores, niña; ya te he dicho que no estoy enfadada contigo. —Me tiendo a su lado y le acuno la cabeza entre los brazos. Ella saca su larguísima lengua y se relame el labio superior. Venga, basta ya de llores. Tienes que creerme, tienes que confiar en mí. No estoy en absoluto enfadada por lo que el baas y tú hicierais juntos. Es bueno que él encontrase un poco de felicidad contigo, pues su vida fue terriblemente solitaria, y estoy segura de que los dos lo pasasteis bien, ¿o me equivoco? Yo nunca podría haberle hecho feliz, nunca fui más que la hija callada, sombría y cumplidora de sus deberes, yo tan sólo le aburrí. Dime una cosa, Anna: si los dos siguierais juntos, si él siguiera con vida, ¿no crees que habría sido muy posible que las dos, tú y yo, nos hubiésemos hecho buenas amigas? ¿Tú qué crees? Yo estoy convencida de que sí. Creo que habríamos sido algo así como primas, o hermanas. Óyeme, no te muevas: voy a apagar todas las luces y luego volveré a acostarme a tu lado hasta que te quedes dormida. —Me tiendo, temblorosa, en la oscuridad. Dime, Anna: ¿tú cómo me llamas? ¿Sabes cómo me llamo? —Respiro con toda la suavidad que puedo. ¿Cómo me llamas en tus pensamientos?

—¿Señorita?

—Sí, pero... para ti... ¿solamente soy la señorita? ¿No tengo un nombre?

—¿Señorita Magda?

—Sí, o, si quieres, Magda a secas. A fin de cuentas, al bautizarme me pusieron Magda por nombre, y no señorita Magda. ¿No habría sido extraño que el cura bautizase así a una niña, señorita Magda, o baas Johannes, etcétera?

Oigo un ruido de saliva cuando sonrío. Voy ganando terreno.

—Klein-Anna, Pequeña Anna, en vez de Anna a secas. Todos somos muy poca cosa al empezar. También yo fui la Pequeña Magda cuando era en efecto pequeña. Pero ahora no soy más que Magda, y tú no eres más que Anna. ¿No puedes decir Magda, que yo te oiga? Anda, di Magda, que yo te oiga.

—No, señorita, no puedo.

—Magda: es bien fácil. Bueno, no importa; mañana por la noche volveremos a intentarlo, ya verás como sí que puedes decir Magda. Ahora es mejor que nos durmamos. Me quedaré un rato contigo y luego me iré a la cama. Buenas noches, Anna.

—Buenas noches, señorita.

Encuentro a tientas su cabeza y aprieto los labios sobre su frente. Por un momento se debate, se pone rígida y luego se me resiste. Yacemos juntas, incómodas, yo a la espera de que se duerma, ella a la espera de que me vaya.

Salgo de la cocina y voy a mi cama. Estoy haciendo todo lo que puedo en este desconocido mundo del tacto.

204. Espero a Hendrik. Transcurre el día inquieto. Luego, a lo lejos, en los pastos, veo una figura que solamente puede ser él; avanza hacia la casa, primero no es más que una blanca polvareda recortada contra el horizonte, luego una mancha negra que se mueve ante la inmovilidad de otras manchas negras, más tarde es evidente que se trata de un hombre en bicicleta, que avanza trabajosamente hacia mí en medio del calor de la tarde. Doblo las manos.

Ha desmontado y empuja su bicicleta sobre la arena blanda, allá donde la carretera cruza el río. Parece que trae consigo un paquete. Ahora bien, a medida que se acerca descubro que en realidad se trata de su chaqueta, amarrada a la parrilla de la bicicleta.

Apoya su bicicleta contra el primer peldaño del porche y viene derecho hacia mí. Me tiende una carta doblada en cuatro.

—Buenas tardes, Hendrik. Seguro que estás agotado. He apartado algo de comer para ti.

—Sí, señorita.

Se queda esperando a que lea la carta. La desdoblo. No es sino un impreso que encabezan las palabras ONTREKKINGS – ORDEN DE RETIRADA. En el margen hay una cruz hecha a lápiz junto a la casilla que dice HANDTEKENING VAN BELEER — FIRMA DEL TITULAR.

—¿No han querido darte nada?

—No, señorita, y usted dijo que por fin dispondría de mi dinero. ¿Dónde está mi dinero? —Se halla tan cerca de mí que me veo atrapada en mi silla.

—Lo siento, Hendrik, de veras que lo siento, pero no te preocupes, que ya se me ocurrirá algo. Mañana mismo iré yo en persona y lo arreglaré todo. Tenemos que

recoger a los asnos antes que anochezca. No tengo ni idea de dónde pueden estar pastando.

Palabras, palabras, palabras; hablo sencillamente para contener el muro de cólera que en él hace avanzar sobre mí.

Empujo la silla hacia atrás y, tambaleante, me pongo en pie. Él no se aparta ni una pulgada. Al darme la vuelta, rozo su camisa parcheada, su piel reluciente, su olor a sudor y a sol. Me sigue.

205. Señalo el plato que hay tapado sobre la mesa.

—¿Por qué no comes aquí mismo, en la cocina?

Levanta la tapa y observa la salchicha, las patatas frías.

—Voy a preparar un poco de té. Seguramente tendrás sed.

Aparta bruscamente el plato, que va a hacerse añicos contra las baldosas; la comida se desparrama por el suelo.

—¡Tú...! —exclamo, y él se queda mirándome, a la espera de qué pueda hacer yo. En nombre de Dios, ¿qué te pasa? ¿Por qué no puedes decirme a las claras qué es lo que tanto te contraría? Recoge esa comida, limpia el suelo. ¡No voy a permitir que cometas ningún desmán en mi casa!

Se apoya sobre la mesa, respira pesadamente. Tiene un pecho espléndido, los pulmones a plena capacidad. Todo un hombre.

—La señorita ha mentido. —Oigo reverberar sus palabras en el espacio que nos separa. Se me encoge el corazón, no quiero tolerar que nadie me dé ni un solo grito, es algo que sólo me deja más desvalida de lo que ya estoy. ¡La señorita dijo que en la oficina de correos me darían el dinero! He pedaleado durante dos días enteros, ¡dos días! ¿Y dónde está mi dinero, eh? La despensa está vacía. ¿De qué voy a vivir? ¿De lo que caiga del cielo? Mientras el baas estaba aquí, recibíamos nuestra comida todas las semanas, nuestro dinero todos los meses, pero ¿adónde ha ido a parar el baas?

¿Acaso no se da cuenta de que así no va a ninguna parte? ¿Qué quiere que haga yo? No tengo dinero que darle.

—Por mí, puedes marcharte cuando quieras —musito, pero me doy cuenta de que él no me oye, pues balbucea palabras inconexas, me arroja negras palabras que tampoco me molesto en captar.

Me doy la vuelta para irme. Salta sobre mí y me agarra del brazo.

—¡Suéltame! —Me agarra con más fuerza y me obliga a regresar a la cocina.

—No, espere un momento —me susurra al oído. Yo agarro lo primero que veo, un tenedor, y se lo clavo. Las púas le magullan el hombro, probablemente ni siquiera le atravieso la piel, pero a él se le escapa una exclamación de sorpresa y me arroja al suelo. El tenedor cae al suelo. Trastabillo al caer y recibo un diluvio de golpes. No puedo respirar, me he quedado en blanco. Me cubro la cabeza y me desmorono con torpeza.

—Sí, sí, sí... —dice Hendrik al golpearme.

Consigo ponerme a cuatro patas y empiezo a gatear hacia la puerta. Me da patadas en las nalgas, con fuerza, dos veces; son puntapiés de hombre, y uno me alcanza en el hueso. Me encojo y lloro de vergüenza.

—¡Por favor, por favor! —Me doy la vuelta y elevo las rodillas. Éste debe de ser el aspecto de una zorra, pero lo que haya de ocurrir a continuación ni siquiera sé cómo se hace. Sigue dándome puntapiés en los muslos.

206. Hendrik sigue farfullando a mis espaldas, sigue vomitando negras palabras, pero ya no puedo oír más quejas suyas, quejas de un hombre invadido por la sensación de haber sido traicionado. Me doy la vuelta, me marchó. Ni siquiera doy dos pasos y ya vuelve a estar sobre mí; me coge del brazo y me obliga a darme la vuelta de un empujón. Lucho con él. Me arroja contra la pared; cae con todo su peso encima de mí. Aprieta con fuerza la pelvis contra mí.

—¡No! —digo.

—¡Sí! —gruñe a una pulgada de mi oído—. Sí... sí...

Me echo a llorar, la situación es vergonzante, no veo forma de salir de ella, hay algo que se desmadeja en mi interior, algo que se muere, se inclina, busca a tientas el dobladillo de mi vestido. Intento impedirselo por todos los medios, pero lo consigue, y sus dedos se me introducen entre las piernas. Aprieto los muslos con todas mis fuerzas, para impedir que mueva los dedos.

—No, por favor, no, eso no, cualquier cosa menos eso, por favor... —Noto que estoy a punto de perder la cabeza por el jadeo, empujo con ambas manos contra su rostro, sin conseguir nada. Me agarra del elástico de las enaguas, me araña—. ¡No...! ¡No...! ¡No...! —Me siento cada vez más débil, por el miedo; en esto no hay ningún placer—. ¡Hendrik, por favor, suéltame! ¡Ni siquiera sé cómo...!

Caigo, tal vez incluso me desmayo; me sostienen tan sólo sus brazos en torno a mis muslos. Luego quedo tendida en el suelo, noto el penetrante olor de la cera, el polvo. Siento náuseas de puro miedo, las extremidades las siento como si fueran de agua. Si éste es mi destino, me asquea.

Me están ocurriendo cosas, me está haciendo cosas que siento muy lejos, terribles incisiones, una torpe cirugía. Siento con claridad los sonidos: la succión, la respiración entrecortada, el golpear de la carne contra la carne.

—¡No, aquí no, en el suelo no, por favor, por favor! —Tiene la oreja delante de mis labios, me basta con murmurar para que me oiga. Me balancea adelante y atrás, adelante y atrás sobre los tablones del suelo; me golpea el cráneo, a cada embate, contra el rodapié. También siento los olores con toda claridad, el pelo, la ceniza—. Me estás haciendo daño... por favor... por favor, para, ya basta...

¿Es así, a la larga, como lo hace la gente? Embiste sin cesar, gruñe ante mi oído, las lágrimas me corren por la garganta. ¡Que pare, que pare ya! Empieza a resollar.

Retiembla durante un buen rato y al final se queda inmóvil sobre mí. Luego se retira, se aparta. Ahora sé con toda seguridad que ha estado dentro de mí, ahora sé que está fuera, ahora que se apodera de mí todo el dolor, toda la náusea. Me aprieto los dedos contra la entrepierna mientras él se abotona los pantalones. Empieza a manar, sale de mí un flujo acre que debe de ser su semen, que me empapa los muslos, las ropas, el suelo. ¿Cómo voy a lavarlo todo? Sollozo y sollozo, desesperada.

207. Me lanza contra la pared, me aferra por ambas muñecas, me aprieta con todo su peso.

—¡No! —digo.

—¡Sí! —dice—. ¡Sí, sí...!

—¿Por qué me aborreces tanto? —sollozo. Aparto mi rostro de él, no puedo evitarlo. Lo único que quieres es hacerme daño a todas horas. ¿Qué te he hecho yo? No es culpa mía que todo vaya tan mal; no, en el fondo es culpa de tu mujer, es culpa de ella y de mi padre. ¡Y también es culpa tuya! Vosotros nunca sabéis cuándo hay que parar. ¡Para, ya basta! ¡No hagas eso, que me haces daño! ¡Por favor, ya basta! ¿Por qué me haces tanto daño? ¡Por favor! ¡Por favor, así no, en el suelo no, suéltame, Hendrik!

208. Cierra la puerta del dormitorio y apoya contra ella todo su peso.

—Desnúdese —dice este desconocido. Me obliga a desvestirme. Tengo los dedos entumecidos; tiemblo. Susurro sin cesar, pero él está absorto, perdido en sí mismo, no me escucha.

—No haces más que gritarme, nunca me hablas, me odias...

Me doy la vuelta, me quedo de espaldas a él y consigo desembarazarme con torpeza, sin ninguna gracia, de mi vestido y mi combinación. Éste es mi destino, el destino de una mujer. No puedo hacer más que lo ya hecho. Me tiendo en la cama de espaldas a él, abrazada a mí misma, ocultando mis pechos pequeños, mezquinos. ¡He olvidado quitarme los zapatos! Ahora ya es demasiado tarde, las cosas seguirán su curso de principio a fin. Es sencillo, debo aguantar hasta que por fin me quede a solas y pueda empezar a redescubrir quién soy, a ensamblar las piezas restantes, embozada en el tiempo que a Dios gracias aquí sobra, las piezas que esta tarde absolutamente inusual en mí vida va a esparcir por todas partes.

209. Al despojarme de las enaguas, las desgarras contra los zapatos: he ahí otro trabajo propio de mujeres del que me corresponderá encargarme.

—Ábrase, señorita —dice; ésas son las primeras palabras que me dirige, pero yo estoy fría, niego con la cabeza y aprieto los puños, aprieto todos mis músculos, bien prieta, pues no tengo nada que darle, es de todo punto imposible que se empeñe en

convencerme, ni siquiera mis lágrimas podrán manar entre estos párpados que cierro con todas mis fuerzas; tendrá que descerrajarme, estoy dura y prieta como una concha, no puedo ayudarle. Él me separa las rodillas y yo vuelvo a cerrarlas, y así una vez y otra.

Me levanta las piernas por el aire. Me pongo rígida y chillo avergonzada.

—No tema, no hay nada que temer.

¿Son esas sus palabras? Tiene la lengua espesa. De pronto, introduce la cabeza entre mis muslos. Yo los aprieto cuanto puedo una vez más, contra su pelo lanudo. Me retuerzo, pero él se abre paso.

—Aaah... —grito; esta humillación no tiene fin. Me siento pastosa, es asqueroso, debe de ser por su saliva, debe de haberme escupido ahí; sollozo y sollozo.

Se agazapa entre mis piernas, apartándolas con fuerza, empujando.

—No le dolerá —dice.

Se ha abierto paso hacia mi interior. Me arrojo con todas mis fuerzas a uno y otro lado, lloro, pero es implacable; también me desnuda los pechos y se aprieta contra mí; jadea cerca de mi oído, empujando y empujando, cada vez más adentro, ¿cuándo va a detenerse?

—A todo el mundo le gusta —dice con aspereza. ¿Son esas sus palabras? ¿Qué quiere decir? ¡Aguante!

¿Qué? ¿Que aguante? La cama cruje por todas las juntas, no es más que una cama individual, un diván, no fue hecha para esto. Me sorbe el aliento de los pulmones, gime y me susurra al oído, aprieta los dientes como si fueran piedras de amolar. ¿Que a todo el mundo le gusta? ¿Que a todo el mundo le gusta? ¿Es posible que a la gente les afecte tanto? ¿Qué es lo que les afecta? Le recorren unos largos estremecimientos de pies a cabeza, lo noto con toda claridad, lo noto con más claridad que cualquier otra cosa, éste debe de ser el clímax del acto, esto sí lo sé, lo he visto en los animales, siempre es igual, es la señal del fin.

210. Yace a mi lado, de espaldas, roncando, dormido. Mi mano cubre su virilidad, ahí sujeta por su propia mano; sin embargo, siento los nervios apagados, no tengo ninguna curiosidad, tan sólo siento la humedad y la suavidad. Sin molestarle, sin que se dé cuenta, me cubro con la colcha verde. ¿Soy por fin una mujer? ¿Me ha convertido esto en mujer? Tantos minúsculos acontecimientos, actos, movimientos hechos uno tras otro, los músculos que tiran de los huesos por aquí y por allá, sus embestidas... ¿es por todo ello que puedo decir: por fin soy una mujer? ¿O acaso debo preguntarme: soy por fin una mujer? Los dedos atenazan el mango de un tenedor, resplandecen las púas, atraviesan la camisa parcheada, le arañan débilmente la piel. Fluye la sangre. Me aferran los dos brazos, cae el tenedor. Un cuerpo yace sobre otro cuerpo, empujando y empujando, procurando abrirse paso; hay un movimiento incesante por doquier. ¿Qué trata de encontrar este hombre dentro de mí?

¿Volverá a intentarlo cuando despierte? ¿Qué invasión, qué posesión más profunda urde en sueños? ¿Que un buen día todo su cuerpo huesudo haya de yacer prieto en mi interior, su cráneo dentro de mi cráneo, sus miembros dentro de mis miembros, el resto de él apretado en mi vientre? ¿Qué me va a dejar de mí?

211. Los últimos minutos de la tarde ruedan a toda velocidad mientras yazgo al lado de este hombre, derramando lágrimas y sangre. Si tuviera que levantarme y caminar, pues aún puedo caminar, aún puedo hablar, si tuviera que salir al porche con las nalgas caídas y los muslos embadurnados de suciedad, si tuviera que salir a la luz, yo, la negra flor que crece en el rincón, aturdida, mareada, estoy segura de que a pesar de todo me encontraría frente a un atardecer como cualquier otro; las cicadas no cesarían de chirriar, las oleadas de calor titilarían en el horizonte, el sol seguiría quieto, imponente, indiferente a mi piel. Ahora ya he pasado por todo, y ningún ángel ha descendido con su espada en llamas para prohibírmelo. Parece ser que no hay ángeles en esta parte del cielo, ni Dios ninguno en esta parte del mundo. Esta parte del mundo pertenece por entero al sol. No creo que jamás haya estado previsto que aquí vivieran los seres humanos. Ésta es una tierra para los insectos que comen arena, que ponen huevos en los cadáveres de sus congéneres, que no tienen voz ninguna con la cual ponerse a gritar cuando mueran. No me costaría a nada acercarme a la cocina, apoderarme de un cuchillo y desmembrar la parte de ese hombre que me ha ofendido. ¿Dónde va a terminar todo? ¿Cuándo seré capaz de decir que ya está bien, que ya ha sido suficiente? Ansío el final. Ansío verme envuelta por los brazos de otra persona, apaciguada y acariciada; ansío que alguien me diga que deje de afanarme. Quiero una cueva, un agujero en el que introducirme, quiero taparme los oídos para no oír más esta cháchara que repercute frenética, interminablemente, de mí y para mí, quiero tener un hogar en otra parte, y si tiene que ser en este cuerpo, que sea al menos en otros términos diferentes, si es que no existe otro cuerpo distinto, aunque sí que hay uno que preferiría con mucho, y no puedo poner freno a estas palabras a menos que me raje la garganta, quiero meterme en el cuerpo de Klein-Anna, quiero introducirme por su garganta, mientras duerma, y extenderme con toda suavidad dentro de ella, mis manos en sus manos, mis pies en sus pies, mi cráneo en la benigna quietud de su cerebro, donde fluyen imágenes de jabón, de harina y de leche, los agujeros de mi cuerpo exactamente en los agujeros del suyo, para aguardar en ellos mansamente lo que haya de entrar, el canto de los pájaros, el olor de las bostas, las partes de un hombre, y no colérica, no, sino apaciguada, mecida por la calidez de mi sangre, bañada en una simiente jabonosa, dormida en mi cueva. También yo me quedo adormecida mientras mis dedos, cubiertos por sus dedos dormidos, empiezan a aprender cómo se acaricia esa cosa suave cuyo nombre, mientras sea capaz, probablemente procuraré no aprender.

212. Aparta mi mano y se incorpora.

—Te has quedado dormido. —Ésas son mis suaves palabras. Qué raro. Así es como me salen. Por favor, no te enfades más. —Me tiendo de costado y lo miro de frente.

Se frota la cara con ambas manos, trepa por encima de mí y encuentra sus pantalones. Me apoyo sobre un codo, observo los bruscos movimientos con que se visten los hombres.

Sale de la habitación y un momento más tarde oigo los neumáticos de la bicicleta, que hacen crujir la gravilla del patio, cada vez con más suavidad, a medida que se aleja.

213. Llamo a la puerta entreabierta de la casamata. Me he lavado, siento la limpieza reciente en la cara, la amabilidad. Anna aparece detrás de mi, lleva en los brazos un montón de leña.

—Buenas tardes, Anna. ¿Está Hendrik en casa?

—Sí, señorita. ¡Hendrik! ¡Ha venido la señorita!

Así pues, no sabe nada. Le sonrío y ella retrocede. Me costará algún tiempo.

Aparece Hendrik en el umbral, resguardado por la sombra.

—Hendrik, a partir de ahora Anna y tú vendréis a dormir a la casona; me pongo demasiado nerviosa cuando estoy sola. Os proporcionaré unas camas como es debido, ya no tendréis que dormir en el suelo. De hecho, no veo que haya ninguna razón por la que no debáis dormir en el cuarto de invitados. Traeros todo lo que vayáis a necesitar, así no tendréis que andar yendo y viniendo de acá para allá.

Intercambian sendas miradas mientras les observo.

—Sí, iremos —dice Hendrik.

214. Estamos los tres sentados en torno a la mesa de la cocina: comemos a la luz de la vela la sopa que Anna y yo hemos preparado. Inseguros de su manera de estar en la casa, inseguros de cuáles sean mis costumbres, se mueven con torpeza. Anna baja la vista; a las preguntas que le hago acerca de la granja, Hendrik responde a su manera cortante, conciso.

215. Friego yo los platos y Anna los seca. Trabajamos juntas con agilidad. Son los momentos en que no tiene en qué ocupar sus manos los que más teme. Estoy decidida a hacer menos preguntas y a charlar más sin ton ni son, de forma que termine por acostumbrarse a una modalidad de habla meramente declaratoria. En el momento en que nuestros cuerpos se rozan, ando con cuidado para no retroceder.

Hendrik se ha esfumado en la noche. ¿Qué hacen los hombres cuando vagan a



solas en la oscuridad?

216. Hacemos las dos camas del cuarto de invitados decentemente, con sábanas y mantas. Luego colocamos juntas las dos camas. Me ocupo de que haya un orinal. Lleno de agua la jarra de la jofaina. Fallo cuando se trata de pasar las cosas por alto; mis intenciones no son impuras. En medio de ninguna parte, en este lugar muerto, me las arreglo para empezar a progresar poco a poco; si no, al menos hago el gesto.

217. En las primeras horas del amanecer, Hendrik se cuela de rondón en mi cuarto y me posee. Me duele, aún estoy en carne viva, pero procuro relajarme, procuro entender la sensación, aunque de momento no haya cobrado ninguna forma. Todavía no entiendo qué pueda haber en mí que sea capaz de procurarle tanta excitación; si acaso reconozco la causa, espero que con el tiempo cambie a mejor. Me gustaría dormir en sus brazos, comprobar si de hecho es posible dormir en brazos de otro, pero no es eso lo que quiere él. No me agrada aún el olor de su semen. Me pregunto si una mujer puede llegar a acostumbrarse a esto. Bajo ningún concepto debe hacer Anna esta cama por la mañana. Debo frotar con sal las sábanas ensangrentadas, o bien quemarlas con la debida discreción.

Hendrik se levanta y se viste en la oscuridad, ya casi ha amanecido. Me aturde tanto cansancio.

—¿Lo estoy haciendo bien, Hendrik? —Me inclino sobre el borde de la cama y le tomo de la mano. Noto por el sonido de mi voz, y también él tiene que darse cuenta, que estoy cambiando. Hendrik, de todo esto no sé lo que se dice nada, ¿lo entiendes? Lo único que deseo es saber si lo estoy haciendo bien. Por favor, dame al menos esa mínima ayuda.

Me suelta los dedos, aunque no desabridamente, y se marcha. Permanezco tendida, desnuda, calibrando lo acontecido, apoderándome del tiempo que me pertenece antes de que amanezca del todo, preparándome también de cara a la noche que aún está por venir.

218. —¿Estás contento, Hendrik? ¿Consigo hacerte feliz? Le paso los dedos por la cara, esto es algo que sí me consiente. Su boca no sonrío, aunque una boca que sonrío no sea el único signo de la felicidad. ¿Te gusta lo que hacemos? Hendrik, no sé nada. Ni siquiera sé si te gusta lo que hacemos. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Me gustaría disponer de una oportunidad para mirarle, me gustaría ver si me contempla con aquel antiguo gesto suyo, tan vigilante. Cada día que pasa, su rostro se torna más oscuro para mí.

Me inclino sobre él, acariciándole mientras meneo el cabello; es algo que al parecer le gusta, es algo que, en cualquier, caso me consiente.

—Hendrik, ¿por qué no me dejas encender una vela? Aunque solamente sea una vez... Vienes de noche, como si fueras un fantasma... ¿y cómo voy a saber que de veras se trata de ti?

—¿Quién iba a ser, si no?

—Nadie... Solamente quiero verte. ¿Puedo...?

—¡No, de ninguna manera!

219. Algunas noches no viene. Yazgo desnuda, a la espera, adormilada, sin que de veras prenda en mí el sueño, despierta en realidad, gimoteante cuando canta el primer pájaro, cuando destella vacilante el primer aura del amanecer. También esto les sucede a las mujeres, si yacen a la espera de hombres que no llegan, algo he leído, no se diga que no lo padezco todo, desde la primera letra hasta la última.

Me debilita, me entontece la falta de sueño. Me duermo sin previo aviso a la caída de la tarde, derrumbada en una silla, en cualquier rincón, y despierto acalorada y confusa; en mis oídos retumba el último eco de un ronquido. ¿Me ven así ellos dos? ¿Me señalan a hurtadillas y sonrían, y quizá siguen de puntillas con sus asuntos pendientes? Aprieto los dientes con fuerza, avergonzada.

220. Últimamente como poco y mal, me estoy quedando más flaca, si de veras tal cosa es posible. Tengo erupciones en el cuello. No poseo belleza con que atraerle. Tal vez por eso mismo no consiente él que encienda yo una vela, tal vez cree que le desanimará la visión de mi cuerpo. No sé ni puedo saber qué es lo que le complace, si prefiere que me mueva o que me quede quieta mientras me posee. Le acaricio la piel, pero no noto ninguna respuesta. Cada vez pasa menos tiempo conmigo, cada vez es más breve y expeditivo, a veces solamente se queda ese minuto necesario para liberarse dentro de mí. Ni siquiera se despoja de la camisa. Y yo estoy demasiado reseca para esta clase de actividad. He empezado con ella demasiado tarde, bien avanzada mi vida; los arroyos que debieran manar profusamente se han secado hace tiempo. Procuero humedecerme cuando le oigo llegar a la puerta, pero esto es algo que no siempre funciona. La verdad sea dicha, honradamente no entiendo por qué deja el lecho en el que yace su mujer para venir conmigo, aunque sea unos instantes. A veces, cuando él se desviste, me llega a la nariz ese olor de ella, un olor resbaladizo, un olor a pescado. Estoy segura de que hacen el amor todas las noches.

221. Me coloca boca abajo y me lo hace por detrás, como un animal. Todo se muere dentro de mí cuando tengo que elevar mi feo trasero y ofrecérselo, entregárselo. Me humilla; a veces pienso que es esa humillación lo que desea.

222. —Quédate un poco más, Hendrik. ¿No podemos hablar? Tenemos

poquísimas ocasiones para hablar el uno con el otro.

—¡Chsst! ¡No tan alto, que nos va a oír!

—Pero si es una niña, si está dormida... ¿O es que te importa que nos descubra?

—No. ¿Qué podría hacer ella? ¿Qué puede hacer la gente de color?

—¡Por favor, no estés tan amargado! ¿Qué he hecho yo para que te muestres tan amargo conmigo?

—Nada, señorita, nada.

Se levanta de la cama, su cuerpo es tan inflexible como el hierro.

—¡Hendrik, no te vayas! Estoy cansada, estoy cansada hasta la médula de los huesos. ¿Es que no me entiendes? Lo único que yo quiero es que haya un poco de paz entre tú y yo. ¿Es mucho pedir?

—No, señorita.

Y se marcha.

223. Además están los días, días que de algo hay que llenar para que vayan pasando, días carentes de propósito. Ninguno de los tres somos capaces de dar con nuestro verdadero camino en esta casa. No sabría decir si Hendrik y Anna son invitados, invasores o prisioneros. Ya no puedo encerrarme en mi habitación, como hacía antes. No puedo dejar que Anna campe por sus respetos en la casa. La miro a los ojos, en espera de una señal que me revele que sí sabe lo que sucede por las noches, pero ella no parece dispuesta a devolverme la mirada. Seguimos trajinando juntas en la cocina. Aparte de eso, ¿qué más puedo esperar de ella? ¿Debe ser ella la que mantenga la casa reluciente o debo hacerla yo mientras ella me observa? ¿Debemos arrodillarnos y sacar brillo juntas, sirvientes de un ideal doméstico? Ella quiere volver a su propia casa, eso lo sé bien. Quiere retomar sus propias, laxas costumbres, sus cómodos olores. Es Hendrik el que la retiene aquí. Por fuerza tiene que desear estar a solas con Hendrik. Pero Hendrik nos quiere a las dos, al igual que los quiero yo a los dos, a Hendrik y a ella, aquí. No sé cómo resolver el problema. No sé nada, salvo que la asimetría hace infelices a las personas.

224. A Anna la oprimen mis ojos vigilantes. La oprimen mis invitaciones a que se relaje, a que se siente a mi lado en el viejo banco, a la sombra de la jirafa. La oprime muy en particular mi charla. Ya no le hago ninguna pregunta, sé que es preferible; simplemente le hablo. Sin embargo, no tengo ninguna habilidad en el hablar, no me sé ninguna anécdota, ningún chascarrillo, he vivido toda la vida sola, no tengo ninguna experiencia de la que hablar, mi charla a veces es mero balbuceo, a veces me considero una niña pequeña que solamente la aburre, que aprende una lengua humana, ciertamente, mientras balbucea, pero despacio, demasiado despacio, aparte de que el coste es excesivo. En cuanto a sus palabras, me llegan apagadas, reticentes.

225. Anuncio que ha llegado el día de preparar higos en conserva. Estoy contenta, es uno de mis días predilectos, y sin embargo no consigo sacar a Anna de su ánimo alicaído. Avanzamos entre las higueras. Coge solamente los higos más pequeños, le digo, no cojas ninguno que haya empezado a madurar. Por cada cinco higos que caen en mi cesto, ella recoge sólo uno. Extendemos los higos sobre la mesa de la cocina. Haz un corte pequeño, así, le digo, para que el azúcar llegue al corazón del fruto. Mis dedos son ágiles, diligentes, los suyos zafios, trabaja lentamente, apenas me sirve de ayuda. Deja caer ambas manos en el regazo y suspira. La miro desde el otro lado de la mesa, separadas por los cuencos llenos de higos. Sigue sin mirarme a los ojos.

—¿Hay algo que te fastidie, niña? —le pregunto. Venga, dime de qué se trata, tal vez pueda ayudarte.

Asiente con tristeza. Toma un higo y le hace un corte.

—¿Te sientes sola, Anna? ¿Echas de menos a tu familia?

Asiente con lentitud.

Así es como se me pasan los días. No se ha obrado ninguna transfiguración. Eso que tanto ansío, sea lo que sea, nunca llega.

226. Me encuentro de pie, detrás de Anna. Pongo las manos sobre sus hombros, deslizo los dedos bajo el cuello de su vestido y acaricio sus jóvenes huesos, la clavícula, la escápula, nombres que nada dicen acerca de su belleza. Ella baja la cabeza.

—También yo me siento a veces invadida por la tristeza; estoy convencida de que es el paisaje lo que nos hace sentirnos así. —Mis dedos palpan su garganta, la línea de la mandíbula, las sienes. No te importe. Pronto pasará, pronto se arreglará todo.

¿Qué es lo que hay que hacer con los deseos? La vista se me posa vagamente sobre los objetos, las piedras sueltas, las flores, los extraños insectos: los recojo, me los llevo a casa, los guardo en alguna parte. Un hombre se presenta ante Anna y ante mí: lo abrazamos, lo guardamos en nuestro interior, somos suyas, él es nuestro. Soy heredera de un espacio de tierra natalicia que mis ancestros consideraron bueno y que en consecuencia cercaron. A la espuela del deseo solamente puedo dar una respuesta: capturar, encerrar, mantener. Pero ¿hasta qué punto es real nuestra posesión? Las flores se convierten en polvo, Hendrik desengancha y se va, la tierra nada sabe de cercas, las piedras seguirán en su sitio cuando yo no sea más que polvo, la propia comida que devoro solamente pasa a través de mí. Yo no soy uno de los héroes del deseo, lo que yo quiero no es infinito ni tampoco inalcanzable, lo único que me pregunto, débil, dubitativa, quejumbrosamente, es si en el fondo no habrá algo que se pueda hacer con el deseo, aparte de esforzarse por poseer lo deseado en un proyecto que por fuerza ha de ser vano, ya que su finalidad solamente puede estibar en la aniquilación de lo deseado. Y cuánto más penetrante resulta mi pregunta cuando se

trata de una mujer que desea a otra mujer, dos agujeros, dos oquedades, y es que si eso es lo que yo soy, eso mismo es lo que también ella es, ya que la anatomía es el destino: un vacío, o una concha, una película sobre un vacío que ansía verse colmado en un mundo en el que nada se colma. Así es como le hablo:

—¿Sabes cómo me siento, Anna? Como un enorme vacío, un vacío colmado de una gran ausencia, una ausencia que no es más que el deseo de colmarse, de realizarse, por entero. Con todo, al mismo tiempo sé de sobra que nada podrá colmarme, porque ésa es la primera condición de la vida: desear siempre. De otro modo, la vida dejaría de ser. Es uno de los principios de la vida, estar por siempre sin colmarse. La plenitud no basta para colmar nada. Solamente las piedras no desean nada, aunque, ¿quién sabe?, tal vez en las piedras también haya agujeros que nunca hemos descubierto.

Me inclino sobre ella, le acaricio los brazos, sostengo sus manos inertes entre las mías. Eso es lo único que ella obtiene de mí, pura filosofía colonial, palabras que no tienen una historia que las respalde, palabras caseras, cuando ella en realidad quiere cuentos. Puedo imaginar perfectamente a una mujer que hiciera feliz a esta niña, que la colmase de cuentos acerca de un pasado que de veras hubiese acontecido, cuentos acerca de cómo escapó el abuelo de un enjambre de abejas, cómo perdió el sombrero y nunca más volvió a encontrarlo, de por qué crece y mengua la luna, de cómo engañó la liebre al chacal. Pero estas palabras mías vienen de ningún lugar y van a ninguna parte, carecen de pasado y de futuro, silban sobre la planicie en un presente eterno y desolado, no alimentan a nadie.

227. Hemos tenido visita.

Anna me estaba cortando el pelo. Yo estaba sentada en un taburete, delante de la cocina, al fresco de la mañana. Del otro lado de las tierras, la brisa trajo el clangor amortiguado y subterráneo de la bomba del agua, un ruido más en un mundo lleno de ruidos evocadores y familiares. Puedo concebirme ciega y perfectamente feliz en un mundo así, alzando la cara hacia el sol, holgazaneando, aguzando los oídos. Las tijeras que manejaba Anna se deslizaban más contra la base del cuello, contra la nuca, obedientes a mis murmullos.

Entonces de repente se produce un tumulto en el umbral, marrón y gris y negro, una descomposición y una recomposición del espacio ante mis propios ojos, y Hendrik viene y se va, las perneras de sus pantalones se frotan una contra la otra, las suelas de sus zapatos trituran la gravilla. Anna de repente va tras él, también corriendo, inclinada, apremiada, el peine y las tijeras por ahí desperdigados, pasando de la calma al movimiento sin solución de continuidad, como si toda la vida que ha pasado conmigo no hubiese sido más que un instante congelado, abstraído, hurtado a una vida dedicada a la carrera. Sin darme tiempo a ponerme en pie se esconden los dos tras la tapia de las casetas en las que se esquila, detrás del garaje, echan a correr

por la cuesta que lleva al lecho del río.

Con el mantel sobre los hombros y el cabello a medio cortar salgo de la casa para hacer frente a dos desconocidos, dos jinetes. Desaseada, sorprendida, debiera ser yo la que se hallase en franca desventaja, pero sé pasar por encima de esos que se hallan en mis tierras, me han molestado, son ellos los que tienen que pedir disculpas y explicar qué les trae por aquí.

—No —les digo terminante—, salió temprano esta mañana... No, no tengo ni idea de adónde puede haber ido... El chico se fue con él. Es probable que venga tarde. Siempre viene tarde a casa.

Son padre e hijo, vecinos. ¿Cuándo fue la última vez que vi a un vecino? ¿Acaso he visto a un vecino alguna otra vez? Ni siquiera me dicen por qué han venido. Debe de ser cosa de hombres. Se habrá caído una cerca, andará suelta una jauría de perros, habrá una epidemia entre las ovejas, o un enjambre de langostas en alguna parte, o no habrán llegado los esquiladores; sea lo que sea, no están dispuestos a decirme de qué se trata. Éstas sí que son calamidades de verdad. ¿Cómo podré hacerles frente yo sola? Si hiciera de Hendrik mi capataz, ¿sabría cómo gobernar la hacienda entera mientras yo me planto con ademán severo a sus espaldas, fingiendo que es mi títere? ¿No sería mejor cercar la granja y las tierras con alambre de espino, cerrar las cancelas, acabar de una vez por todas con el rebaño de ovejas, abandonar para siempre la ficción de los cultivos? ¿Cómo voy a poder convencer a hombres tan endurecidos como estos de que estoy hecha de su misma pasta, cuando resulta evidente todo lo contrario? Han cabalgado un largo trecho y su recado ha sido fútil, esperan que les invite a desmontar y a tomar un refrigerio, pero yo sigo en pie, silenciosa, inhóspita ante ellos hasta que por fin intercambian una mirada, se llevan la mano al ala del sombrero y pican espuelas a sus caballos.

Éstos son tiempos difíciles. Habrá muchas más visitas, preguntas más arduas de contestar, antes de que por fin cesen las visitas y las preguntas. Menudearán las tentaciones de rebajarse y llorar con desconsuelo. Qué idílicos parecerán entonces los viejos tiempos, qué atractivo, aunque de forma harto diferente, un futuro recluido por el alambre de espino. Dos cuentos con los que consolarme: la verdad sea dicha, mucho me temo que no exista el pasado ni el futuro, que el medio en el que vivo sea un presente eterno, ya jadee bajo el peso de ese hombre endurecido, ya sienta el hielo de las tijeras junto a la oreja, ya lave cadáveres o recubra la carne, soy de todas las maneras la reacia estrella polar en torno a la cual gira todo este universo de fenómenos. Estoy bajo presión, pero no poseída; estoy atravesada, pero lo más hondo de mi ser sigue intacto. En lo más profundo de mi corazón sigo siendo la mantis virginal y fiera de antaño. Hendrik puede poseerme, pero soy yo la que al abrazarle me abrazo y me sostengo.

228. —¡Volverán de nuevo! ¡No es posible dárselas de listo con esos sujetos!

Estarán esperando que regrese el viejo baas, y si no termina por aparecer se darán cuenta de que algo no marcha como debiera.

Va de acá para allá, bajo la charca de luz que proyecta la lámpara. Ha regresado de noche, y ha traído consigo la tempestad. Ahora me doy cuenta de cuánto hemos progresado, verdaderamente, en lo que atañe a la familiaridad. Ya se deja siempre el sombrero puesto en mi presencia. Ha aprendido a caminar de un lado a otro mientras charla, mientras se da puñetazos en la palma de la mano. Sus gestos denotan cólera, pero también se le nota la confianza de un hombre que tiene entera libertad para manifestar su cólera. Es interesante. Toda la pasión que me ha mostrado a mí ha sido la pasión de la rabia. Por eso se ha encerrado mi cuerpo, para defenderse de sus embates. Carente de amor, ha sido incapaz de amar. Pero ¿ha sido de veras odiado? ¿Qué es lo que él ha intentado hacer a lo largo de todo este tiempo? Hay algo que ha intentado forzar en mi cuerpo, lo sé, pero yo he sido demasiado obstinada, demasiado torpe, demasiado rancia, demasiado magra; he estado demasiado cansada y demasiado asustada por el fluir de su semen colérico y corrosivo; me he limitado a apretar los dientes y a aguantar siempre que él ha querido algo diferente, tocar tal vez mi corazón, provocarme quién sabe qué convulsiones. ¿Hasta qué profundidad, me pregunto, puede entrar una persona en otra? Qué pena que no pueda enseñármelo. Dispone de los medios pero no de las palabras; yo dispongo de las palabras, pero no de los medios, pues no hay lugar ninguno, mucho me temo, al que no alcancen mis palabras.

—Lo digo muy en serio, el día menos pensado volverán, quizá mucho antes de lo que pueda pensarse, y vendrán con más gente, con todos los demás granjeros. Entonces verán que estás viviendo con los sirvientes en la casa grande. ¡Y entonces nos tocará sufrir a nosotros, a ella ya mí! ¡A ti no! Además, tarde o temprano descubrirán lo que le ha ocurrido al viejo baas. Ese vejestorio, la otra Anna, lleva mucho tiempo difundiendo hablillas, diciendo por ahí que el baas andaba liado con mi mujer. ¡Eso lo sabe todo el mundo! Así que cuando digan que yo lo maté de un disparo, ¿quién va a creerme si yo digo lo contrario? ¡Me colgarán! No, de ninguna manera; me marchó. Me marchó mañana mismo, mañana abandono para siempre esta parte del mundo, mañana por la noche quiero estar, como sea, por lo menos en El Cabo.

—Hendrik, ¿podemos hablar como personas razonables, aunque sólo sea un momento? Haz el favor de sentarte; me confunde verte dar vueltas sin parar, hecho una furia. En primer lugar, dime dónde habéis estado Anna y tú durante todo el día.

—Anna está en casa. Ya no vamos a quedarnos a dormir aquí nunca más.

—¿Ah, no? ¿Ahora tengo que dormir sola en esta casa?

—Ya no nos quedaremos a dormir nunca más.

—No sé si te das cuenta, Hendrik, pero me haces daño. No sé si te das cuenta, pero posees la capacidad de hacerme daño, y además lo haces a todas horas. ¿De veras crees que sería capaz de entregarte a la policía? ¿De veras me crees tan

desalmada que no reconocería mi culpa? En ese caso, Hendrik, no me conoces. Estás tan amargado que te ciegas por cualquier cosa. Yo no soy simplemente una mujer blanca, Hendrik, ¡yo soy yo! Yo soy yo, no una simple persona. ¿Por qué tengo que pagar yo por los pecados de otras personas? Sabes de sobra cómo vivo yo aquí en la granja, completamente alejada de la sociedad humana, casi alejada incluso de la humanidad. ¡Mírame! ¡Sabes de sobra quién soy!, ¡sabes cómo soy, no me hace falta decírtelo! ¡Sabes de sobra que me llaman la bruja de Agterplaas! ¿Por qué iba a ponerme de su parte, por qué iba yo a volverme contra ti? ¡Te estoy diciendo la verdad! ¿Qué más he de hacer para que creas que te estoy diciendo la verdad? ¿Es que no te das cuenta que Anna y tú sois las únicas personas a las que estoy unida en este mundo? ¿Qué más quieres? ¿Quieres que me eche a llorar? ¿Quieres que me arrodille? ¿Estás esperando a que la mujer blanca se arrodille ante ti? ¿Estás esperando acaso que me convierta en tu esclava blanca? ¡Dime qué piensas! ¡Habla! ¿Por qué nunca me dices nada? ¿Por qué me posees todas las noches, si en el fondo me odias? ¿Por qué no me dices nunca si lo hago bien? ¿Cómo quieres que lo sepa, cómo quieres que lo aprenda? ¿A quién he de preguntar? ¿He de preguntárselo a Anna? ¿Quieres que de veras vaya a preguntar a tu mujer qué es lo que hay que hacer para ser una mujer de cuerpo entero? ¿Cómo voy a humillarme más aún? ¿Acaso quieres que esta mujer blanca te lama el culo antes de dedicarle una sonrisa más? ¿Sabes que nunca me has besado, nunca, nunca, nunca? ¿Es que vosotros nunca besáis? ¿Nunca besas a tu mujer? ¿Qué es lo que tanto la diferencia a ella de mí? ¿Tiene que hacerte daño una mujer antes que puedas amarla? ¿Es ese tu secreto, Hendrik?

¿Qué fue, de todo este torrente de súplicas y acusaciones, lo que hizo que se marchara de inmediato? ¿O acaso se quedó hasta el final? ¿Lo habré perdido ya para siempre? ¿Sería posible, si sonriese yo un poco más, si pudiese hacer que mi cuerpo se deshela, redescubrir al joven paciente que conocí en otros tiempos, capaz de hacerse sus propios zapatos, de dar vueltas al molinillo de café mientras yo le servía las alubias, capaz de saludar quitándose el sombrero y de encaminarse a sus tareas con paso relajado y flexible? Al conocerle mejor, se diría que he perdido todo aquello que más me gustaba de él. ¿Cuál es la lección que de todo ello debo aprender, si es que no fuera ya tarde para lecciones, si es que alguna otra vez he de conocer a otro hombre? ¿Será acaso la lección que aprendió mi padre cuando ya no pudo levantar las manos para espantar las moscas que revoloteaban en torno a su rostro: guárdate de la intimidad con los sirvientes? ¿Será que tanto Hendrik como yo estamos, cada cual a su manera, arruinados para el amor? ¿O no será más bien que la historia adoptó un giro erróneo en algún momento, que si hubiese dado con un camino más gradual que nos condujera a una forma más afable de la intimidad tal vez habríamos podido aprender a estar juntos? ¿O es que este desierto de fuego y de hielo es un purgatorio que hemos de atravesar de camino a la tierra de la leche y la miel? ¿Y Anna? ¿Vendrá también ella? ¿Seremos las dos un buen día hermanas, y dormiremos en la misma



cama? ¿O acaso cuando por fin se encuentre a sí misma vendrá a mí decidida a arrancarme los ojos?

229. Tienen que existir otras maneras de llenar los días vacíos, maneras distintas de barrer, quitar el polvo y sacar brillo a los suelos. Me desplazo por todo el ciclo de habitaciones como un ratón en una noria. ¿No existe una forma de limpiar una habitación definitivamente, de una vez por todas? Tal vez si empiezo otra vez por el desván, rellenando las grietas que separan las paredes del suelo, desgarrando el papel pintado, tal vez si entonces sello a cal y canto puertas y ventanas, tal vez pueda detener ese coladero de polvo y abandonar la casa hasta la llegada de la primavera, si es que la primavera llega otra vez, si es que con la llegada de la primavera queda alguien aquí. Tal vez pueda dejar abierta una sola habitación, preferiblemente la mía, en nombre de los viejos tiempos; tal vez pueda apilar en ella las velas que me queden, los alimentos que me queden, el hacha, el martillo, los clavos, lo que quede de tinta y papel. O tal vez sería mejor cerrar las persianas, cerrar la última puerta, desplazar mis efectos personales a la minúscula despensa en que habitaron hace mucho tiempo los constructores de la casa grande, cuando planearon el advenimiento de la dinastía feudal. Allí, entre las ratas y las cucarachas, seguramente daré con una forma de desentrañar mi historia.

230. Una por una se cierran a mis espaldas todas las habitaciones de la casa grande. Cambiando los muebles de sitio, capturando la suciedad, convirtiendo la madera en ceniza, he encontrado una ocupación para toda la vida. Los esclavos lo pierden todo en sus cadenas, lo reconozco, incluida la alegría que les produciría el escapar de esas cadenas. El huésped se muere, el parásito se escabulle ansioso por las frías entrañas, preguntándose de qué tejidos va a vivir en lo sucesivo.

A fin de cuentas, yo no estoy hecha para vivir sola. Si el destino me hubiese emplazado en medio de los llanos, en medio de ninguna parte, enterrada hasta la cintura y con la obligación de vivir una vida entera, de ninguna forma podría haberlo hecho. Yo no soy un filósofo. Las mujeres no son filósofos, y yo soy mujer. Una mujer no puede inventarse algo a partir de la nada. Por muy estéril que sea mi ocupación, mi trato con el polvo y las telarañas, con la comida y las sábanas sucias, me ha sido necesaria para realizarme, para dotarme de una vida. A solas en los pastos, desfallecería. A partir de los movimientos de los cuerpos celestiales, de las minúsculas señales de los insectos que debatieran si estoy o no en sazón para que me devoren, de ninguna manera podría haber rellenado un día tras otro, una noche tras otra. Cuando menos, necesitaría al margen de los ojos y los oídos de un par de manos y del uso de esas manos, un cajón lleno de guijarros con los cuales construir dibujos; además, ¿cuánto tiempo puede pasarse alguien haciendo dibujos con un montón de guijarros antes de ansiar su propia extinción? Yo no soy un principio, una regla del

discurso, una máquina emplazada por un ser de otro planeta en esta tierra desolada, bajo la Cruz del Sur, con objeto de generar sentimientos sin cesar, día tras día, noche tras noche, llevando la cuenta de dichos sentimientos hasta quedarme reseca. Necesito algo más que la simpleza de los guijarros, algo más que habitaciones que limpiar, algo más que muebles que llevar de un lado a otro: necesito personas con las cuales hablar, hermanos y hermanas y padres y madres, necesito una historia y una cultura, necesito esperanzas y aspiraciones, necesito una concepción moral y una teleología antes de ser feliz, y eso por no hablar de la comida y la bebida. ¿Qué será de mí ahora que estoy sola? Y es que vuelvo a estar sola, sola en medio del presente histórico: se ha ido Hendrik, se ha ido Anna con él, han huido envueltos por la noche y sin decir palabra, sin llevarse más que lo que pudieron sujetar a la bicicleta. ¿Qué va a suceder ahora? Estoy llena de malos presagios. Me acurruco en la despensa, el frío de las piedras del suelo me inunda los huesos, las cucarachas corren a mi alrededor, ondeando sus curiosas antenas, y me temo lo peor.

231. Se aproxima el invierno. Susurra un viento frío sobre la planicie, bajo un cielo color de hierro. A las patatas les han nacido ojos y se han echado a perder, las frutas se han podrido en el suelo. El perro se ha marchado tras los pasos de Hendrik. Las bombas no cesan de sonar monótonamente noche y día, las presas rebosan. La granja se arruina. No sé qué será de las ovejas. He abierto todas las cancelas de la granja, se han extendido por los campos de alrededor. Una mañana, antes de amanecer, un centenar de figuras grises pasó entre la casa y la despensa, un amortiguado ruido de pasos, en busca de pastos nuevos. Descubro que nada significan para mí. No puedo capturarlas, no tengo el estómago necesario para matarlas una por una. Si tuviese balas dispararía sobre todas ellas por su propio bien (sopeso la escopeta, mi mano está firme) y las dejaría pudrirse. Tienen las lanas largas y asquerosas, infestadas de pulgas y moscones; no podrán sobrevivir otro verano.

232. Me alimento de calabazas y papillas. Nada he guardado para hacer frente a los duros días que aún están por venir. Dios proveerá por su cuenta y para los suyos, y si no soy yo una de los suyos, más me vale perecer. Despacho mis triviales faenas bajo el azote del viento. Partícula a partícula, se me desprende la piel de la cara; no tendré siquiera la voluntad de regenerarla. Los átomos de piel, los átomos de cemento, los átomos de herrumbre caen en el olvido. Si se es muy paciente, si se vive lo necesario, se puede confiar que llegue un día en que las paredes se conviertan en polvo, los lagartos se asen en el hogar y los espinos broten en el cementerio.

233. He tenido visitas, muchas más visitas de las que podría nombrar. No sabía

yo, sumida en mi inocencia aborígen, que hubiese tantas personas en el mundo. Han registrado cada pulgada de la granja en busca de mi padre, que un día de mal fario se marchó a caballo y que nunca más volvió a aparecer. No se puede tachar su nombre de la lista, me explican, hasta que se hayan encontrado sus restos. Ése es el principio. Yo asiento. Qué dicha debe de ser el contar con principios simples y creíbles en razón de los cuales hay que vivir. Tal vez puede que no sea demasiado tarde para abandonar el campo y encontrar un hogar en el seno de la civilización.

234. El caballo. El caballo pasó semanas metido en el establo después que desapareciera mi padre. Luego, me cansé de dar de comer al caballo y lo dejé suelto. Ahora ya ni siquiera hay caballo. O tal vez sea que el caballo recorre los cerros sin cesar, en busca de su amo perdido.

235. Ou-Anna y Jakob también han venido de visita a la granja. A decir verdad, vinieron en el carromato a recoger sus últimas pertenencias. Ou-Anna suspiró y habló de las virtudes de mi padre.

—Siempre fue un hombre de palabra —dijo.

—¿Qué noticias tienes de Hendrik? —dije yo.

—Ninguna —dijo. Ha desaparecido, ha desaparecido con su mujer. ¡Pero todavía lo han de atrapar, eso es seguro!

Jakob se aprieta el sombrero contra el pecho e inclina la cabeza. Su mujer le guía hacia el carromato. Es ella la que azota a los burros y es entonces cuando, al paso, desaparecen de mi vida, marchitos, jorobados. Los miro hasta que cruzan el río, luego cierro la puerta.

236. ¿Qué va a ser de Hendrik? Cuando vinieron en busca de mi padre esos hombres barbados, esos chicos de mejillas sonrosadas y bocas diminutas, estrictas, con esos ojos azules que son la enseña de su raza, ¿vinieron de veras en busca del amo ausente, o acaso vinieron en pos del esclavo truhán y de su manceba? De ser ése el caso, ¿no los habrán encontrado ya a estas alturas, no los habrán matado a tiros, lacónicamente, para volver después a cenar a sus casas? Y es que en esta parte del mundo no hay sitios en los cuales esconderse. Esta parte del mundo, a ojos del cazador, está por todas partes desnuda; el que no pueda excavar en el suelo, puede darse por perdido.

Claro que tal vez no los matasen en un cruce de caminos. Tal vez, después de seguir su rastro, los apresaron, los ataron como a los animales, se los llevaron a algún remoto lugar en el que haya justicia y los condenaron a picar piedra durante el resto de sus vidas, para pagar por sus crímenes y por las enloquecidas historias de reivindicación que tenían por costumbre contar. Tal vez por ser mujer, por ser señora

y doncella, por estar mal de la cabeza, nadie me ha dicho nada. Tal vez escoltaron a Hendrik y a Anna a la salida del juzgado y se miraron unos a otros y asintieron, emparejando la justicia con la misericordia; tal vez mandaron al alguacil provisto de un rollo de alambre de espino para que cerrase las cancelas de la granja, tal vez de ese modo hayan decidido borrar de sus pensamientos. Y es que es posible encerrar a alguien en un espacio reducido o en un espacio anchuroso. Tal vez, y en consecuencia, mi historia ya haya llegado a su fin, tal vez ya estén los documentos lacrados y guardados en lugar seguro, tal vez yo soy la única que no lo sabe, por mi propio bien.

O tal vez sí que trajeron de vuelta a Hendrik, tal vez lo trajeron a la granja para someterlo a un careo conmigo, tal vez lo he olvidado. Tal vez acudieron todos, el magistrado, los escribanos, los alguaciles, los curiosos congregados aquí y venidos de muchas millas a la redonda, tal vez me presentaron a Hendrik encadenado de manos y pies, tal vez preguntaron: «¿Es este el hombre?». Tal vez esperaron que yo respondiera. Tal vez fue entonces cuando nos miramos a los ojos por última vez, tal vez yo dije: «Sí, ése es». Entonces, él habría soltado infundios y juramentos, me habría escupido a la cara, y ellos le habrían dado una paliza y se lo habrían llevado a rastras. Tal vez me eché a llorar. Tal vez sea ésta la verdadera historia, por poco o nada aduladora que resulte para mí.

O tal vez haya estado equivocada en todo momento, quizá y después de todo mi padre no haya muerto, quizá hoy mismo, al anochecer, baje cabalgando de los cerros, montado en el caballo perdido, y quizá entre dando largas zancadas en la casa, haciendo ruido, gruñendo porque su baño no está listo, abriendo de golpe las puertas cerradas, husmeando los extraños olores que hay en la casa. «¿Quién ha estado aquí? —grita mi padre. ¿Has dejado entrar en la casa a un hotentote?». Sollozo y echo a correr, pero me alcanza y me retuerce el brazo. Tartamudeo por el miedo.

—¡Hendrik! —sollozo. ¡Hendrik! ¡Ven y ayúdame, que han vuelto los fantasmas!

Pero Hendrik, ay, Hendrik se ha marchado, y yo debo hacer frente a solas a mis demonios, una mujer adulta, una mujer de mundo, aunque nadie creería tal cosa, acucillada tras la última saca de gachas, las gachas con que preparo papillas. Hendrik, no puedo hablarte, pero has de saber que te deseo lo mejor, os deseo lo mejor a los dos, a ti y a Anna, os deseo la astucia del chacal, os deseo mejor suerte que la de vuestros perseguidores. Y si una noche vienes a llamarme, golpeando a la ventana, no me sorprenderá. Podrás dormir aquí el día entero, por la noche podrás pasear a la luz de la luna y decirte lo que se digan los hombres cuando pasean a solas y por fin son dueños de un pedazo de tierra. Prepararé tus comidas, e incluso, si gustas, volveré a intentar ser tu segunda esposa, cosa que seguramente no está más allá de mi alcance si me empeño, pues todas las cosas son posibles en esta isla desgajada del espacio, del tiempo. Puedes traer contigo a tus cachorros; los guardaré de día y los sacaré a jugar de noche. Sus grandes ojos resplandecerán, sabrán ver cosas invisibles a todas las demás personas, y de día, cuando el ojo del cielo reluzca y

perfore todas las sombras, podremos yacer juntos en la fresca penumbra de la tierra, tú y yo y Anna y ellos.

237. Los veranos y los inviernos vienen y se van. Cómo pasan con tanta agilidad, o cuántos han pasado hasta la fecha, son cosas que desconozco, pues no he tenido la prevención de hacer muescas en un poste, marcas en una pared, o de llevar un diario, como hace todo buen exiliado. Sin embargo, el tiempo ha fluido sin cesar, y ahora soy de veras una mujer enloquecida de mala manera, de mala manera envejecida, con la espalda encorvada y la nariz aguileña y los dedos como sarmientos. Quizá mucho me equivoque al representarme el tiempo como un río que fluye del infinito al infinito y que me transporta como un corcho o una rama que flota; quizá, tras tanto haber flotado en la superficie del agua, el tiempo ha fluido por debajo de la tierra durante un trecho y ahora ha vuelto a emerger a la luz por razones que para siempre me estarán vedadas, y ahora fluye de nuevo a la luz, y yo fluyo con él tras tantos veranos e inviernos transcurridos en las entrañas de la tierra, durante los cuales las palabras tienen que haber seguido manando (pues ¿dónde estaría yo si hubiesen dejado de manar?), sólo que sin dejar rastro, sin recuerdos. O tal vez sea que no existe el tiempo, tal vez solamente exista el espacio y yo no sea más que una mancha de luz que se mueve errática de un punto a otro, saltándome los años en un visto y no visto, de pronto una niña asustada en un rincón de la escuela, de pronto una vieja con los dedos sarmentosos, que también eso es posible, pues tengo la mente abierta, y ello explicaría en parte la provisionalidad con que conservo mis recuerdos.

238. Solamente he tenido un visitante más en la granja. El visitante llegó caminando una tarde por el sendero que lleva a la casona. Lo vi llegar desde ese punto situado en la ladera de un cerro en el que trabajo con las piedras. Él no me vio. Llamó a la puerta de la cocina. Luego, haciéndose pantalla con la mano sobre los ojos, intentó escrutar a través de una de las ventanas. Era un niño, un chico de unos doce o trece años, vestido con unos pantalones hasta las rodillas y una camisa abolsada, de color caqui. Llevaba una gorra caqui también, o una especie de quepis como no había visto en mi vida. Como nadie contestó a sus llamadas se fue al huerto, donde estaban en flor los naranjos cargados de fruta. Fue allí donde me aparecí a él, una vieja asilvestrada, aparecida como por arte de magia. Se puso en pie de un brinco, temeroso, intentando ocultar a la espalda una naranja a medio comer.

—¿Y quién ha venido a robarme la fruta? —dije.

Las palabras cayeron de mis labios pesadas como piedras. Qué raro fue volver a decir palabras de verdad a un oyente de verdad, aunque estuviese petrificado.

El chico me miró con los ojos como platos —permítaseme recrear la escena— o, mejor dicho, miró aquel adefesio vestido de negro, con antiguas manchas de comida y de herrumbre en la pechera, con los dientes grandes y descolocados, con los ojos

enloquecidos y una gran crencha de cabello gris, a sabiendas, en ese preciso instante, de que todas las historias que había oído contar eran verdad, de que lo peor era verdad, de que ya nunca más volvería a ver a su madre, de que lo iba a descuartizar como a un corderillo, de que su dulce carne se iba a asar a fuego lento, de que sus tendones los iba a hervir yo en la marmita, de que sus ojos iban a formar parte de una asquerosa poción, de que arrojaría sus huesos mondos y lirondos a los perros.

—¡No, no! —jadeó, su corazoncito a punto de pararse en seco, y se hincó de rodillas. Del bolsillo sacó una carta y la alzó tembloroso en el aire. Es solamente una carta, señorita, por favor...

Era un sobre azul en el cual alguien había marcado una cruz también en azul. Iba dirigida a mi padre. Por tanto, no nos habían olvidado. No del todo.

Abrí el sobre. Era una carta impresa, en dos lenguas, en la cual se requería el pago de ciertos impuestos para el mantenimiento de las carreteras, la erradicación de las plagas y otras maravillas de las que nunca había oído hablar.

—¿De quién es esta firma? —pregunté al chico. Negó con la cabeza sin quitarme ojo de encima, decidido a no acercarse ni un palmo. ¿Quién envía esta carta?

—La oficina de correos, señorita.

—Ya, pero ¿de quién?

—No lo sé, señorita. La señorita debe firmar para que quede constancia de la entrega. —Me alcanzó un pequeño cuaderno y un lápiz minúsculo, mordisqueado.

Sosteniendo el cuaderno contra el muslo, escribí NO TENGO DINERO con torpes letras de molde, por lo mucho que me dolían los dedos.

El chico se guardó el cuaderno y el lápiz en el bolsillo.

—Siéntate —le dije, y se acuclilló sobre los talones. ¿Qué edad tienes?

—Doce, señorita.

—Y ¿cómo te llamas?

—Piet, señorita.

—Bueno, Piet, dime una cosa: ¿has hecho esto alguna vez? —Formé un círculo con el pulgar y el índice de mi mano izquierda e introduje repetidas veces el índice de la mano derecha a través del agujero.

Piet negó despacio con la cabeza, clavándome los ojos en mis ojos enloquecidos, como si calibrase cuál era el mejor momento para saltar y echar a correr.

Me acerqué un solo paso y le puse una mano en el hombro.

—Y... ¿no te gustaría aprender, Piet?

Hubo un restregarse de sus zapatos contra el polvo y desapareció, corriendo entre los naranjos, hacia el río, donde siguió por el camino con la gorra en la mano.

Ésa fue la única visita.

239. También oigo voces. Es precisamente el comercio que mantengo con las

voces lo que me ha impedido convertirme en un animal, pues estoy convencida de que si esas voces no me hablasen hace ya mucho tiempo que habría abandonado todo empeño por hablar y me habría puesto a aullar, a eructar, a chillar. El marino, en la isla desierta, habla así a sus animales: «¡Polly, bonito!», le dice al loro. «¡Atrápalo!», le dice al perro. Pero siente en todo momento que sus labios se endurecen, que la lengua se le espesa, que la laringe es cada vez más áspera. «¡Guau!», dice el perro. «Ca—ca—ca—ca», dice el loro. Y pronto, muy pronto, el marino salta a cuatro patas, mata las cabras de la isla a golpes que les propina con fémures, comiéndose la carne cruda: no es el habla lo que convierte en hombre al hombre, sino el habla de los otros.

240. Las voces me hablan desde máquinas que vuelan por el cielo. Me hablan en español.

241. Yo no sé ni una palabra de español, claro está. Sin embargo, es característico del español en que me hablan las máquinas voladoras el hecho de que me resulte inmediatamente comprensible. No tengo otra forma de explicar esta circunstancia, salvo si doy a entender que mientras exteriormente esas palabras pueden presentarse de hecho como si fuesen palabras del español, no pertenecen en realidad a ningún nativo que hable español, sino a un español compuesto de significados puros, tal como el que podría soñar algún filósofo, y que lo que se me comunica a través de la lengua española, a través de mecanismos que no consigo detectar, de profundo que resulta el anclaje de dichos mecanismos en mi interior, es en consecuencia el significado puro. Ésta es una suposición mía, una humilde suposición. Las palabras provienen del español, pero están vinculadas a significados universales. Si no creo en esto, entonces debo creer bien que mi testimonio es indigno de toda confianza, y que —así como perturbaría a una tercera parte— no nos concierne ni a las voces de mi interior ni a mí misma, ya que ambas partes carecen de importancia, dado que la una parece creer a ciegas en la otra, o bien que existe una continua intervención milagrosa que se produce en mi nombre bajo la especie de la traducción, explicación que por lo demás prefiero no admitir en tanto no me fallen las otras, eligiendo así las menos ultrajantes en vez de las que más me ultrajarían.

242. ¿Cómo van a engañarme, si pienso con tanta claridad?

243. Las voces no me llegan directamente de las máquinas, no me llegan de manera nada sencilla. Es decir, que no hay hombres que se asomen de las máquinas voladoras y me griten esas palabras. Ciertamente, si las máquinas voladoras tienen el tamaño suficiente para albergar a un determinado número de hombres, tal como yo entiendo a los hombres, ello es muy relativo. Las máquinas voladoras, que son como

largos y estrechos lápices de plata con dos pares de alas rígidas, un par de alas largas delante y otro par de alas cortas detrás, tienen unos dos metros de longitud, pero vuelan a centenares de metros sobre el suelo, mucho más alto que todos los pájaros que yo haya visto, por lo cual parecen más pequeñas de lo que son en realidad. Durante los días primero y cuarto vuelan de norte a sur, y durante los días segundo y quinto vuelan de sur a norte, dejando despejados los cielos los días tercero, sexto y séptimo. Ese ciclo de siete días es una de las regularidades que he descubierto a propósito de las máquinas.

244. Es harto probable que se trate de una única máquina que vuele de un lado a otro cuatro veces por semana, en vez de cuatro máquinas o más. Pero sobre este punto no he tomado una postura inflexible.

245. Eso que vuela por el cielo es más una máquina que un insecto, porque zumba continuamente y su vuelo es lineal, perfecto, regular. Lo llamo máquina, pero cabe la posibilidad de que se trate de un insecto. De ser así, la broma es verdaderamente cruel.

246. Las palabras que oigo no me las gritan desde las máquinas. Más bien parecen hallarse suspendas en el aire, todos esos vocablos españoles, vocablos de cristal, que se precipitan al enfriarse, tal como se precipitan el rocío y la escarcha en invierno, y así alcanzan mis oídos de noche, o más a menudo a primera hora de la mañana, antes del amanecer, y penetran en mi entendimiento, como el agua.

247. No me engañan o, caso de ser cierto lo contrario, los engaños de que soy objeto son puro privilegio. De ninguna manera podría inventar palabras como las que me dicen. Vienen de los dioses o, si no, vienen de otro mundo.

Las palabras de la pasada noche fueron: *Cuando soñamos que estamos soñando, está próximo el momento del despertar*. Medito sobre este texto. Estoy segura de que no se refiere a mi estado actual. Nunca he soñado que estoy soñando. Hoy día, ya nunca sueño; duermo, en cambio, en una especie de pasividad bienaventurada, a la espera de que las palabras acudan a mí, tal como espera una doncella la llegada del Espíritu Santo. Estoy segura de que soy real. Ésta es mi mano de carne y hueso, es la misma mano de todos los días. Doy un paso: ésta es la tierra, tan real como yo misma, real hasta la médula. Por lo tanto, las palabras deben de hacer alusión a un tiempo aún por venir. Tal vez me advierten de que un buen día despertaré sintiéndome algo más aérea, algo más fantasmagórica que ahora y, al retirar las cortinas y contemplar los pastos por enésima vez, me encontraré ante cada arbusto y cada árbol, ante cada piedra y cada grano de arena envueltos en su propio halo de



claridad, como si todos los átomos del universo me estuviesen contemplando. La agitación de las cicadas, tan familiar que bien puede pasar inadvertida, comenzará a pulsar en mis oídos al principio con pulso suave como el de una estrella lejana, después más alto, hasta que mi cráneo reverbere al unísono con ese chirrido. Y luego más suave, más suave aún, con firmeza, en mi interior. ¿Y qué me diré entonces? ¿Que me embarga la fiebre, que mis sentidos me están jugando una mala pasada, que dentro de pocos días, si descanso un poco, volveré a ser la de siempre? ¿Qué incentivo pueden tener los microbios de la fiebre para cruzar siete leguas de una extensión desolada, sin una gota de agua, salpicada por los pellejos de las ovejas merinas muertas tiempo ha, dando por hecho que la fiebre la transmitan los microbios y que los microbios tengan alas? ¿La recompensa de una vieja desecada? Sin duda alguna, el botín ha de ser más rico en otras partes. No, mucho me temo que lo único que podría decirme es: Esto no puede seguir así, me estoy perdiendo, ha terminado el letargo, el momento del despertar está ya al caer. ¿Y a qué mundo habré de despertar? ¿Ante ese hombre moreno y ya medio olvidado, acostado, tenso, en mi cama, con el brazo sobre los ojos? ¿Ante el gélido corredor que lleva al dormitorio de mi padre, a los malsanos crujidos del lecho? ¿A una habitación alquilada en medio de una ciudad desconocida, a un estómago lleno de carne de cerdo en salazón y de ensalada de patatas? ¿Acaso habré tenido pesadillas durante toda la noche? ¿O tal vez despierte ante algún otro predicamento tan desproporcionado que resulte inimaginable?

248. Hablan las voces: *Carente de todo enemigo y resistencia externa, confinado en una oprimente angostura y regularidad, el hombre a la postre no tiene otra opción que la de convertirse a la larga en una aventura.* Me acusan, si entiendo bien, de convertirme en mera ficción solamente por puro aburrimiento. Me acusan, con muchísimo tacto, de tornarme más violenta, más diversa, más asaeteada por el tormento de lo que en realidad soy o estoy, tal como si me hallase leyendo un libro y ese libro me resultara pesado y lo dejase a un lado para inventármelo todo. Es así como interpreto dicha acusación. Según dicen, no he tejido mi propia historia en una rebelión contra la verdadera opresión, sino en una reacción contra el tedio implícito en la debida servidumbre a mi padre, en el ordenamiento de las criadas, la administración de la casa, el paso de los años; cuando ya no pude encontrar enemigo en el exterior, cuando las hordas de jinetes morenos dejaron de aparecer por los cerros, ondeando los arcos y las flechas y ululando sin parar, hice de mí misma un enemigo, de la apacible, obediente doncella que no deseaba sino cumplir la voluntad de su padre y menguar, gruesa y harta de los días.

¿Son dioses y es posible que no entiendan, me pregunto, o soy yo la que está ciega porque así lo he querido? ¿Qué es en el fondo menos probable, la historia de mi vida tal como yo la he vivido o la historia de la buena hija que musitaba los salmos al alabar el asado dominical en una cocina holandesa, en medio y medio de un desierto

pétreo, mortuorio? En cuanto a la invención de los enemigos, el piadoso guerrero de los cerros nunca fue tan formidable como ese otro enemigo que se arrastraba por las sombras diciendo: «Sí, baas». Al esclavo que solamente podía decir «sí» mi padre solamente pudo decirle «no», y yo igual que él, y ése fue el principio de todos mis pesares. Por lo tanto, protesto. Hay cosas que no son visibles desde los cielos, pero ¿cómo podré persuadir a quienes me acusan? He intentado trazar mensajes con las piedras, pero las piedras son muy poco flexibles y transmiten malas distinciones que necesito hacer. ¿Puedo, además, estar segura de que sabrán entender las palabras que utilizo? Si son dioses y son omniscientes, ésta no es una conclusión que autorice su monolingüismo. ¿Puedo, de hecho, tener la seguridad de que saben de mi existencia? Quizá en el fondo me ignoran por completo. Quizá en todo momento me he equivocado al creer que me hablaban a mí. Quizá sus palabras solamente se dirijan a los españoles, pues sin saberlo yo queda decretado que son los españoles los elegidos. O quizá es que los españoles no viven tan lejos de aquí como yo había pensado, quizá vivan al otro lado de los cerros. Vale la pena detenerse a pensar en ello. O quizá es que me tomo sus palabras demasiado a pecho, al pie de la letra, quizá ni siquiera se dirigen ni solamente a los españoles ni solamente a mí, sino a todos nosotros, seamos quienes seamos los que entendemos el español, y quizá todos seamos objeto de la misma acusación, de crear especiosas aventuras, aunque es verdad que esto resulta más difícil de creer, dado que no abundan las personas que dispongan de tanto tiempo como dispongo yo.

*249. La víctima inocente solamente puede conocer el mal bajo la especie del sufrimiento. Todo lo que no percibe el criminal es su propio crimen. Todo lo que no percibe la víctima inocente es su propia inocencia.*

En este punto me perturba mi ignorancia respecto de los matices del español. Sería infinitamente más feliz si estos dichos no fueran tan sibilinos. ¿Acaso definen aquí las voces el crimen y la inocencia o acaso me hablan de los modos en que la víctima y el criminal experimentan el crimen? Caso de ser cierto lo primero, ¿afirman tal vez que cuando el mal se presenta bajo la forma de una malvada inocencia resulta casi automáticamente destruido? En ese caso, solamente puedo ingresar en el reino de los que se salvan en calidad de granjera, nunca en calidad de heroína de la conciencia. Me atreveré a decir... ¿acaso estoy condenada? ¿Cesarán las voces de hablarme? Si eso sucediera, verdaderamente estaré perdida.

*250. Es la conciencia del esclavo lo que constituye la certidumbre que tiene el amo de su propia verdad. Pero la conciencia del esclavo es una conciencia dependiente. Por eso, el amo no está seguro de la verdad de su autonomía. Su verdad reside en una conciencia no esencial, en actos no esenciales.* Estas palabras hacen alusión a mi padre, a su brusquedad con los sirvientes, a su innecesaria aspereza. Pero

es que mi padre era áspero y dominante solamente porque no podía tolerar la elemental idea de pedir algo que le fuese denegado. Todas sus órdenes eran ruegos secretos; hasta yo misma me di cuenta de eso. Entonces, ¿cómo terminaron por saber los sirvientes que podían hacerle mucho daño solamente obedeciéndole como esclavos? ¿Contaban también con las instrucciones de los dioses, recibidas a través de conductos de los que nosotros nunca tuvimos conciencia? ¿Será que mi padre fue tornándose más y más áspero con ellos con el solo objeto de provocarles a despojarse de su servidumbre y su esclavitud? ¿Habría recibido a un esclavo rebelde como recibe un padre al hijo pródigo, aun cuando su reacción inmediata hubiese sido castigado? ¿Acaso fue mi padre crucificado sobre la paradoja que exponen las voces, a saber, que a las personas que se inclinaban ante sus caprichos como las briznas de hierba ante el viento estaba pidiéndoles, a su manera, una afirmación de su propia verdad? ¿Y acaso ante la provocación de él la respuesta de todos ellos fue «Sí, baas», bajando la vista, escondiendo las sonrisas, dándole tiempo hasta que llegara a extralimitarse? Tuvieron que darse cuenta de que se había extralimitado cuando ordenó que Klein-Anna viniese a la casa. Tuvieron que darse cuenta incluso antes, cuando empezó a notársele el encaprichamiento. ¿Por eso se tragaría Hendrik su orgullo? ¿No vio Hendrik en la seducción de Anna el último esfuerzo de mi padre por arrancar de los labios de un esclavo, aun cuando fuera en lo más oscuro de la noche, palabras como las que una persona libre dirige a cualquiera de las perfumadas viudas que habitan en la región, pero que caso de provenir de nosotros habrían sido inservibles? ¿O acaso lo vio Hendrik con toda claridad y no quiso perdonar ni un ápice y jurar venganza? ¿Es acaso mi confinamiento aquí la venganza de Hendrik? ¿Será señal de mi inocencia el hecho de que sienta mi confinamiento solamente en tanto sufrimiento, y de ninguna manera en tanto crimen contra mí cometido? Si no interviene la compasión, ¿dónde termina la venganza? *Las voces callan demasiado pronto.* Me siento agradecida por todo cuanto me proporcionan. Sus palabras son de oro. Postergada en tiempos, ahora me siento honrada por los años transcurridos en absoluta soledad, mucho más honrada de lo que nadie pueda sentirse. Hay justicia en el universo, he de reconocerlo. Sin embargo, las palabras del cielo dan pie a más interrogantes de los que responden. Me produce náuseas y me obliga a callar esta dieta de universales. He de morir antes de haber alcanzado a arañar siquiera la verdad. Deseo la verdad, ciertamente, pero aún es mayor mi deseo de irrevocabilidad.

251. Las piedras. Cuando empezaron a volar las máquinas por allá arriba, cuando empezaron a hablarme, sentí el ansia de contestar como fuese. Me subía a la roca que hay a espaldas de la casa, vestida de blanco para la ocasión, con mi zurcido y viejo camisón, y hacía señales con las manos y gritaba a voz en cuello mis respuestas, primero en inglés y luego, cuando vi que así no me hacía entender, en español. ES MI, gritaba. ¡VENE! Gritaba en un español que hube de inventar desde los primeros

principios, a partir de la introspección, a medida que avanzaba.

252. Luego se me ocurrió que los seres que volasen a bordo de las máquinas tal vez estuviesen sumidos en el éxtasis, absortos, fija la mirada en el infinito horizonte azul, dejando caer sus mensajes de manera parentética, por así decir, dejándolos flotar a su aire. Por eso me pregunté si no sería preferible imitar a los náufragos clásicos y encender una pira para concitar su atención. Trabajé durante tres días sin interrupción hasta formar una montaña de leña seca. Al cuarto día, cuando vi aparecer el primer destello de plata por el norte, encendí mi faro y eché a correr a mi puesto de vigía. En el acto, llamas gigantescas se alzaron por los aires. El aire se colmó del crepitar de los espinos, del chirrido de los insectos al expirar. ¡AISOLADO!, volví a gritar a pesar del bramido del fuego, dando vueltas sin cesar, agitando un pañuelo. Como un fantasma, la máquina planeó por encima de mí. ¡ES MI! ¡VIDI! No oí ninguna respuesta.

253. Pero aun cuando el ser que volaba a bordo de la máquina hubiese dicho algo, según me di cuenta después, no podría haberlo oído: su voz se habría perdido en medio del ruido. Además, ¿qué podría hacerles entender que el fuego es una señal? ¿No podría haber sido simplemente la hoguera que enciende un viajero, o un agricultor que quema los rastrojos, o un fuego encendido por un rayo, un simple fenómeno? Después de todo, no es tan obvia mi condición de náufrago, no hay nada que indique mi incapacidad de dar un paso tras otro hasta alcanzar el puesto de ayuda más cercano y pedir lo que en ese momento digamos, por ejemplo, las comodidades y los consuelos de la civilización.

254. Pero tal vez, pensé entonces, les hago una injusticia, quizá saben perfectamente que soy un náufrago y sonrían de soslayo, observando mis danzas en mi empeño por proclamar mi condición de sujeto único, y es que tal vez el mundo entero esté lleno, de un horizonte al otro, de personajes que danzan y que proclaman su privacidad con sus respectivas hogueras. Quizá me estoy portando como una perfecta imbécil, quizá solamente pueda concitar su atención cuando deje de cantar y de bailar, cuando vuelva a las tareas cotidianas, a barrer y a fregar. Tal vez, quién sabe, me comporte como una de las hermanas feas en un cuento en el que solamente Cenicienta ha de salvarse. Quizá es que llegó el milenio y yo, como no dispongo de calendario, no me he dado cuenta, quizá el príncipe otea ahora las zonas más lejanas del planeta en busca de su amada, y yo, que tanto tiempo he pasado acunando la parábola en mi seno, leyéndola como alegoría de mi reivindicación, quizá haya de quedarme atrás, con los patanes, mientras la dichosa pareja vuela rumbo a una nueva vida de la que habrá de gozar en los planetas más apartados. ¿Qué debo hacer? Estoy perdida de todas todas. Quizá debiera meditar más reposadamente sobre aquellas

palabras relativas a la inocencia de los inocentes.

255. Las piedras. Al haber fracasado en mi empeño por hacerme entender a fuerza de gritos (aunque ¿estoy de veras segura de que no me oyeron? Tal vez sí me oyeron pero no les parecí de interés, o quizá no necesitan gozar de ninguna clase de comunicación), opté por escribir. Durante una semana, faenando de sol a sol, acarree de acá para allá la carretilla llena de piedras a rebosar, hasta haber formado un montón de unas doscientas piedras traídas de los pastos detrás de la casa. Eran piedras redondeadas, lisas, del tamaño de una calabaza pequeña. Las pinté una por una aprovechando la cal sobrante de los viejos tiempos (como todo náufrago que se precie, le encuentro utilidad a todos los despojos, un día tendré que hacer una lista de las cosas que no he utilizado y, a manera de ejercicio, encontrarles alguna utilidad). Formé con las piedras letras de unos dos metros de alto, y empecé a deletrear mensajes a mis salvadores: CENICNT ES MI; Y al día siguiente: VENE AL TERRA; Y QUIERO UN AUTR; y otra vez: SON AISOLADO.

256. Tras varias semanas de construir mensajes sin cesar, semanas de acarrear las piedras de acá para allá, de repintarlas, de subir y bajar las escaleras del desván para comprobar que había escrito con renglones bien derechos, me sorprendió descubrir que lo que estaba deletreando afanosamente no era, hablando estrictamente, ninguna clase de respuesta a las palabras venidas del cielo, sino inoportunidades. ¿Sentiría alguien la tentación, me pregunté, de visitar un lugar de la tierra cuya invitación resultaba tan clamorosamente mísera, obra de una criatura tan palmariamente solitaria, y ello por no hablar de su vejez y su fealdad? ¿No sería más lógico evitar semejante lugar como quien evita el contacto con la peste? Por lo tanto, me puse la pabela de ala ancha todos los días en que pasaban volando las máquinas y me dispuse a construir mensajes más plácidos, más crípticos, más acordes con el estilo de los mensajes que las máquinas me transmitían, y así, con suerte, puede que algo más atractivos. POEMAS CREPUSCLRS, anuncié el primer día, aunque quise decir CREPUSCULARIAS, sólo que me faltaron piedras. (Después traje con la carretilla dos docenas de piedras nuevas, nunca hemos andado escasos de piedras de toda clase en esta parte del mundo, aunque no tengo ni la menor idea de lo que haré con tantas piedras una vez que las máquinas hayan cesado de pasar volando, ésa es una fuente de ansiedad que no debo pasar por alto, quizá me vea obligada a construir un sepulcro ante la puerta de la cocina, dispuesta a introducirme en él cuando llegue el día, pues no tengo los arrestos necesarios para acarrear las piedras a sus lugares de origen, a los pastos, y dispersarlas; me resulta imposible hacer tal cosa después de haber tenido a las piedras por hermanos y hermanas, tras haberlas hecho participar en mis mensajes). SOMNOS DE LIBERTAD, escribí el segundo día; AMOR SIN TERROR, el cuarto;

DII SIN FUROR, el quinto; NOTTI DI AMITAD, otra vez, el primero. Luego escribí un segundo poema, en seis partes en respuesta a las diversas acusaciones de las voces: DESERTA MI OFRA ELECTAS ELEMENTARIAS / DOMINE O SCLAVA / FEMM O FILIA / MA SEMPRE HA DESIDER / LA MEDIA ENTRE. ¡El medio! ¡Entre medias! ¡De qué forma llegué a maldecir mi suerte al sexto de estos días, por negarme aquello que, de todas las cosas, más necesitaba, un lexicón de la verdadera lengua española! ¡Tener que saquear la despensa innata de que se dispone, en busca de una simple conjunción, cuando la palabra tiene que estar dormida en alguna parte, entre las páginas de un libro, quién sabe dónde! ¿Es que no me va a hablar nadie usando el verdadero lenguaje del corazón? El medio, la mediana... ¡eso es lo que yo quise ser! Ni ama ni esclava, ni madre ni hija, sino un simple puente entre ambos términos, de manera que en mí se reconciasen los contrarios.

257. Con todo, siempre caritativa, me hago la siguiente pregunta: al fin y al cabo, ¿qué pueden ofrecer mis poemas, en el supuesto de que se entiendan, a esos seres del cielo? Si son capaces de construir máquinas voladoras, el atractivo de una inteligencia capaz solamente de desplazar piedras, de construir palabras, debe de parecerles insulso. ¿Cómo podría conmoverlos? FEMM, escribí, FEMM / AMOR POR TU. Y, descendiendo ya a los ideogramas, empleé todas las piedras disponibles en un boceto de una mujer tendida de espaldas, una mujer de figura más plena que la mía, con las piernas abiertas, más joven que yo, pues no era el momento propicio para andarse con escrúpulos. ¡Qué vulgaridad, pensé al supervisar el boceto desde el desván, y, sin embargo, qué necesario! Y me eché a reír. Cuánto he terminado por parecerme a la bruja de la fábula. Cualquiera puede temer por esos hombres del cielo, y con razón, pues ¿quién sabe si, atraídos a la tierra por mis añagazas, no se verán metamorfoseados en una piara de cerdos? Tal vez ellos mismos hayan percibido este temor, tal vez precisamente por eso me rehuyen: quizá en sus viajes por todo el resto del mundo se detienen de cuando en cuando en las copas de los árboles y charlan con la gente de a pie; y en cambio, cuando pasan por encima de mí se elevan y se limitan a dejar caer mensajes cautelares.

258. También he intentado no hacer caso de los mensajes nocturnos. No es posible perseguir de por vida un capricho sin esperanza, me he dicho, sin cortejar el destino de Narciso. *Un ciego que se ponga a bailar se diría que no observa el período de luto y lamentaciones*, dicen las voces. ¡Bah! *Lo que crea un mundo de cosas es un mundo de palabras* ¡Bah!

259. Ayer por la noche no fue posible aquietar a la voz, que habló sin cesar, y ya no en escuetos epigramas, sino en párrafos fluidos, hasta el punto de que llegué a

dudar si no sería un nuevo dios el que había tomado la palabra, por encima del clamor de mis protestas. «Déjame en paz, quiero dormir», grité. *Forma parte del orden que no caigamos víctimas del asesino, dijo la voz, que consintamos morir si nos convertimos en asesinos. Todo hombre que haya nacido en esclavitud, ha nacido para la esclavitud. El esclavo lo pierde todo en sus cadenas, incluido el deseo de escapar a sus cadenas. Dios no ama a nadie, prosiguió, y tampoco odia a nadie, Dios está libre de pasiones y no siente placer ni dolor. En consecuencia, quien ame a Dios no puede esforzarse por lograr que Dios le ame a su vez; al desear tal cosa, en el fondo desearía que Dios no fuese Dios. Dios está oculto, y toda religión que no afirme que Dios está oculto por fuerza ha de ser falsa. «¡Lárgate! —grité—. ¡Basta ya de basura española!».* El deseo es una pregunta que no tiene respuesta, siguió diciendo la voz. Ahora sé a ciencia cierta que no me oyen. *El sentimiento de soledad es el ansia de un lugar. Ese lugar es el centro del mundo, el ombligo del universo. Lo que no sea una totalidad no puede satisfacer al hombre. Quienes domeñan el deseo lo hacen porque su deseo es tan débil que puede domeñarse. Cuando Dios consigue a través de los malvados aquello que haya decretado en sus más secretos designios, no quiere decir que los malvados sean dignos de excusa. A quienes deja Dios al margen de sus designios también los condena; no existe ninguna otra razón por la cual desee excluirlos.*

260. Durante el día entero he ido de un sitio a otro con estas palabras zumbándome en los oídos, desgarrada por ese deje de significación que contienen, irritada además por su absoluta falta de coherencia. ¿Qué asesino puede amenazarme? ¿Cómo va a ser posible consentir morir? La carne ama a la carne, aunque sea a ella misma, y de ninguna manera puede consentir extinguirse. Si de veras fuese yo una esclava resignada a sus cadenas, ¿no habría aprendido la palabra «sí» hace ya mucho tiempo? Sin embargo, y dentro de mi discurso, ¿hacia dónde puede apuntar un sí? Si mi discurso no es rebelde de principio a fin, ¿qué otra cosa es? En lo que atañe a la ausencia de Dios en este desierto pedregoso, no hay nada que se me pueda decir sobre ese asunto que yo no sepa. Aquí está todo permitido. No se castiga nada. Todo se olvida a perpetuidad. Dios nos ha olvidado y nosotros hemos olvidado a Dios. No fluye de nosotros ningún amor a Dios, ni albergamos ningún deseo de que Dios se fije en nosotros. El flujo se ha interrumpido. Somos los naufragos de Dios, tal como somos los naufragos de la historia. Ése es el origen de nuestro sentimiento de soledad. Yo, por mi parte, en modo alguno deseo estar en el centro del mundo, tan sólo deseo sentirme a mis anchas en el mundo, tal como hasta el último de los animales se siente a sus anchas. Y mucho menos que la totalidad, mucho menos bastaría para satisfacerme; para empezar, una vida en la que no mediasen las palabras: estas piedras, estos arbustos, este cielo y todo lo demás, experimentado y conocido sin interrogantes; luego, un apacible regreso al polvo. Sin

duda alguna no es mucho pedir. ¿No están ciegos todos estos dichos que llegan desde lo alto ante la fuente de nuestro mal? Esa fuente no es sino el hecho de no tener con quién hablar, de que nuestros deseos escapen de nosotros caóticamente, sin objetivo, sin recibir respuesta, como nuestras palabras, quienesquiera que seamos nosotros, pues tal vez solamente debiera hablar por mí.

261. Pero tengo además otras cuitas de que ocuparme, aparte de andar riñendo a la greña con mis voces. A veces, cuando hace buen tiempo, como hoy por ejemplo, soleado aunque no demasiado caluroso, saco a mi padre de su habitación y lo siento en el porche, apoyado en los cojines de su viejo sillón, de forma que una vez más pueda encararse a sus viejos terrenos, a todo lo que ya no es capaz de ver, y lo expongo al canto de los pájaros, que ya no es capaz de oír. No ve nada y no oye nada; por lo que alcanzo a saber no percibe ni sabores ni olores tampoco, y ¿quién podría imaginar cómo nota en su piel el tacto de mi piel? Y es que se ha retirado lejos, muy lejos, en lo más hondo de su ser. En las mismísimas recámaras de su corazón se agazapa, envuelto por el pulso de su débil sangre, por el remoto susurro de su aliento. De mí no sabe nada. Lo levanto sin dificultad, un maniquí de huesos reseco que mantienen aglutinados las telarañas, tan bien que podría doblarlo en dos y guardado en una maleta.

262. Me siento en el porche junto a mi padre, viendo cómo transcurren las cosas de este mundo, los pájaros de nuevo ajetreados en la construcción de sus nidos, la fresca brisa en mis mejillas y tal vez también en las suyas.

—¿Te acuerdas —le digo— de cuando íbamos a la playa en los viejos tiempos? ¿Te acuerdas de cómo llenábamos una cesta de bocadillos y de fruta, de cómo íbamos a la estación en el carricoche, de cómo cogíamos el tren al atardecer? ¿Te acuerdas de que dormíamos en el tren, acunados por el traqueteo de las ruedas; nos despertábamos embotados en algunas paradas, para beber agua; oíamos los murmullos de los ferroviarios a lo lejos, nos volvíamos a dormir; te acuerdas de cómo llegábamos a la playa al día siguiente, de cómo bajábamos hasta la arena, nos quitábamos los zapatos y chapoteábamos en la orilla? Tú me cogías de las manos y me levantabas por encima de las olas. ¿Te acuerdas del cangrejo ermitaño que me mordió en el dedo del pie, de cómo lloré sin parar, desgañitándome, de cómo te pusiste a hacer muecas para consolarme? ¿Te acuerdas de la pensión en la que nos hospedábamos? Qué insípida era la comida. Recuerdo que una noche pusiste el plato a un lado y anunciaste que no estabas dispuesto a comerte aquella bazofia nunca más; te levantaste y te marchaste del comedor. ¿Te acuerdas de que yo hice lo mismo, después de ti? ¿Te acuerdas de cuánto se alegraban los perros al vernos de regreso? Hubo una vez en que el viejo Jakob se olvidó de darles de comer, y tú te pusiste a jurar y a maldecir, y le quitaste su ración de carne durante una semana. ¿Te acuerdas



de Jakob y de Hendrik, de Ou-Anna y de Klein-Anna? ¿Te acuerdas de aquel hijo de Ou-Anna que se mató en un accidente, te acuerdas de que lo trajeron a la granja para enterrarlo; te acuerdas de que Ou-Anna quiso arrojarse con él a la tumba? ¿Te acuerdas de los años de la gran sequía, cuando hubo que vender todas las ovejas porque no había pastos en trescientos kilómetros a la redonda, y de cómo tuvimos que esforzarnos en construir la granja de nuevo? ¿Te acuerdas de aquella morera tan grande que había al otro lado del gallinero, te acuerdas de que una noche de verano se partió el tronco por el peso de la fruta? ¿Te acuerdas de que la tierra se quedó manchada de púrpura, teñida por el jugo de las moras caídas? ¿Te acuerdas del banco de los enamorados que teníamos debajo de la siringa, donde uno se podía pasar la tarde entera oyendo el zumbar de las abejas carpinteras? ¿Te acuerdas de Vlek, que era una perra pastora tan buena que entre ella y Jakob sabían hacer pasar al rebaño entero, por delante de ti, para que contaras las ovejas? ¿Te acuerdas de que Vlek envejeció y se puso enferma, sin poder comer; te acuerdas de que nadie más que tú estuvo dispuesto a matarla de un tiro; te acuerdas de que después te fuiste a dar un paseo, porque no querías que nadie te viese llorar? ¿Te acuerdas —le digo— de aquellas maravillosas gallinas pintas que teníamos, y del gallo que pasaba la noche en las ramas de un árbol? ¿Te acuerdas de todo aquello?

263. Mi padre está sentado, si es que sentado es la palabra, en su viejo sillón de cuero, a la fresca. Sus ojos no ven, son dos murallas azules y vidriosas, circundadas por la piel abolsada y enrojecida. No oye nada más que lo que resuena en su interior, a menos que esté confundida y que sí oiga mi cháchara pero prefiera no hacer ni caso. Hoy ya ha pasado un rato al aire libre, es hora de llevarlo dentro, a que descanse.

264. Tiendo a mi padre sobre su lecho, le desabrocho el camisón y le quito el pañal. A veces está limpio, pero hoy tiene la más débil de las manchas, lo cual demuestra que en su interior sus jugos aún gotean, los músculos aún ejecutan sus remotos movimientos peristálticos. Tiro el pañal viejo al cubo y le coloco uno nuevo.

265. Le doy a mi padre su caldo y su té flojito. Luego aprieto los labios contra su frente y lo pliego para que pase la noche. Érase una vez en que yo pensaba a menudo que iba a ser la última en morir; ahora en cambio pienso que durante unos cuantos días después de mi muerte él seguirá aquí respirando, en espera de que alguien le traiga su alimento.

266. Por el momento presente, sin embargo, se diría que nada va a ocurrir, que aún me queda mucho que esperar hasta que llegue el momento de introducirme a rastras en mi mausoleo y de cerrar la puerta a mis espaldas, dando siempre por

sentado que pueda encontrar un par de bisagras en el desván, para dejarme mecer por un sueño en el cual por fin no haya voces que me tomen el pelo, voces que me indignen. En momentos como el presente, repleta de lúgubres pensamientos, estoy tentada de atar los cabos sueltos.

¿Dónde y cómo encontraré el valor necesario para morir como una reina vieja y loca, en medio y medio de ninguna parte, sin que nada ni nadie me pueda explicar a los ojos de los arqueólogos, en un tumba llena de pinturas *naïf* sobre la cal de los muros, pinturas que representen a los dioses del cielo? Si no, ¿terminaré por ceder al espectro de la razón para explicarme en la única clase de confesión que conocemos nosotros los protestantes? Morir siendo un enigma con el alma repleta o morir vaciada de todos mis secretos, es así de pintoresco el dilema que me represento. Por ejemplo: ¿me he explicado plenamente alguna vez por qué no huyo de la granja, por qué no muero en la civilización, en uno de los asilos o manicomios que sin duda ninguna allí abundan, acompañada de libros llenos de ilustraciones, depositados en la mesilla, con una pila de ataúdes vacíos en el sótano y una enfermera bien adiestrada, una enfermera que deposite el óbolo sobre mi lengua? ¿He llegado alguna vez a explicar o si acaso a entender qué he estado haciendo aquí, en una región que se encuentra fuera de la ley, en la que las barreras que nos protegen del incesto a menudo están derruidas, en la que pasamos los días envueltos en un asilvestrado torpor, yo, que a todas luces tenía las hechuras de una muchacha inteligente, que sin duda podría haber expiado mis deficiencias físicas aprendiendo a tocar con agilidad, con todos los dedos, el piano, que habría podido confeccionar un álbum entero lleno de sonetos, que podría haber llegado a ser una buena esposa, industriosa, frugal, dispuesta a sacrificarse en todo momento, fiel e incluso en ciertas ocasiones apasionada? ¿Qué he estado haciendo en esta frontera de barbarie? No me cabe la menor duda, dado que éstas no son preguntas baladíes, que en alguna parte existe toda una literatura que espera a contestarlas por mí. Por desgracia, no tengo conocimiento de dicha literatura; además, siempre me he sentido más cómoda cuando se trataba de extraer las respuestas de mis propias entrañas. Hay poemas, estoy segura, acerca del corazón que se duele por Vedore Vlatke, acerca de la melancolía del crepúsculo sobre los prados que cubren las amapolas, sobre las ovejas que comienzan a reunirse para guarecerse del frío incipiente en la noche, sobre el lejano molino de viento, el primer chirrido del primer grillo, los últimos trinos de los pájaros posados sobre los espinos, las piedras de la tapia que aún retienen el calor del sol, la lámpara de la cocina que luce sin titilar. Son poemas que yo misma podría haber escrito. Hacen falta varias generaciones que hayan vivido en las ciudades para apartar del corazón esa nostalgia por las costumbres del campo. Yo nunca viviré lo suficiente para despojarme de ella, ni siquiera eso es algo que desee. Estoy corrompida hasta el tuétano por la belleza de este mundo abandonado. Si es preciso decir la verdad, nunca

deseé escapar con los dioses del cielo. Siempre tuve, en cambio, la esperanza de que descendieran a la tierra y vivieran aquí conmigo en el paraíso, sustituyendo con su aliento de ambrosia todo lo que perdí cuando las fantasmagóricas figuras de las últimas personas con que tuve trato se escabulleron de mí en plena noche. Nunca he tenido la impresión de ser la creación de otro hombre (ya vienen, aquí están, qué dulces los plañidos del cierre), he pronunciado mi vida entera con mi propia voz (vaya un consuelo), he elegido en todo momento mi propio destino, que no es otro que morir aquí, en este jardín petrificado tras las cancelas y las puertas cerradas a cal y canto, cerca de los huesos de mi padre, en un espacio en el que resuenan los ecos de los himnos que podría haber escrito, pero que no escribí por creer que eran demasiado fáciles.



JOHN MAXWELL COETZEE (Ciudad del Cabo, Sudáfrica, 1940). J. M. Coetzee, Premio Nobel de Literatura en 2003, nació el 9 de febrero de 1940 en Ciudad del Cabo. Hijo de un abogado, este escritor, profesor y académico, se graduó en matemáticas y lengua inglesa en su ciudad natal y posteriormente se trasladó a Londres, donde trabajó como programador de ordenadores. En 1965 abandonó la capital británica y se instaló en Estados Unidos, donde estudió lingüística y literatura. En 2002 emigró de nuevo, esta vez a Australia, donde ejerce como profesor en la Universidad de Adelaida.

Debutó en 1974 como autor de ficción con *Tierras del Poniente* al que siguió *En medio de ninguna parte* (1977). En 1980 alcanzó notoriedad a raíz de la publicación de *Esperando a los bárbaros* y en 1983 obtiene su primer Premio Booker con *Vida y época de Michael K*. A partir de ese momento, la carrera literaria de Coetzee es cada vez más reconocida publicando otras novelas como: *Foe* (1986), una versión muy particular de las aventuras de Robinson Crusoe; *La edad de hierro* (1990); *El maestro de Petersburgo* (1994); *Infancia* (1998); *Desgracia* (1999) que le significa su segundo premio Booker; *Juventud* (2002); *Elizabeth Costello* (2003); *Diario de un mal año* (2007); *Verano* (2009) y *La infancia de Jesús* (2013).

En España, J. M. Coetzee ha sido galardonado con el Premi Llibreter 2003.